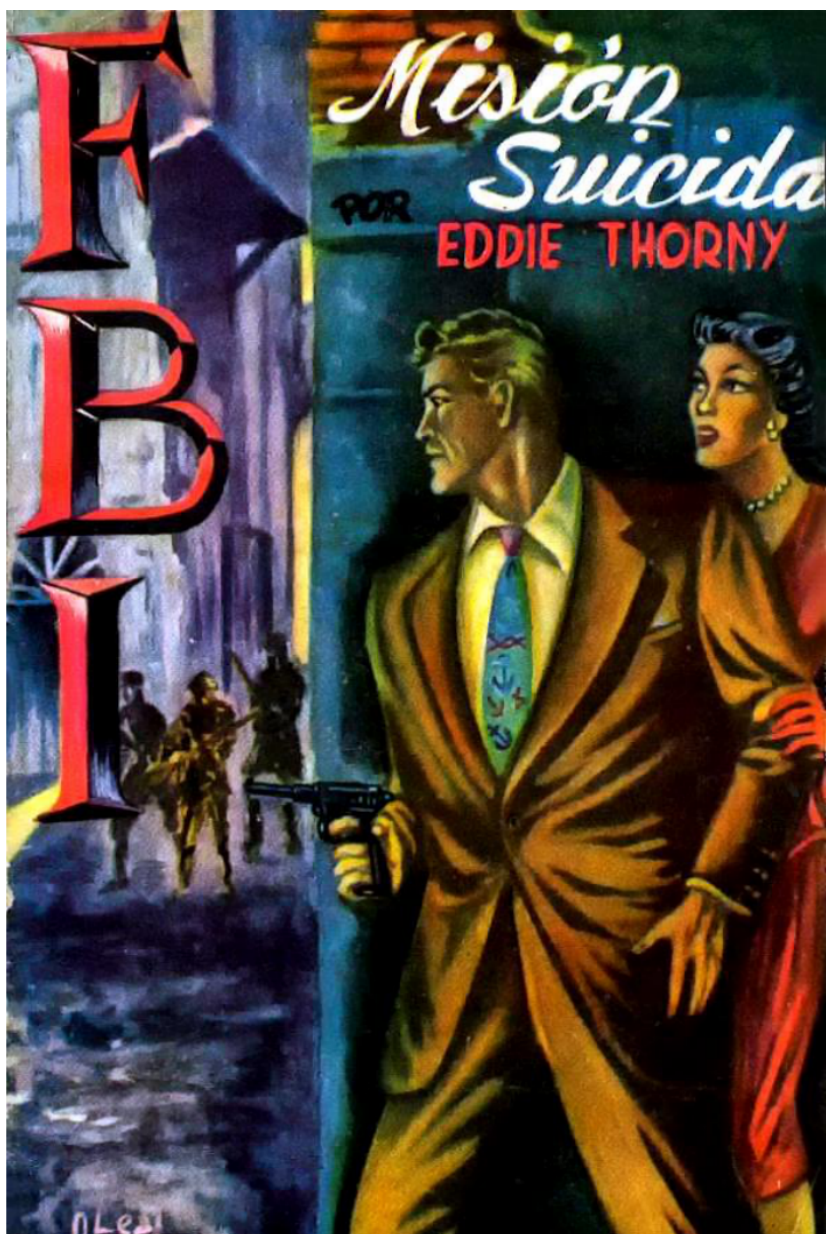




EDDIE THORNY

MISION SUICIDA



PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (8.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobardo. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator (8).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (6).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (8).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (6).
30. Trampas mortales. (6).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (3).
45. Fidelidad. (6).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varko. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (8).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (6).
56. Hombres armados. (10).
57. Zavorosa elección. (5).

58. La bestia escarlata. (3).
 59. Huellas de ultratumba. (11).
 60. S. O. S. (3).
 61. Billetes malditos. (3).
 62. Camino de perdición. (12).
 63. Camaradas enemigos. (3).
 64. A la deriva. (6).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada. (3).
 67. «Killers» a sueldo. (5).
 68. Muerte en el atardecer. (4).
 69. Loup-Garou. (3).
 70. Punto final. (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (6).
 73. Tortura. (13).
 74. En confidencia. (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. En final de Rocco. (3).
 77. El vengador negro. (4).
 78. ¡Código! (8).
 79. Sentenciado. (6).
 80. Secreto de Estado. (3).
 81. Alias «Luggers». (5).
 82. Hora «D». (3).
 83. Carne de horca. (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack, el invencible (1).
 86. Rastros perdidos. (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (1).
 89. Al borde del abismo (3).
 90. Hombres sin alma (3).
 91. Crimen y justicia. (1).
 92. ¡Saboteje! (8).
 93. La marca trágica (5).

En preparación:

LUCHA A MUERTE

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Mans. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Sasse. |
| (2) Fred Baxter | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank McFair. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wain. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin. | (14) P. N. Giran. |
| (5) O. C. Tamin. | (10) Jack Brooklyn. | |

CAPÍTULO I

EL DOBLE DE LAZLO HROTKO



qué y para qué le he llamado? OMPRENDE ahora por

Nicholas H. Nelski vaciló antes de responder. Con gesto pensativo tornó a contemplar las fotografías que tenía en la mano; luego, levantando la cabeza para fijar su mirada en el coronel Anderson, repuso, en tono que revelaba claramente su perplejidad:

—En absoluto. Reconozco que estos retratos son míos; pero por más que fuerzo la memoria no consigo recordar cuándo ni dónde me los hice.

—Me hubiera sorprendido mucho que pudiera recordarlo —afirmó, con una sonrisa, su interlocutor—. Entre otras razones, por la fundamental y decisiva que el individuo retratado no es usted.

—¿Qué no soy yo? —exclamó, asombrado, Nick—. Pero si los ojos, la nariz, la boca, el corte de la cara, todos y cada uno de los

rasgos...

—Son idénticos a los suyos, pero no son los suyos. Reconozco que es un caso asombroso de parecido, desde luego. Me llamó la atención tan pronto como le vi. Hubo un momento en que creí que era usted mismo. Ahora acabo de comprobar que se trata simplemente de un sosias; pero del sosias más sorprendente de que oí hablar en todos los días de mi vida.

—¿Y sólo por eso me ha hecho realizar este viaje?

Había cierta irritación en su voz. En Nuremberg tenía trabajo de sobra. Por su dominio del alemán, el húngaro y el checo, llevaba a cabo los interrogatorios de cuántos evadidos del otro lado del telón de acero podrían facilitar informes de alguna importancia respecto a los trabajos para la extracción de uranio en los Montes Metálicos o de los movimientos de tropas con que los países del Kominform pretendían aplastar la rebeldía ideológica de Tito.

En otras circunstancias, posiblemente le hubiese alegrado pasar unos días en Viena. Por desgracia, la ciudad, asolada por la guerra, dividida por la ocupación en cuatro compartimientos estancos, azotada por el hambre y la miseria, distaba mucho de ser la Viena riente y alegre de los vales de Strauss y de las operetas de Franz Lehar. Allí no haría otra cosa que aburrirse. Lo sabía de sobra antes de emprender el viaje, que no en balde había pasado cuatro veces por la capital austríaca después de 1945, y de buena gana se habría negado a emprenderlo, si la negativa hubiera sido posible.

No lo fue, naturalmente. Aparte de las razones de afecto personal que le ligaban al coronel —trabajaron juntos por espacio de varios años, realizando arriesgadas misiones a retaguardia de las líneas enemigas, no sólo en Francia e Italia, sino también en Grecia y Yugoslavia—, seguía, si bien un poco indirectamente, a sus órdenes. David L. Anderson, uno de los jefes del Federal Bureau of Investigation, hombre de absoluta confianza y garantía para Hoover y los jerarcas de Washington, ostentaba la dirección del Servicio de Información de las fuerzas americanas de ocupación en Austria, con la graduación de coronel. Nicholas, agente especial del F. B. I.,

estaba afecto también al servicio militar de información. No podía, naturalmente, desobedecer las órdenes de los superiores jerárquicos y ni siquiera discutirlos; pero le resultaba muy difícil disimular su

contrariedad cuando entendía que las órdenes recibidas sólo servían para hacerle perder el tiempo.

—¿Cree que sólo por convencerme de su parecido con el individuo de los retratos le hubiera hecho venir a Viena, abandonando su trabajo en Núremberg?

Nick se abstuvo de responder; de hacerlo, su respuesta hubiera sido afirmativa, cosa que indudablemente habría irritado al coronel. Prefirió guardar silencio, en espera, de las explicaciones de Anderson. Pero en lugar de explicaciones, su interlocutor formuló una nueva pregunta:

—¿Sabe quién es ese individuo?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —replicó, malhumorado, Nick—. Hace un momento hubiese jurado que las fotografías eran mías. Ahora sé únicamente que ese tipo y yo nos parecemos como dos gotas de agua.

—Así es, en efecto. Y para que empiece a comprender los motivos de mi llamada, le diré que ese caballero es uno de nuestros mejores agentes, el más útil y eficaz de todos los enlaces que he podido encontrar en Hungría.

Bien. Nick no tenía nada que objetar. De sobra sabía que del mismo modo que los rusos procuraban tener en los países occidentales quien pudiera informarlos de cuánto les interesaba, las grandes democracias contaban al otro lado del telón de acero con gentes que trabajaban en beneficio suyo. No eran espías propiamente dichos en una mayoría de casos, sino alemanes, húngaros, checos, búlgaros, rumanos o polacos que aspirando a la independencia de su patria o descontentos del régimen existente actuaban contra él en la forma que le permitían sus fuerzas. Muchos actuaban aislada, individualmente; otros, organizaban movimientos de resistencia, luchaban en la clandestinidad, realizaban actos de sabotaje y facilitaban la huida de cuantos se consideraban en peligro.

—Este individuo nos ha proporcionado magníficos servicios. Gracias a él han podido cruzar la línea fronteriza personas cuya cabeza peligraba en Budapest; merced a sus informes estamos en contacto con los elementos húngaros que luchan por la independencia de su patria, conocemos los preparativos militares realizados últimamente en la frontera yugoslava y los nuevos

aeródromos contruidos e incluso hemos podido mandar tres agentes especializados encargados de un trabajo de la mayor trascendencia. ¿Se da cuenta del interés que tiene para nosotros?

—Perfectamente, coronel. Pero ¿qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Lo comprenderá cuando le diga que ese individuo, cuyos servicios nos son ahora más necesarios que nunca, ha quedado fuera de combate.

—¿Descubrió sus actividades la

K. V. N. D.?

—No. La Policía secreta rusa sigue sin saber una sola palabra; más aún, le considera en cierto sentido como elemento de confianza.

—¿Ha muerto, entonces?

—Espero que no. Por lo menos, anoche continuaba vivo.

—¿Entonces...?

—Que esté vivo no quiere decir que se halle en condiciones de proseguir su trabajo. Tuvo la desgracia de ser alcanzado por unos balazos y se encuentra hospitalizado. Los médicos confían en salvarle, pero...

—¿Qué?

—Ha perdido el habla y la memoria a consecuencia de una herida en la cabeza. Es posible que recupere ambas en menos de un mes. Desgraciadamente, no podemos esperar tanto. Por eso le he llamado.

—¿Para qué le sustituya? —inquirió, sorprendido, Nick.

—Exactamente. Acaba de ver las fotografías que hallamos en sus bolsillos. Si usted mismo ha llegado a creer que los retratos eran suyos, ¿cree que nadie puede advertir la suplantación?

—¡Claro que lo creo! La cara no es todo; quedan el traje, el acento, la manera de andar, el conocimiento de ciertas personas, sus familiares, acaso una mujer o unos hijos.

Anderson negó con firmeza. El individuo en cuestión no estaba casado. Tenía, al parecer, una novia con la que no se llevaba demasiado bien. En cuanto a la familia, se componía única y exclusivamente de un padre anciano, que no acertaría a descubrir la menor diferencia entre su hijo y Nick.

—Pero ¿pretende que engañe incluso a su padre haciéndome

pasar por quien no soy?

—Desde luego. Lo considero total y absolutamente necesario. Ha de ir a Budapest, residir en su misma casa, hacer que todos le tomen por Lazlo. No sólo porque los agentes que mandamos allá tienen sus señas y no se fiarían de ningún otro, sino porque ese domicilio, que al parecer no inspira la menor sospecha a los rusos ni a la Policía popular húngara, es el centro de actividades de varios grupos clandestinos.

—¿Y quiere que los dirija yo?

—Seguro. Necesitan instrucciones concretas para su actuación. Será usted quién se las dé. Sólo se fían de Lazlo; si supieran que era usted un agente del

F. B. I.

que ocupaba su puesto, es posible que desapareciesen. O, lo que es peor, que sospechando que fuese algún espía ruso procurasen quitarle de en medio.

Con claridad habló entonces Nick, haciendo ver las dificultades de la empresa. Por grande que fuera su parecido físico con Lazlo, sería casi imposible que sus amigos le tomaran por él. Aunque conociera mucho de sus actividades, siempre ignoraría lo suficiente para que los demás desconfiasen de su verdadera personalidad. Quedaba, además, el lenguaje.

—¿Qué dificultad ve en ello? —inquirió, arrugando el ceño, Anderson—. ¿No nació usted en Hungría, aunque marchase de niño a América?

Nick asintió con rapidez. Había nacido en Budapest precisamente, pero tenía diez años tan sólo cuando marchó a los Estados Unidos en unión de sus padres. No había olvidado el húngaro, que siguió siendo el idioma común dentro del círculo familiar. De todas formas, dudaba mucho que el tono de su voz y el acento tuviesen la menor semejanza con los de Lazlo.

—Eso es acaso lo más sorprendente —repuso con una sonrisa Anderson—. Según Brendan, que habló varias veces con Hrotko en ocasiones anteriores, afirma que tiene exactamente la misma voz que usted.

—¿Ha dicho usted que Lazlo se apellida Hrotko? —preguntó Nick, poniéndose en pie, agitado y nervioso.

—Eso dije. ¿Por qué le sorprende?

—Porque lleva mi mismo apellido, y nada me sorprendería que fuésemos familiares cercanos.

Ante el gesto de asombro del coronel, explicó que si habían dado de lado el apellido Hrotko, prefiriendo utilizar el de Nelski, fue solo por las dificultades de su pronunciación en inglés. Pero la H, que en sus documentos personales seguía a su nombre de Nicholas, no correspondía, como era costumbre en los americanos, a un segundo nombre, sino a su verdadero apellido.

—Es muy corriente en Hungría. De todas formas, y dado su parecido físico conmigo, cabe en lo posible que seamos familiares cercanos.

Anderson le entregó entonces diversos documentos pertenecientes a Lazlo. Pronto, del ánimo de Nick desapareció toda sombra de dudas. Se trataba de un primo carnal, hijo de un hermano de su padre. Nada tenía de sorprendente, sin embargo, que desconociera la existencia de dicho primo.

—Janas Hrotko, el padre de Lazlo, jugó algunas malas pasadas al mío, dejándole en la miseria y forzándole a emigrar de Hungría. Una vez en Filadelfia, mi padre no quiso saber nada de su familia húngara. Ni le dio cuenta de su paradero ni los escribió jamás. Se nacionalizó cuando le fue posible, nos crió y educó a nosotros como auténticos americanos y rompió todos los lazos que le unían con Budapest.

Tan completa y definitiva fue la ruptura, que Nick no llegó a saber nunca si su tío seguía vivo, ni el lugar donde residía. Incluso se dio el caso de que en 1945, a raíz de la victoria en la guerra, cuando las relaciones entre el Este y el Oeste eran más cordiales y aún no había caído el telón de acero sobre los países satélites de Rusia, pasó una semana de vacaciones en Budapest, recorriendo y recordando los rincones donde había transcurrido su infancia, pero ni vio, ni preguntó, ni supo una sola palabra acerca del hermano o de los sobrinos de su padre.

—Lazlo tiene treinta y un años; yo, treinta y cinco. La diferencia de edad no tiene la menor importancia ahora; pero la tenía y definitiva cuando mi familia emigró. Entonces, posiblemente, se pareciese muy poco un chico de seis años a otro que ya tenía diez.

Lejos de molestar, todo aquello complacía extraordinariamente al coronel. Facilitaría considerablemente el trabajo de Nick. Sin

necesidad de que nadie le informase de ellos, conocía antecedentes familiares que podría utilizar como demostración de que era Lazlo, caso de que alguien se atreviese a ponerlo en duda.

—Pero ¿y si yo, por razones de índole personal, me negase a hacerme pasar por mi primo?

—No podrá negarse, Nelski —repuso con firmeza el coronel—. Por encima de las consideraciones familiares está el cumplimiento del deber. La misión que le encomiendo encierra dificultades considerables, pero no tiene más remedio que afrontarlas. Tenga bien presente que no se trata de una indicación o un ruego; es una orden. Sólo hay una forma de rehuirla. Pero esa...

Nick sabía perfectamente lo que insinuaba el coronel con sus últimas palabras. Sólo podía negarse acompañando su negativa de la dimisión de su puesto de agente especial del F. B. I.

y embarcando seguidamente para América. También cabía, aunque Anderson ni siquiera hubiese aludido a ello, argüir el carácter extremadamente peligroso, suicida casi, de la empresa que se le encomendaba. Aun siendo estricta la disciplina del Cuerpo a que pertenecía, a nadie se le podía obligar a una labor de suplantación y espionaje en una nación extranjera, con el riesgo de ser descubierto y fusilado, sin poder alegar —antes, por el contrario, teniendo que negarlo con energía— que formase parte, del Federal Bureau of Investigation.

—Se equivoca, coronel. Puedo negarme en uso de mis derechos, y usted lo sabe. A nadie se le puede forzar a una misión de ese tipo. Quien la acometa ha de hacerlo voluntariamente.

—Y usted no está dispuesto a ofrecerse como voluntario, ¿verdad? —inquirió, con cierto aire despectivo, Anderson—. Lo siento, Nelski. Creí conocerle mejor. Supuse que no le asustarían los peligros.

—Y no me asustan. Le bastará recordar lo que vivimos juntos en Grecia y Yugoslavia durante la pasada contienda, para no tener la menor duda.

—Eso suponía. Pero me equivocaba, acaso porque los años no pasan en balde. El Nick de mil novecientos cuarenta y tres hubiera hecho frente con una sonrisa en los labios a todos los riesgos; el de mil novecientos cincuenta y uno...

—Sigue siendo el mismo, coronel. Quise hacer constar únicamente que no podía obligarme a ir por la fuerza; también que no me agrada tener que suplantar a un familiar.

—¿Se ha parado a pensar que no hacerlo puede costar la vida a varias personas, entre ellas a tres de los mejores agentes que el F. B. I.

tiene en Europa?

—Por no olvidarlo, y porque no pueda pensar en modo alguno que es el miedo lo que me induce a rechazar la misión, acepto, aun a sabiendas de que hay un máximo de probabilidades de que me deje la piel en la empresa. ¿Me equivoco?

—Sinceramente, no —repuso Anderson—. A otro quizá intentase dorarle la píldora; a usted prefiero hablarle con entera claridad desde un principio. Incluso, corriendo el riesgo de una negativa, doblemente dolorosa y sensible ya que es la única persona que puede realizar el trabajo.

—«Okay», coronel. Y ahora, que estamos de acuerdo en lo fundamental, ¿querría decirme todo lo relacionado con este endiablado asunto?

Anderson contó en pocas palabras cuanto a Nick interesaba saber. Lazlo Hrotko, miembro de una organización clandestina bajo el régimen de Horty, luchó esforzadamente contra los alemanes, que llegaron a tenerle encerrado en un campo de concentración. Recobró la libertad, cuando los soldados rusos «liberaron» Budapest. Pertenecía al partido liberal que fue uno de los componentes del llamado Frente Patriótico que se hizo cargo del poder en la Hungría que ya ostentaba la socorrida etiqueta de «democracia popular».

Pronto, los comunistas húngaros fueron eliminando uno tras otro a los distintos partidos que habían tenido la debilidad de formar en su compañía el llamado Frente Patriótico. El pretexto era siempre el mismo: «contrarrevolucionarios, saboteadores y espías al servicio del imperialismo americano». Liberales, socialistas, pequeños terratenientes, agrarios y católicos se vieron colocados sucesivamente al margen de la Ley y perseguidos a sangre y fuego.

—Lazlo tuvo la habilidad precisa para camuflarse, ingresando en el partido del pueblo, poco antes de que el grupo a que anteriormente pertenecía recibiría el sambenito de «saboteador», logrando captarse la simpatía y confianza de sus nuevos camaradas.

Respaldo por el carnet del partido gubernamental —que prácticamente se había convertido en el único partido existente en Hungría—, trabajó con tacto, audacia y astucia en defensa de sus antiguos ideales. Puesto en relación con los elementos que laboraban en la clandestinidad en pro de la independencia de su nación, Hrotko realizó una labor magnífica. Aprovechando sus frecuentes viajes —era chófer de uno de los camiones de la Empresa socializada de Transportes—, actuó como enlace entre los diversos núcleos de oposición dispersos por el país, tomó nota de los movimientos de tropas, de la construcción de aeródromos, de los esfuerzos por extraer uranio y de todo cuanto pudiera ser de alguna utilidad a las potencias occidentales en las que ponían todas sus esperanzas de verse libres algún día del yugo que esclavizaba a su pueblo.

—Hace diez meses que, cruzando clandestinamente la frontera, apareció en Viena, por primera vez; con él venían varios individuos fugados de los campos de concentración o acosados por la
N. K. V. D.

Nos traía informes de tanto interés, que merecieron que Brendan se ocupara personalmente del asunto. Después vino otras tres veces. En la última hice que se fueran con él varios agentes nuestros. Es precisamente su suerte lo que más me preocupa e inquieta en estos momentos.

Para llegar a Viena, Lazlo empleaba un hábil subterfugio. Llegado en cualquiera de sus viajes a Odenburg, Bruck o Wiener Neustadt, en la frontera húngara o dentro ya de la misma Austria ocupada por los rusos, estropeaba deliberadamente su camión. Los días que tardaban en reparar la avería, eran precisamente los que necesitaba para ir y volver a la antigua capital del imperio de los Habsburgos. Oficialmente no se movía del lugar en que dejaba su vehículo; en realidad recorría de cualquier forma, casi siempre de noche, más de un centenar de kilómetros.

—La última vez, hace cuatro días, tuvo mala suerte. Una patrulla soviética le sorprendió en el centro mismo de Viena. Dos de los fugitivos que le acompañaban murieron al hacer frente a los rusos; Lazlo resultó gravemente herido. Merced a la abnegación y heroísmo del único miembro del grupo que resultó ileso, no cayó en manos de sus enemigos.

Fue una verdadera suerte para Hrotko que los tres fugitivos que escaparon de Budapest en su compañía, se hubiesen negado a cumplir sus instrucciones al entrar en Viena. Lazlo quería ir solo y delante para explorar el camino; los otros debían marchar unos doscientos metros detrás. Así, de tropezar con algún obstáculo imprevisto el guía, los demás podrían intentar la huida. Pero Storzey, Mohac y Zhilani, que iban armados, insistieron en avanzar todos juntos, ya que consideraban que en tales condiciones era más fácil la defensa.

Unos soldados rusos le dieron el alto, en la misma línea de demarcación americana. Se produjo seguidamente un breve tiroteo. Zhilani y Storzey cayeron víctimas de la primera descarga; Hrotko fue alcanzado por un rebote de bala en la cabeza y quedó sin sentido. Con auténtico heroísmo, Mohac puso en fuga a balazos a sus enemigos, cargó a cuestas con Lazlo, y consiguió abandonar el sector soviético.

—Los rusos han reclamado a los fugitivos. Como es lógico, hemos negado rotundamente que haya atravesado nadie nuestra línea de demarcación; como es lógico también, los soviéticos no nos han creído, pero al no poder probar nada no les quedó más remedio que dar por terminado el incidente.

Se había guardado reserva absoluta sobre el paradero de Mohac y Hrotko. Lazlo se encontraba en un hospital militar americano; su salvador estaba colocado bajo la protección de la Military Police estadounidense.

—Aunque la herida de Hrotko no es grave, por efectos del traumatismo sufrido está bastante postrado y padece pérdida de la memoria y del habla. Los médicos tienen la seguridad de que podrá recuperar ambas en dos o tres semanas. Entonces...

—¿Volverá a Budapest?

—Desde luego. Pero, por desgracia, será ya demasiado tarde. Según Mohac, el camión, que quedó averiado en Bruck, estará reparado dentro de tres días. Si entonces no se presenta a recogerlo, sus amigos del garaje, no tendrán más remedio que poner el hecho en conocimiento de la Policía húngara y las consecuencias pueden ser catastróficas.

El descubrimiento de la fuga de Lazlo ofrecía los mayores peligros. La

N. K. V. D.

tomaría cartas en el asunto inmediatamente, como solía hacer en casos semejantes. Montaría una severa vigilancia en torno a la casa de Hrotko y cuantos con él mantenían relaciones. Las consecuencias inevitables serían la detención de varios miembros de las organizaciones clandestinas y de los agentes enviados por Anderson.

—Es preciso que Lazlo vuelva inmediatamente; como es imposible, dado el estado en que se encuentra, usted ocupará su puesto.

—¿Por cuánto tiempo?

—Depende. No pasa mes sin que Hrotko haga algún viaje a la frontera austríaca. Usted aprovechará el primero para regresar a Viena, luego de dejar arregladas las cosas en Budapest en forma que no suceda nada caso de que Lazlo no estuviera en condiciones aún de volver a ocupar su puesto. ¿Entendido?

—«Okay». Ahora quiero hablar con Mohac y ver a Lazlo. Necesito, como es lógico, conocer sus gestos y actitudes para imitarle de la mejor manera posible.

La visita a Hrotko duró unas horas y tuvo mucho de aburrida y monótona. Lazlo se hallaba en el hospital, con la cabeza vendada, pero levantado. Al ver a Nick brillaron de una manera extraña sus ojos como si le reconociera o advirtiera la extraña semejanza que tenía con él mismo. Pero fue solo un instante, porque luego tornó a mirar al vacío con aire ausente, sin responder a sus palabras ni dar la menor muestra de interés por su presencia.

Nick aprovechó bien, no obstante, las horas que duró la visita. Pudo comprobar que Lazlo tenía no sólo un gran parecido en la cara, sino su misma estatura y corpulencia. Acaso viéndoles juntos un observador minucioso y atento, advirtiera que Hrotko era unos años más joven y tenía los ojos algo más claros; pero sin poder establecer directamente la comparación, resultaría casi imposible descubrir las diferencias.

—Únicamente ese lunar puede servir para descubrir la suplantación —indicó el americano, señalando una pequeña mancha rojiza que Lazlo tenía en el cuello, unos centímetros por debajo del lóbulo de la oreja derecha.

—Ya he pensado en ello —repuso Anderson—. Dentro de unas horas tendrá usted uno exactamente igual.

Lo tuvo, en efecto. Exacto en color y dimensiones; tatuado sobre la piel del cuello en forma indeleble. No sería muy agradable tener que llevarlo de por vida. Pero preferible era seguir viviendo con aquel lunar, que exponerse a ser descubierto y morir por haber prescindido de un pequeño sacrificio.

Con Mohac estuvo hablando casi dos horas seguidas. Era un hombre de mediana edad, inteligente, despierto, de palabra fácil y precisa, buen observador y de una memoria privilegiada. Durante los diez últimos años su vida había sido un verdadero infierno. Combatió primero a los alemanes que lo encerraron en un campo de concentración, de donde logró fugarse para seguir peleando en las montañas; luchó luego contra los rusos con el mismo encarnizamiento. Los alemanes mataron a dos miembros de su familia; los rusos a cuatro. Con unos y con otros tuvo la cabeza a precio. Cien veces estuvo a punto de dejarse la piel en manos de sus enemigos; en seis ocasiones distintas, el plomo abrió grandes brechas en sus carnes. Hubiera querido seguir luchando hasta el final, pero tuvo que resignarse a huir, cuando el cerco de la Policía secreta rusa se estrechó demasiado en torno suyo.

Conocía a fondo las organizaciones clandestinas húngaras y dio sobre ellas toda clase de detalles a Nick. En casa de Lazlo solo habían estado una vez y por espacio de media hora. A Hrotko le hubiese agradado que volviera por allí, pero Mohac procuraba no aparecer nunca dos veces por un mismo sitio, temeroso de ser atrapado. En la casa unas habitaciones en el primer piso de un sórdido edificio de una intrincada callejuela en la parte más vieja de Pest, vivían con Lazlo su padre y un criado de bastante edad llamado Lajos.

—Ambos son de absoluta confianza. Odian a los rusos con todas sus fuerzas, aunque no se atreven a expresar con claridad sus sentimientos y han procurado ayudar a cuántos pudieron hacerlo sin comprometerse demasiado.

No parecía, sin embargo, que Lajos y el viejo Janos Hrotko se llevaran muy bien con Lazlo. Según éste, su padre era un ávaro al que disgustaba profundamente que no le entregase hasta el último centavo que ganaba. Pero en opinión de Mohac, quizá la culpa la tuviera el hijo, dado su carácter áspero, retraído y poco simpático. De cualquier forma, entendía que Nick estaría mucho más seguro si

el anciano le tomaba por su hijo que si sospechaba o sabía que se trataba de un suplantador.

Respecto a las personas con quienes Nick podía y debía entrevistarse haciéndose pasar por Lazlo —ya que no se fiarían de él si les decía que era un policía americano, suponiendo que podría tratarse de un agente provocador soviético—. Mohac le dio no sólo nombres y domicilios, sino incluso las señas personales de todos y cada uno de sus interlocutores que hubo de aprenderse de memoria.

—Lazlo tiene novia. Creo que es una muchacha muy guapa llamada Erzsebet. Desgraciadamente no puedo describirle su aspecto físico porque no la he visto nunca.

La existencia de aquella novia inquietó bastante a Nick. Estaba dispuesto a suplantar a Hrotko, pero sólo hasta ciertos límites. Además, una mujer podía traer aparejados graves riesgos de ser descubierto, especialmente cuando personalmente no la conocía. Por fortuna, sus temores disminuyeron bastante al examinar los papeles encontrados en los bolsillos de Lazlo. Una fotografía dedicada, le permitió saber cómo era la muchacha; una carta firmada por Erzsebet le demostró que las relaciones entre los enamorados no eran muy cordiales, porque la carta estaba llena de reproches, quejándose incluso de que su prometido se pasaba semanas enteras sin verla.

—Con procurar verla lo menos posible —le aconsejó Anderson, o no verla en absoluto, puede evitarse más de un compromiso.

Aunque hacía grandes elogios de Lazlo y de los servicios prestados a la causa común, Mohac no había ido en su compañía desde Budapest a Bruck. Como ya llevaba dos fugitivos en su camión, prefirió utilizar el de otro amigo. Sabía, sin embargo, el garaje en que estaban reparando la supuesta avería y los nombres de los empleados del mismo en quienes podía confiar.

Nicholas H. Nelski no consiguió dormir demasiado aquella noche, preocupado por la peligrosa misión que se le había confiado. La mañana del día siguiente la empleó en una nueva visita a Hrotko para tomar nota mental de sus menores gestos y una nueva y extensa conversación con Mohac, haciéndose repetir una vez más los nombres y las señas de todas las personas con quienes debía estar en contacto.

Por la tarde conferenció extensamente con el coronel, recibiendo

las últimas Instrucciones. Y al atardecer, vestido con el traje de Lazlo, provisto de su documentación, estuvo en condiciones de emprender la marcha. Anderson mismo le condujo en su coche hasta un punto situado a quince millas al sur de Viena, donde la vigilancia rusa era más escasa y no ofrecía dificultad alguna cruzar sin ser visto la línea imaginaria que separaba dos mundos distintos.

—¡Mucha suerte, Nick! Espero volverle a ver sano y salvo dentro de tres semanas.

—Así será, coronel... ¡si un milagro me permite salir con vida de esta empresa suicida...!



¡LO NUNCA VISTO POR 1,25 PESETAS!
EL F. B. I.

la organización de contraespionaje más famosa
del mundo, vive y emociona en
AVENTURAS DEL F. B. I.

CAPÍTULO II

UNA LLAMADA INQUIETANTE



L corazón de Nick latía con ritmo acelerado, mientras ascendía pausadamente por la oscura escalera del número siete de Gyep Utcza, Que todo hubiese ido bien hasta entonces, no quería decir que las cosas discurriesen con la misma facilidad en adelante. En Bruck primero, en el camino después y en Budapest por último, nadie había sospechado siquiera la suplantación; todos le tomaron por Lazlo y le hablaron como lo habrían hecho con el individuo que seguía medio inconsciente en un hospital de Viena.

Pero una cosa era engañar a los obreros de un garaje que sólo de tarde en tarde veían a Hrotko y a los guardias que en la carretera se

habían limitado, a echar una rápida ojeada a la fotografía que aparecía en el salvoconducto, y otra, muy distinta, no suscitar sospechas en el padre del suplantado y en un criado que debía conocerle casi desde niño. Sería una prueba dura, la más difícil quizá de cuantas le esperaban. Pasaría un rato amargo; sin embargo, le serviría de piedra de toque. De conseguir que aquellos dos individuos no recelasen nada, podría moverse por Budapest con la plena seguridad de que nadie dudaría de que era Lazlo en persona.

Aunque llevaba en el bolsillo una llave que seguramente era la de la puerta del piso, prefirió llamar al timbre. Se ahorra el posible y sospechoso fracaso de que le sorprendieran hurgando en la cerradura con una llave que correspondía a otra puerta; además, le convenía que el primer encuentro con Lajos o Janos fuera en la semioscuridad del descansillo.

Tuvo que repetir por tres veces la llamada. Al cabo de un tiempo que se le antojó interminable, oyó pasos que se acercaban, y la puerta se abrió. Nick vio frente a sí un hombre delgado, de edad indefinible y vestido con un traje que había conocido tiempos mejores. Dedujo en el acto que tenía que ser Lajos, ya que Janos frisaría en los sesenta años y debía tener cierto parecido con su propio padre.

—¡Hola, Lazlo! Perdiste otra vez la llave, ¿eh?

Nick suspiró aliviado: Aunque el gesto del criado no era demasiado amistoso, le había tomado por Lazlo y esto era lo fundamental. Al responder, le asaltó el temor de que la voz despertara las sospechas de su interlocutor, pero no tenía más remedio que hablar. Mintió.

—No, Lajos; la dejé olvidada en el camión.

El criado no mostró la menor sorpresa al oírle, se apartó a un lado para dejarle pasar, al tiempo que le decía:

—Tu padre quiere verte. Me dijo que pasases si venías.

Nick respondió con un gruñido de disgusto. Era lo que hubiera hecho el propio Lazlo, a juzgar por cuanto sabía de él; pero expresaba claramente su mal humor. No resultaba muy agradable enfrentarse uno tras otro con los dos hombres que con mayor facilidad podían descubrir la suplantación.

—Está en su habitación, pero todavía no se acostó. Si vas ahora

mismo...

Lajos cerró la puerta de la escalera. Estaban en un pequeño recibimiento, modestamente amueblado. Mirando con disimulo en torno suyo, Nick vio dos puertas a la derecha y un largo pasillo enfrente. ¿Dónde estaría la habitación del viejo? Trató de ganar tiempo mientras procuraba orientarse:

—No tengo ganas de verle ahora. Vengo cansado y me convenía acostarme.

—¡Qué raro! Tumbarte tú a las ocho de la noche...

Había cometido un pequeño desliz; sin embargo, pretender rectificar sería doblemente sospechoso. Con aire irritado gruñó:

—Si hubieras estado como yo diez horas al volante sabrías lo que era bueno.

—¡Bah! Otras veces las estuviste también y al volver te largaste por ahí.

Sin molestarse en responder, Nick decidió meterse por el pasillo. Podía ver que a uno y otro lado se abrían las puertas de diversas habitaciones. alguna de ellas sería la de Janos o la suya y el criado no se sorprendería al verle ir en aquella dirección.

No fue muy lejos, sin embargo. Apenas había dado cinco pasos por el pasillo, cuando una puerta se abrió y en el umbral se recortó la silueta de un hombre alto, de pelo y bigote blancos, que se apoyaba en un grueso bastón. Una sola mirada bastó a Nick para saber de quién se trataba. Tenía cierto parecido con su padre para ser posible la menor duda.

—Pasa, Lazlo. Necesito que hablemos.

Nick tuvo que obedecer. Sufrió entonces una pequeña sorpresa. El criado había dicho que el viejo estaba en su habitación; pero aquélla no era una alcoba, sino una especie de biblioteca y despacho en una sola pieza. Las paredes desaparecían tras unas estanterías llenas de libros; había una estufa encendida en un lado del cuarto; a su lado una mesa sobre la que se veía un teléfono; al fondo un sofá y unos sillones en no muy buen estado.

—No te necesito, Lajos. Quiero hablar a solas con mi hijo.

Nick oyó los pasos del criado al alejarse, posiblemente en dirección a la cocina, y el ruido de la puerta que cerraba el viejo. Bien. Janos le había tomado también por Lazlo. Lo malo sería cuando le oyese hablar o le mirase fijamente a la cara. Se hizo el

propósito de hablar lo menos posible y tomó asiento en uno de los sillones del fondo, procurando que la luz no le diese en el rostro.

Por fortuna, el viejo no se molestó en mirarle. Fue hacia la estufa, se puso a calentarse las manos y, volviendo la espalda al que creía su hijo, empezó a hablar:

—No me gustan tus manejos, Lazlo. Cualquier día tendrás un disgusto serio.

Las palabras sorprendieron un poco a Nick. Recordaba perfectamente las afirmaciones de Mohac, según las cuales, el viejo simpatizaba con las actividades de su hijo. ¿Estaría equivocado su informador o había cambiado Janos a impulsos del terror reinante? Lo que dijo a continuación —Nick tuvo buen cuidado de no replicar una sola palabra—, pareció confirmar esta última hipótesis:

—Ayer estuvo aquí la Policía. Como de costumbre, volvió a registrar la casa. Viene mucho ahora. ¿Qué te parece?

Era forzoso contestar algo y Nick lo hizo, si bien bajando tanto la voz que no era posible que el viejo advirtiera diferencia sensible con el tono de la del verdadero Lazlo.

—¿Es que tiene miedo, padre?

Janos se volvió al oírle. Nick se estremeció, advirtiendo que el viejo le miraba con extraña atención. ¿Le habría traicionado la voz?

—Nunca temí nada. Esos tipos estuvieron muy amables. Demasiado amables...

—¿Entonces...?

—En los demás sitios no se portan tan bien. A Stezan le abrieron la cabeza de un golpe; a Goritze se lo llevaron preso; a Panglos le destrozaron los muebles. Aquí, en cambio, ni siquiera abrieron los cajones de la mesa ni miraron detrás de los libros.

—Mejor. Eso demuestra que no sospechan de nosotros.

—¡Sospechar! —tronó el viejo con aire irritado—. De sobra sabes que no ignoran nada.

—¿De qué? —inquirió sorprendido Nick, aunque se imaginaba la respuesta—. Yo no hago más que...

—No finjas conmigo —le interrumpió Janos, con gesto de repulsa—. No soy tan tonto como para no ver tus manejos.

—¿Y qué? —replicó Nick en un rasgo de audacia—. ¿Acaso le parecía mal cuando luchaba contra los alemanes? Pues los de ahora son por el estilo de aquéllos. No irá a decirme que simpatiza con los

rusos, ¿verdad?

El viejo se le quedó mirando con aire de asombro sin límites. Por espacio de varios segundos fue incapaz de articular una sola palabra. Al cabo, estalló indignado:

—¡Y me lo preguntas tú! ¡Qué cinismo! Hay veces que me cuesta creer que puedas ser hijo mío...

Aquella explosión de cólera totalmente inesperada, sorprendió a Nick. A Janos le temblaba la barbilla al hablar, y le brillaban de una manera extraña los ojos; llegó incluso a levantar el bastón como si quisiera agredir a su interlocutor.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Nick desconcertado, poniéndose en pie y esbozando una actitud defensiva.

—¡Déjate de comedias! —contestó despectivo el viejo, bajando el bastón—. Mejor que nadie lo sabes tú. A mí no vas a engañarme como a los demás. ¿No te basta con saber que he visto a tú... amiga?

—¿Amiga? —inquirió Nelski más sorprendido a cada instante; de pronto por su cerebro cruzó el recuerdo de Erzsebet—. Querrá decir mi novia...

—¿Tu novia? —Escupió, burlón, Janos—. Llámala como quieras. Estuvo aquí esta mañana preguntando por ti. Con sólo verla la cara ya comprendí lo que era. Y ahora...

Se interrumpió al oír sonar el timbre del teléfono. Hizo ademán de descolgar el auricular. Se contuvo con un esfuerzo. Mirando a Nick, ordenó:

—¡Cógelo! Será tu «novia». Lleva preguntando por ti toda la tarde.

Un poco maquinalmente, obedeció Nick. Apenas preguntó quién llamaba, le contestó una voz femenina, que le hablaba en tono cariñoso:

—Soy yo, Lazlo. Estaba inquieta por tu tardanza. Me dijiste que volverías a los tres días, y has estado siete fuera. ¿Qué ocurrió?

Mientras oía hablar a la mujer, el cerebro de Nick funcionaba con velocidad vertiginosa. Quien le hablaba tenía que ser por fuerza la novia de Hrotko, aquella Erzsebert, de la que tan mala opinión parecía haberse formado Janos. Un poco extraño resultaba que se interesase tanto por él cuando, según la carta encontrada entre los papeles del individuo a quién suplantaba, las relaciones entre los

enamorados eran más que tirantes. Pero algunas mujeres son tan versátiles...

—Tuve una pequeña avería —repuso—, que me hizo perder cuatro días en Bruck.

—Averías, ¿eh? —rió, alegremente, la mujer al otro extremo del hilo telefónico—. Ya hablaremos de eso tú y yo, aunque no por teléfono. ¿Vienes a buscarme o prefieres que vaya a tu encuentro?

—¿Ahora?

—Cuanto antes, mejor. Necesito hablar contigo. Hay muchas cosas que tendrás que explicarme.

Nick no tenía demasiado interés en hablar con Erzsebet aquella noche. No había dormido la noche anterior —que se pasó íntegra recorriendo la distancia que separaba el punto en que le dejó Anderson de Bruck— y estaba materialmente agotado, más que por el trabajo de conducir el camión hasta Budapest, por la tensión nerviosa de toda la jornada. Su cerebro no funcionaba con la claridad precisa. Ya era suficiente haberse enfrentado con Lajos y Janos, para encararse, a reglón seguido, con la mujer que podía descubrirle con más facilidad.

Se excusó cómo pudo. La mujer parecía escucharle con claras muestras de impaciencia. De pronto le interrumpió:

—¿No será que te has cansado de mí?

—¿Por qué había de cansarme? —repuso Nick, con rapidez—. Sabes cómo te quiero para poderme preguntar eso. Hoy estoy cansado. Te veré mañana.

—De acuerdo. ¿Qué te parece, a las diez, en la sala flamenca del Nemzeti Museum?

—Magnífico. Estaré sin falta a esa hora.

—Procura que no se entere nadie, especialmente tu padre. Parece que sospechó algo al verme y esto es siempre peligroso. ¿Entendido, cariño?

—Desde luego.

Cuando colgó el auricular, advirtió que Janos, que había seguido con extraña atención su charla, le miraba con gesto ceñudo. Quiso decir algo, pero el viejo se le adelantó, en tono que nada tenía de amistoso:

—Esa mujer acabará hundiéndote. ¡Y ojalá seas tú solo el que te hundas, sin arrastrarnos a todos nosotros!

—No tiene derecho a hablar así de mi novia —protestó Nick.

—¡Tu novia! Debía darte vergüenza... Pero no hablemos más. ¿No dices que estás cansado? Pues vete a dormir de una vez...

El viejo parecía acometido de nuevo por un acceso de cólera, tan inexplicable como sorprendente a Nick. Le hubiera gustado pedir alguna aclaración, pero juzgó peligroso intentarlo. Se exponía a dar que sospechar. Optó por acatar la orden que acababa de recibir, marchándose a su cuarto. Allí, por lo menos, tendría unas horas para meditar a solas acerca del extraño recibimiento.

—¿Dónde vas por ahí? No creo que se te haya perdido nada en la cocina.

¡Se había equivocado de puerta! Rectificó apresuradamente, saliendo por la otra. De nuevo se encontró en el pasillo. En el vestíbulo pudo ver a Lajos, que parecía contemplarle con cierta extrañeza. Caminó un poco al azar en dirección opuesta. Vio dos alcobas casi iguales. Supuso que la primera sería la del viejo y se metió en la segunda.

Encendió la luz. La habitación era de reducidas dimensiones, con una ventana al fondo. Todo el mobiliario consistía en una cama, una mesilla, dos sillas y un armario pegado a la pared. Pensativo, se sentó a los pies de la cama.

—¿Es que quieres dormir en mi cuarto?

Levantó la cabeza, sorprendido. En el umbral aparecía Lajos contemplándolo con cierto aire burlón. ¡Por segunda vez se había equivocado de puerta en el espacio de contados minutos! Poniéndose en pie y avanzando hacia el pasillo, balbució unas excusas:

—Estaba distraído y me confundí.

—Sí —comentó el criado—; estás muy distraído hoy. Y un poco raro.

Nick se estremeció al oírle. ¿Sospecharía algo Lajos? Quiso salir de dudas, afrontando de cara la situación. En tono desabrido, preguntó:

—¿Qué pretendes insinuar al decir eso de raro?

—Nada. Si acaso, que esa mujer te ha cambiado mucho.

En el tono de Lajos advirtió Nick la misma hostilidad que le había sorprendido en el viejo al referirse a su novia. ¿Por qué la odiaban de aquella manera? Iba a preguntarlo, cuando llamaron

con insistencia a la puerta.

—Serán otra vez esos malditos «tovarichs» —gruñó, cejjunto, el criado.

Janos, que se había asomado al pasillo, le ordenó que fuese a abrir. Se trataba, en efecto, de la Policía. Junto a los agentes húngaros uniformados, venía un individuo de paisano, que parecía mandar el grupo. Su rostro tenía un inconfundible aire mongol. Hablaba perfectamente el madyar, pero no era posible la menor duda respectó a su verdadero origen.

—Andamos buscando a un saboteador que se nos escabulló cerca de esta calle. Les molestaremos poco; sólo nos interesa comprobar que no se halla en la casa.

Preguntaron los nombres de quienes se encontraban en el piso. Janos se los dio. Cuando llegó a Nick pareció vacilar un instante; luego, decidido, afirmó:

—Ése es mi hijo Lazlo.

El registro de la casa fue puramente formulario. Los agentes se limitaron a echar una oleada en las distintas habitaciones. Nick aprovechó la oportunidad para conocer la distribución de la casa. Vio entonces que su cuarto —indudablemente lo era, porque en las paredes había varios retratos de Lazlo— tenía una ventana, que daba sobre un cobertizo del patio.

Ni unos ni otros hablaron apenas durante los minutos que duró la visita. Se marchaban ya los agentes, cuando Nick, que salió acompañándolos, recibió la mayor sorpresa del día. El individuo de aspecto mongol, que se había colocado a su lado, dijo, de pronto, en voz baja, con aire ausente y sin mirarle siquiera:

—No dejes de estar a las diez en el Nemzeti Museum; recibirás instrucciones.

Tuvo que morderse los labios para no lanzar un grito de asombro. Por fortuna, el ruso siguió andando sin esperar respuesta ni pararse a observar el efecto que producían sus palabras. En plena confusión mental, Nick le vio bajar la escalera en unión de sus compañeros.

Al volverse, advirtió que Janos permanecía inmóvil en el umbral de la puerta. ¿Había oído las frases que el ruso deslizó en sus oídos? Posiblemente, porque cuando Nick, pensativo, tomó a entrar en el piso, el viejo le volvió la espalda gruñendo algo entre dientes.

—¿Qué dice, padre?

Janos pareció sorprendido al escuchar la pregunta. En la entrada del despacho se detuvo un instante para mirar a, Nick. Despectivo, repuso:

—Que no es posible vivir tranquilos; en todas partes hay confidentes y traidores.

—¿A quién se refiere?

—De sobra lo sabes tú. Y no me hagas hablar más...

Se metió en el despacho, cerrando la puerta a su espalda. Más confuso a cada instante, Nick preguntó a Lajos, que se encontraba a su lado:

—¿Qué diablos le pasa a mi padre?

—¡Hum! —repuso de mala gana el criado—. Los «tovarichs» vinieron aquí directamente. Y no registraron mucho...

Tumbado en la cama, a solas en su habitación, Nick tardó varias horas en conciliar el sueño, pese a que la noche anterior no había llegado a cerrar los ojos. Mentalmente, pasaba revista a los acontecimientos del día. En líneas generales podía sentirse satisfecho. Había llegado a Budapest sin el menor entorpecimiento. Nadie, ni siquiera el viejo Hrotko, parecía abrigar la menor sospecha acerca de su verdadera personalidad. Podía moverse con entero desembarazo y acometer la misión que se le había confiado. Incluso había hablado con uno de los amigos de Mohac, que le reconoció sin vacilaciones, y que a la tarde siguiente le conduciría hasta el lugar en que se hallaba uno de los agentes americanos enviados por Anderson.

Le inquietaba y desconcertaba, no obstante, todo lo referente a Erzsebet. Resultaba extraño que le hubiese citado en una de las salas del Museo Nacional. No parecía el lugar más adecuado para una entrevista entre dos enamorados que llevaban varios días sin verse. Pero cien veces más sorprendentes eran las palabras que el ruso —un agente de la

N. K. V. D.,

sin la menor sombra de duda— había deslizado en sus oídos a modo de despedida. ¿Cómo estaba enterado de la cita de su novia? ¿Qué significaban las instrucciones que había de recibir y quién tenía que dárselas?

La respuesta sólo podía ser una: que Erzsebet estuviera al

servicio de los rusos o, lo que era lo mismo, de la Policía popular húngara. Esto bastaba a justificar la hostilidad con que el viejo Janos se había referido a ella y las reticencias de Lajos. ¿Estaría Lazlo de acuerdo con ella o se limitaría a continuar las relaciones para no suscitar sospechas? Se inclinaba, naturalmente, por esta última hipótesis; pero acaso no representara muy bien su papel de enamorado, por cuanto, a juzgar por la carta hallada entre los papeles del herido, la muchacha no estaba nada contenta.

Respecto a los contactos de Lazlo con los rusos, era preciso tener en cuenta que el joven Hrotko, miembro hasta el fin de la guerra de una agrupación liberal, había tenido que ingresar posteriormente en el llamado Partido del Pueblo. Sólo salvaguardado por un carnet del partido que actuaba de absoluto acuerdo con los dominadores rusos, pudo conservar la libertad y una ocupación que tan buenos servicios le permitía prestar a la causa de la independencia de su país, indudablemente, el individuo a quién suplantaba necesitaba realizar un doble juego, peligroso y difícil; pero que sería doblemente expuesto para quien ahora tenía que ocupar su puesto. ¿Hasta dónde servía Lazlo a los rusos a fin de verse libre de sospechas y poder conservar su libertad de movimientos? No podía saberlo; pero sí que en aquel punto estaba el mayor escollo de su misión, el obstáculo más difícil de salvar.

Si en todo momento tendría que andar con pies de plomo, precisaría redoblar las precauciones al hablar con Erzsebet. Quizá el joven Hrotko había cometido un error imperdonable al hacer pensar a la joven que no la quería con el mismo entusiasmo de antes. ¿No le preguntó la chica por teléfono si se había cansado de ella? Procuraría enmendar la equivocación; cuando la viese la hablaría con todo el apasionamiento que fuera compatible con el carácter un tanto hosco de Lazlo.

De pronto, una idea cruzó por su cerebro. ¿No podría encontrar en aquel mismo cuarto papeles o cartas que le permitieran conocer más a fondo la vida, el carácter y el comportamiento del individuo cuyo lugar ocupaba? Posiblemente sí. Por intentarlo no perdería nada en cualquier caso, y resolvió poner manos a la obra.

En el cajón de la mesilla de noche no halló nada del menor interés. Concentró entonces su atención en el armario. Era mucho más grande y amplio que el que había visto en la contigua

habitación de Lajos. Estaba cerrado con llave.

Probó algunas de las llaves encontradas en los bolsillos de Lazlo y no tardó en dar con una que abría.

Dentro halló varios trajes en mediano uso, alguna ropa interior y unos cuantos libros. Apenas si examinó otra cosa que los títulos. Eran unos volúmenes de historia, geografía y economía política. Revelaban que Lazlo sentía preocupaciones intelectuales un poco por encima de las que correspondían a un simple chófer. Junto a ellos vio otros varios, editados después de la «liberación», divulgando las teorías del marxismo-leninismo-stalinismo. Si alguno parecía haber sido leído con todo cuidado, otros no estaban ni siquiera abiertos.

Le sorprendió no encontrar retratos, cartas ni escritos de ninguna clase. Sin embargo, sería lógico que Lazlo conservase fotografías o cartas de su novia. ¿No tendría el armario algún cajón secreto y oculto? Lo buscó con verdadero afán. Tardó más de tres horas en descubrirlo y sólo pudo hallarlo cuando, al medir por dentro y por fuera el armario, advirtió que la madera del fondo tenía más de diez centímetros de gruesa. Como le pareció excesivo, trató de romper la madera y lo consiguió con relativa facilidad, hallando lo que había supuesto; que el armario tenía un doble fondo.

Encontró allí unos cuantos papeles. Sufrió una ligera decepción cuando vio que no arrojaban demasiada luz sobre el carácter de Lazlo. Aparte de una carta citándole junto al puente Margarita y que firmaba una tal Terez, sólo halló una lista de nombres y direcciones. Al examinarlas con todo detenimiento comprobó dos cosas: que ninguno de aquellos nombres correspondía al de cualquiera de los que Mohac le había dado como elementos activos del movimiento clandestino y que tres o cuatro ostentaban apellidos rusos, mientras a otros únicamente se les designaba por un nombre y un número. La mayoría vivían en el mismo Budapest, pero otros tenían su domicilio en diferentes puntos de Hungría: ¿Quiénes serían? No pudo saberlo. Por más que rebuscó en el doble fondo del armario no encontró nada que sirviera de explicación.

Con unas cosas y otras, era ya muy tarde cuando se durmió. Aunque tenía pensado madrugar al día siguiente, cuando se despertó eran cerca de las nueve de la mañana. Temeroso de llegar

con retraso a la cita del Nemzeti Museum, se metió en el cuarto de aseo y se afeitó y lavó con rapidez. Una vez vestido, pasó por la cocina, donde Lajos le tenía preparado un tazón de café con leche y unas tortas de sabor agridulce como desayuno.

Preguntó por el viejo. Seguía en la cama, porque no solía levantarse nunca antes de las once de la mañana. Terminado el sobrio yantar, se disponía a marcharse, cuando sonó el timbre de la puerta. Lajos, que salió a abrir, —volvió al medio minuto, diciéndole:

—Erzsebet quiere verte. Está en el despacho.

—¿Erzsebet? —Inquirió, sorprendido, Nick—. Pero si habíamos quedado en vernos en otro sitio.

—Pues ahí la tienes. Y no vas a marcharte sin hablarla, ¿verdad?

Nada más lejos del ánimo de Nick. Le asombraba que la muchacha hubiera venido a la casa —donde, al parecer, no se la miraba con la menor simpatía— después de citarle en el Museo Nacional a las diez de la mañana. ¿Qué habría ocurrido que le obligase a modificar sus planes de la noche anterior?

Al transponer la puerta del despacho se detuvo ligeramente deslumbrado. La muchacha que tenía ante sus ojos era indudablemente la misma de la fotografía hallada en la cartera de Lazlo, pero incomparablemente más bonita. Sí de lo vivo a lo pintado suele haber gran diferencia, en aquel caso no era precisamente en favor de la fotografía.

Erzsebet era alta, de líneas rotundas, pero armoniosas, cintura estrecha y cimbreante y piernas largas maravillosamente modeladas. Tendría de veintidós a veinticuatro años; era morena de cutis, con pelo rizado de un negro brillante, y ojos oscuros, grandes y rasgados, sombreados por largas pestañas; la nariz era recta; la boca, pequeña; los labios, gordezuelos, y el rostro formando un óvalo perfecto.

—Supe que habías llegado, Lazlo, y vine a verte inmediatamente.

Hablaba con voz cálida y acariciante, y Nick se estremecía ligeramente al oírla. No le recordaba en nada a la escuchada la noche anterior. Buscó algo que responder y no se le ocurrió nada mejor que lo que Hrotko hubiera debido decir de encontrarse en su caso:

—Y yo te lo agradezco sinceramente, Erzsebet, aunque sólo sea por comprobar que estás más bonita que nunca.

La muchacha pareció sorprendida al escucharle: incluso se ruborizó ligeramente, como si no estuviera acostumbrada a oír palabras semejantes en labios de su novio. Como guardara silencio, Nick prosiguió:

—Ni un momento he dejado de pensar en ti, querida, y no sabes todo lo interminables que se me han hecho las horas.

La joven sonrió complacida al principio; pero de pronto experimentó una radical transformación. Repentinamente seria, dirigió una —mirada glacial a su interlocutor y, en tono dolorido, repuso:

—No te esfuerces, Lazlo. Ya no es necesario que finjas.

—¿Crees que finjo? —inquirió, confuso, Nick.

—De sobra lo sabes. Ni me quieres ahora ni me has querido nunca.

Con tanta rotundidad se expresaba la muchacha y tan asombrosas resultaban sus palabras, que el americano no acertó a responder nada. Con una triste sonrisa, Erzsebet continuó:

—Me pediste relaciones porque te lo indicó tu padre; yo te acepté por mandato del mismo. Desde que éramos chicos soñaban con vernos casados. Ahora...

—¿Ya no les interesa?

—Mi padre murió hace cinco días. ¿No has visto siquiera que visto de luto?

Nick advirtió desde el primer instante que la joven vestía de negro, pero supuso que le gustaría el color o estaría de luto por alguna pérdida familiar más o menos remota. Apresuradamente trató de disculparse. Con la alegría de verla, no había reparado en nada.

—No te esfuerces en mentir, Lazlo. Si estuvieras tan enamorado como pretendes, no habrías esperado que yo viniese a verte; te hubiera faltado tiempo para buscarme anoche mismo.

Más confuso a cada instante, Nick balbució torpemente algunas excusas:

—No sabía nada; ni mi padre ni Lajos me dijeron una sola palabra —luego, audazmente, suponiendo que el padre de Erzsebet debía tener la misma edad y estar en parecido estado al viejo

Hrotko, añadió—: Claro que con sus años y estando tan enfermo...

—¿Enfermo? ¡No sabes lo que dices! No tuvo nunca la menor enfermedad; estaba tan sano y tan fuerte como tú o como yo.

—¿Entonces...? —preguntó Nick, dándose cuenta de que había cometido un grave error y no queriendo incurrir en otro.

—Le mataron. Ayudó a escapar a unos amigos perseguidos por los rusos y alguien le denunció. Vinieron a detenerle una noche; al día siguiente le vi en el depósito de cadáveres. Me dijeron que había sido atropellado por un automóvil en un accidente callejero, pero pude ver que tenía un balazo en la nuca.

—¡Canallas! —murmuró, dolorido, Nick apretando con rabia los puños—. Mientras no terminemos con esos miserables...

Se detuvo sin concluir la frase, viendo una mirada de sorpresa y desprecio en los ojos de la muchacha. Se produjo entonces una pausa embarazosa; Erzsebet la puso término, diciendo:

—Comprenderás que es inútil seguir. La comedia no tiene objeto una vez muerto mi padre.

—Pero el mío...

—Está de completo acuerdo —repuso la joven—. Hablé con él ayer mismo. Reconoce que no podríamos ser felices. Y menos después de lo sucedido.

Nick no tenía la más remota idea de a que podrían referirse las últimas palabras de la joven, pero no se atrevió a preguntarla nada. En cierto sentido, le agradaba una ruptura, que le evitaría tener que perder algunas horas fingiendo hacer el amor a la novia de Lazlo. De cualquier forma, quiso disimular sus sentimientos. Era lógico que a cualquier hombre le doliese perder a una mujer como aquella. Poniendo una cara, de circunstancias, protestó:

—Eres injusta, Erzsebet. Respeto tu determinación, pero creo que hubiéramos podido ser muy felices; por lo menos, yo, que te quiero con todas mis ansias.

—¿Quererme tú? ¡No bromees, Lazlo! Es preferible que terminemos como amigos, sin obligarme a decir sosas que me desagradan profundamente.

El tono de la muchacha no admitía réplica. Tras murmurar un simple adiós, la joven volvió la espalda y, sin darle siquiera la mano, se dirigió hacia la puerta. Nick recordó entonces la llamada telefónica de la noche anterior. ¿Cómo había cambiado tanto la

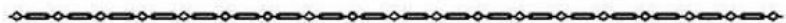
chica en tan pocas horas?

—Escucha un momento, Erzsebet. Si pensabas terminar conmigo, ¿por qué me citaste en el Nimzeti Museum?

—¿Qué yo te he citado en el Nimzeti Museum?

—Sí, anoche cuando hablamos por teléfono.

—¡Tú sueñas, Lazlo! Ni te he llamado por teléfono ni te he citado en ninguna parte. ¡Tú sabrás quién te llamó...!



AVENTURAS DEL F. B. I.

JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIO de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡LO MEJOR DE LO MEJOR

CAPÍTULO III

ENCRUJADA DE TRAICIONES



L Museum Korut es uno de los más amplios y bellos bulevares de la capital húngara. Ocupa el lugar donde un día se alzaron las murallas que defendían Pest, y sobre las que durante largos años tremoló la media luna sarracena. De él parten, en forma de radios gigantes, las grandes avenidas que forman el esqueleto de la ciudad. Y en él se encuentran algunos de los edificios más importantes: la Universidad, el Teatro Nacional y el Museo.

Nick recordaba perfectamente aquella parte de Budapest. La recordaba de los días lejanos de su infancia y especialmente de su visita en 1945. La guerra había pasado por allí, pero sin causar

grandes destrozos. Budapest tuvo la suerte de no sufrir ningún bombardeo aéreo devastador; cuando los rusos la tomaron por asalto en los últimos días de 1944, la batalla se libró al sur y al oeste de la ciudad, en sus barrios extremos y no en su parte céntrica. El bulevar estaba un poco más sucio y más triste, pero los edificios permanecían intactos. Incluso Janos Arany, el gran poeta romántico, seguía sobre su pedestal con la pluma en la mano y los ojos en el cielo, como buscando inspiración.

Al Nimzeti Museum se llega subiendo una amplia escalinata, que da acceso a un pórtico flanqueado por enormes columnas de mármol. Nick conocía el camino que conducía a la sala flamenca. Dejó a un lado la biblioteca, atravesó sin detenerse la galería de pintura húngara, se limitó a echar una rápida ojeada a la sala española, donde destacaba la maravillosa dulzura de unos Murillos de la última época del gran pintor sevillano, y penetró en la parte del Museo consagrado a los grandes maestros de Flandes.

No había muchos visitantes en el Museo. Un grupo de estudiantes, acompañados por su profesor; algunos caballeros de aire absorto, parados horas y horas ante cualquier obra maestra, examinándola en sus menores detalles; unos cuantos soldados rusos, que pasaban de un cuadro a otro con prisa y aire de aburrimiento; un copista, que trataba de reproducir el encanto ingenuo de «La Anunciación», de Memling; diversas parejas, que cuchicheaban comunicándose en voz baja sus impresiones; dos o tres aldeanos, que parecían sorprendidos de cuánto contemplaban sus ojos...

Nick miró con disimulo en torno suyo, pero no acertó a descubrir entre los visitantes quién pudiera ser la mujer que le llamó la noche anterior. Deseoso de no cometer una equivocación peligrosa, fingió abstraerse en la contemplación de los cuadros. Estuvo unos minutos admirando el realismo impresionante y ascético de Van der Weymer; luego, en un contraste violento, se entretuvo mirando las opulencias carnales salidas del pincel de Pedro Pablo Rubens.

—No es preciso que disimules tanto, Lazlo...

Volvió la cabeza hacia la derecha. Allí, casi pegada a él, abstraída aparentemente en la contemplación de una Venus gordiflona saliendo de las aguas del mar, estaba la mujer que acababa de hablarle. Era de mediana estatura, rubia, de ojos claros,

de una belleza llamativa. Al advertir que Nick la miraba sonrió provocativa.

—Si no te abordo yo, hubieras sido capaz de pasar sin hablarme. ¿Es que tienes miedo?

—No —repuso, procurando hablar con aplomo, Nick—; pero en mi situación, conviene proceder con cautela.

—¡Tu situación! —exclamó, desdenosa, la mujer—. ¿Acaso crees que la mía es mucho mejor? Corro tantos peligros como tú, quizá más, y, sin embargo, no vacilé en ir a tu casa, metiéndome casi en la boca del loco, porque ya sabes que allí...

El cerebro de Nick funcionaba con mayor rapidez que nunca, mientras la mujer seguía hablando. Era, indudablemente, la visitante que había suscitado las iras del viejo Janos; la que excitó su cólera cuando pretendió defenderla, afirmando que era su novia. ¿Quién sería, en realidad? Seguramente, aquella Terez de la nota citando a Lazlo un anochecer a la entrada del puente Margarita. Era joven aún y bastante bonita. Con una belleza un poco artificial, opuesta a la de Erzsebet; mientras la de la muchacha era serena y plácida, la de esta otra resultaba desgarrada e incitante.

—¿Es que piensas estarte callado sin decir una sola palabra?

El americano salió de su abstracción. Tenía que decir algo, que intentar averiguar los planes de la mujer que le hablaba. Con cierta cautela, replicó:

—Hiciste mal en ir. Mi padre empieza a sospechar algo.

—¿Qué puede sospechar? ¿Qué te entiendes conmigo? ¡Bah! No creo que pueda importarte. Porque no irás a decirme que te has enamorado ahora de esa estúpida de Erzsebet, ¿verdad?

—No, pero...

—No hay pero que valga. Eso es lo único que pueden pensar, y no es cosa que pueda inquietarnos. Lo otro, ni siquiera se les pasa por la imaginación.

—¿Estás segura? —preguntó Nick, aunque ignoraba qué pudiera ser «lo otro».

—Completamente. Si recelasen algo, habrían advertido a Szoque, y no lo han hecho. El muy imbécil me cree de absoluta confianza y seguimos viéndonos todos los días.

Nick se estremeció. Szoque era el nombre húngaro de uno de los agentes enviados por Anderson. Las palabras de la mujer implicaban

que se hallaba en grave peligro. Por decir algo gruñó:

—No me gusta que andes tanto con él.

La mujer rió burlonamente. Miró en torno suyo, para convencerse de que no había nadie cerca. Luego repuso:

—¿Otra vez con tus celos? ¡No seas tonto! Sabes que sólo te quiero a ti, y que si hago cara a ese idiota, es porque nos interesa. ¿Qué le gusto? ¡Qué duda cabe! A todas horas tiene mi nombre en los labios: Terez por aquí, Terez por allá... A veces siento ganas de darle una bofetada. Menos mal que ya durará poco.

—¿De veras?

—Sí. Antonof asegura que ya está casi completado el servicio. Tenía prisa en que hablaras conmigo para ultimar detalles. ¿No te lo dijo cuando estuvo en tu casa?

Antonof era, indudablemente, el agente ruso que acompañaba a los policías populares húngaros en su pretendido registro de la noche anterior. Sintió que una ira fría le acometía y tuvo que hacer un esfuerzo para no destrozar a la mujer entre sus manas. Logró dominarse. Ahora más que nunca necesitaba andarse con pies de plomo.

—Sí —repuso—. También metió la pata yendo a mi casa. ¿Para qué fue, si ya habías hablado conmigo?

—Encontré un poco extraña tu voz, querido —explicó la mujer. Antonof quiso convencerse de que eras tú quién hablaba. Dice que representaste muy bien tu papel, fingiendo no conocerle, pero que debías no haber perdido tanto tiempo en dar cuenta de tu viaje.

—¿Por qué? —inquirió Nick, mirando de soslayo a Terez.

—¿Vas a decir que no lo sabes? Está irritado contigo, y no le faltan motivos.

—Tampoco a mí —mintió el americano—. Ese tipo te ronda demasiado y no es tan imbécil como Szoque. Ni tan inofensivo.

—Deja los celos de una vez —dijo la mujer, con fingida irritación, aunque era fácil adivinar que los celos del supuesto Lazlo la complacían—. Antonof no se propasa nunca. Si frecuenta el Varos, si finge cortejarme, es porque así resulta más fácil nuestro trabajo sin levantar la menor sospecha. ¿O es que vas a volver a hacerme alguna nueva escena?

—No me agrada —gruñó, con aire enfadado, Nick—. Si Antonof y los otros siguen con sus bromas y sus miraditas...

—¡Basta! —le interrumpió, impaciente, Terez—. No vamos a perder el tiempo discutiendo como siempre. Hay algo más urgente. ¿Qué pasó con Mohac?

—Ya te lo puedes figurar —replicó el americano, tratando de que la mujer explicase el alcance de su pregunta.

No me lo figuro y Antonof tampoco. Encontraron los cadáveres de los otros dos, pero ése, que era el más importante, logró largarse.

—¿Tú crees? —preguntó Nick, con la más bobalicona de sus sonrisas.

—Que lo creyese yo, no tendría importancia; lo malo es que lo piensan nuestros «amigos». Y hasta alguno afirma que tú le ayudaste.

—¿Yo? ¡Están locos! ¿Por qué iba a ayudarle?

—Eso mismo les dije yo, pero Gusenko no acaba de fiarse. Dice que si juegas con dos barajas, lo mismo puedes hacerlo con tres. Al fin y al cabo, los americanos suelen pagar bien, y no serías el primero al que hubiesen deslumbrado los dólares.

—Pero tú sabes que yo...

—¡Claro que lo sé! ¿Acaso crees que no se lo he dicho? No hubieras traído aquí a estos yanquis de acuerdo con Gusenko si estuvieses vendido. El argumento es definitivo, pero lo de Mohac...

—Estate tranquila. Mohac no volverá a darnos guerra.

—¿Tú crees? Dicen que pasó la línea fronteriza y que los yanquis le tienen escondido.

—Tan escondido —mintió Nick—, que nadie volverá a verle. Descuida, no dirá una sola palabra a los americanos.

—¿Estás seguro?

—Puedes jurarlo. Sería un milagro que pudiera hablar, y los milagros abundan poco en nuestras días.

Tras una ligera pausa, provocada por una pareja que se acercó donde ambos estaban, Terez volvió a hablar. Expresaba ciertas dudas respecto a las seguridades dadas por su interlocutor. Tanto Gusenko como Antonof aseguraban que Mohac había logrado llegar al sector americano de Viena. Hizo fuego contra una patrulla rusa y mató a un soldado e hirió a otros tres.

—Los yanquis niegan haberle visto, pero es lo que dicen siempre.

—Sólo que en este caso tienen razón. Hallaron su cadáver

flotando sobre las aguas del Danubio, pero no le identificaron, porque no llevaba encima documentación alguna.

—¿Fuiste tú quien le liquidó?

—¡Qué importa! Lo único que interesa es que dejó de ser un peligro. Y sin tiempo para abrir la boca.

La mujer no contestó inmediatamente. Molesta por la proximidad de un grupo de visitantes, echó a andar, haciendo un gesto disimulado a Nick para que la siguiera. Fueron hasta la sala española. Allí, mientras Terez simulaba contemplar con atención una «Magdalena», de Ribera, reanudó la charla, diciendo:

—Eso está bien, Lazlo. Pero tendrás que decírselo a Gusenko. Te esperará esta noche.

—¿Dónde?

La mujer le dirigió una mirada de sorpresa. En tono malhumorado, replicó:

—¿Dónde ha de ser? En el Varos, naturalmente; en el reservado de siempre.

—¿Estarás tú?

—¡Claro! ¿He faltado alguna vez?

—Podían haber cambiado las cosas. Y más si ese tonto de Szoque anda a tu alrededor.

—No pienses, más en él —repuso, irritada, la mujer—. Preocúpate de convencer a Gusenko de tu lealtad; de lo contrario...

—¡Bah! —dijo Nick, encogiéndose de hombros, simulando una seguridad que estaba muy lejos de sentir—. Por ese lado no hay el menor cuidado. ¿A qué hora quieres que vaya?

Terez le miró de nuevo; en su expresión se mezclaban la indignación y el desconcierto. Nick sostuvo impertérrito su mirada. La mujer murmuró:

—Pareces tonto hoy. ¿No sabes que Gusenko va por allí alrededor de las once y que no le gusta esperar? Y ahora, adiós. No conviene que sigamos juntos.

—¿Por qué, si nadie nos mira?

—¡Quién sabe! No te fíes, por si acaso; tus amigos tienen espías en todas partes.

Terez parecía tener mucha prisa en marcharse. También Nick sentía deseos de quedarse a solas para meditar sobre las extraordinarias revelaciones que un poco inconscientemente le

había hecho la mujer. Sin embargo, quiso enterarse de algo más. Pidió:

—Aguarda un momento, Terez. ¿Qué hay de los otros?

—¿Qué otros?

—Erzsebet, su padre, los agentes americanos y todos los demás.

La mujer vaciló un instante; luego habló en voz muy baja y con apresuramiento. A Szoque le vigilaban de cerca, siguiendo todos sus pasos, tomando buena nota de cuantas personas hablaban con él; en el momento preciso le echarían mano, pero convenía darle cuerda, para que al mismo tiempo cayesen todos sus auxiliares.

—¿Y si se da cuenta y busca refugio en la Embajada americana?

Terez sonrió despectiva. El edificio de la Embajada estaba cercado de agentes de la Policía popular húngara; todo el que entraba o salía de ella tenía que justificar su personalidad y el motivo de su visita. Todos los vigilantes tenían las señas de Szoque; si pretendía acercarse a la representación yanqui, sería detenido en el acto.

De los otros dos enviados de Anderson, uno había sido apresado en las cercanías de la frontera yugoslava; el otro actuaba en Leva, ciudad de las estribaciones de los Montes Metálicos, donde se había concentrado la producción de uranio. También se le seguían los pasos y caería en el momento más adecuado.

—Respecto al padre de Erzsebet sucedió lo que esperabas. No hay cuidado que te denuncie a sus amigos; murió en un pequeño accidente.

—Pero la hija...

—No te preocupes por ella. Hubiese muerto al mismo tiempo que el viejo de no gustarle demasiado a Gusenko. Habrá que hacer las cosas más despacio. Pero yo sé hacerlas bien. Uno de estos días la encontrarán algunos papeles encima. Entonces, Gusenko podrá hacer con ella lo que le parezca; después...

Nick sintió deseos de echarla las manos al cuello. Se contuvo con un violento esfuerzo. Sería tirarlo todo por la borda. Aquella mujer merecía que la estrangulase, pero hacerlo equivalía a firmar su propia sentencia de muerte y la de todos —Erzsebet incluida—, a los que acaso tuviera ocasión de salvar procediendo con tacto y cautela.

Dejó, pues, que Terez se marchase. Una vez solo, se dejó caer en

uno de los divanes. Con los ojos clavados en un «San Francisco», de El Greco, se abismó en sus pensamientos. Su situación personal no tenía nada de agradable. Junto a los peligros con que ya contaba al iniciar su aventurada empresa, acababan de surgir otros, en los que ni siquiera había pensado.

La conversación que acababa de sostener había confirmado las peores sospechas que hicieran nacer en su ánimo las breves palabras que escuchó la noche anterior de labios del agente de la N. K. V. D.

Lazlo Hrotko era un miserable, un traidor de la peor especie. Traidor no sólo a los americanos, a los que fingía servir, sino a su patria y a cuántos luchaban por su independencia. Incluso a su propia novia. ¿No la había denunciado, en unión de su padre, con el propósito canallesco de que los rusos se encargasen de borrarla del mundo de los vivos durante su ausencia?

Empezaba a adivinar todo el alcance del turbio juego del individuo a quién suplantaba. Era evidente que algunos perseguidos que confiaban en él habían atravesado, indemnes el telón de acero. Pero ¿cuántos no se habrían quedado en el camino? Los pocos que llegaban con vida al sector americano de Viena constituían la garantía precisa para que ni los servicios de información yanqui ni los patriotas húngaros recelasen de sus verdaderas intenciones. Y los que pasaban eran siempre los menos importantes; los que de verdad interesaban al Gobierno títere de Budapest caían fatalmente bajo el plomo de sus enemigos cuando más cerca creían estar de la soñada libertad.

Mohac era una excepción. Pero bien sabía la serie de extrañas circunstancias a las que debía su vida. De no empeñarse en ir pegado a Hrotko tan pronto como salieron de Bruck, jamás hubiera atravesado la línea de demarcación. Ni aun así lo hubiera conseguido probablemente de no tropezarse inesperadamente con una patrulla soviética y resultado herido Lazlo a los primeros disparos. ¡Y el pobre hombre se había expuesto a morir, cargando con el cuerpo inconsciente del que le llevaba a una emboscada mortal, del que acaso no hubiese vacilado en meterle un balazo en la nuca al menor descuido!

Comprendía ahora perfectamente las duras palabras del viejo Janos, las miradas recelosas de Lajos, la actitud de Erzsebet

rompiendo con él. ¿No llegó a insinuar, aunque entonces no se diera cuenta del alcance de la frase, que fue quien delató a su padre? Era lógico que hubiese terminado con el culpable directo de su tragedia: lo único sorprendente, si acaso, resultaba que no le escupiese a la cara todo su desprecio.

Cabía en lo posible que, aparte de los familiares cercanos de Lazlo, hubiera otros muchos que sospecharan de su lealtad. A juzgar por lo que la mujer le había dado a entender, Terez debía ser su amiga. Si trabajaba en un «*cabaret*» —y no otra cosa podía ser el Varos—, donde alternaba con agentes de la

N. K. V. D.,

su conducta no tendría mucho de ejemplar. Quienes conocieran sus contactos con Gusenko y Antonof recelarían de ella. ¿Cómo no habían de incluirlo en sus sospechas si sabían que les unían determinados lazos?

¿Pero lo sabrían? Lo dudaba. El hecho de que le hubiese citado en el Nimzeti Museum y que considerase como un rasgo de audacia haberse presentado el día antes en su casa, parecía demostrar lo contrario. Ciertamente le pidió que fuese aquella noche al local donde trabajaba; pero a un reservado, donde posiblemente no les vería nadie conversar entre sí ni con los agentes rusos.

Fuera como fuese, lo indudable era que los hombres enviados por Anderson con una misión importante y los elementos más destacados de la resistencia húngara corrían un peligro gravísimo. ¿Qué podía hacer para intentar salvarles? Por un instante pensó que lo más conveniente era descubrirles su verdadera personalidad, denunciando la falsía y traición de Lazlo. Tras unos minutos de reflexión abandonó esta idea.

Era dudoso que le creyera nadie. Su extraordinario parecido, su casi absoluta igualdad con el joven Hrotko, bastaría para que todos dudasen de sus palabras. No tenía documento alguno en que apoyarlas. Tenía el carnet de identidad y el salvoconducto de Lazlo, vestía sus ropas, habitaba en su casa, ocupaba su puesto en todos los aspectos de la vida. Tenía, incluso, aquel lunar del cuello. ¿Cómo podía probar, que era, en realidad, un agente del

F. B. I.

americano y que su verdadero nombre era Nicholas H. Nelski? De ninguna manera. Si contaba la verdad, si decía que el individuo por

quién se hacía pasar estaba en un hospital de Viena, le tomarían por loco o por algo peor.

En los períodos prolongados de clandestinidad se desarrolla una aguda desconfianza en quienes se saben espiados y perseguidos. Si iba diciendo que no era quien todos creían, los pocos que dieran crédito a sus afirmaciones, pensarían en el acto que se trataba de algún esbirro al servicio de sus mortales enemigos. Perdería un tiempo precioso tratando de convencerles. Y como premio podía encontrarse, al final, con un balazo disparado por aquellos mismos a los que pretendía salvar.

Cierto que no cabía descartar que acabase a sus manos de todas las maneras. Era probable que no fueran solos el viejo Janos, Lajos y Erzsebet los que hubiesen advertido algo extraño en su conducta y que los otros, a quienes no con tendrían razones de parentesco o amistad, no fueran tan pacíficos en la expresión de sus sentimientos. Pero valía la pena correr este riesgo. Antes de que le quitasen de en medio lograría poner sobre aviso a los más amenazados, especialmente a Erzsebet y a los agentes mandados por Anderson.

¿Qué haría con respecto a Terez y a sus amigos rusos? Lo más prudente acaso fuera poner tierra por medio y no volverles a ver. La entrevista del Varos, si llegaban a sospechar algo, y aun sin sospecharlo, podía convertirse en una trampa mortal. Lazlo les había prestado, al parecer, muchos y muy buenos servicios; pero sabía demasiado y era posible que sintieran la tentación de cerrarle la boca con plomo. Al fin y al cabo, una vez consumada la traición, el traidor se convierte en un estorbo.

Pero manteniendo el contacto con aquellos individuos podía obtener la más valiosa información. La necesitaba. Tenía que conocer hasta dónde llegaba la traición de Lazlo, qué papel estaba jugando Terez, cuáles eran los propósitos de Gusenko y Antonof y qué nombres conocían de los integrantes del movimiento de resistencia. Al hacerlo se jugaba la vida, aumentando los riesgos que le amenazaban. Pero ¿no la había dado casi por perdida al aceptar la misión suicida que le encomendó el coronel Anderson?

Resolvió entrar inmediatamente en acción. Apremiaba el tiempo si no quería que sus enemigos se le adelantasen. Rápidamente resolvió el camino a seguir. Por la noche Iría al Varos dispuesto a jugarse el todo por el todo, enfrentándose con Terez y sus amigos.

Antes, sin embargo, precisaba poner sobre aviso a unas cuantas personas, para el caso, nada improbable, de que no lograra salir vivo del «*cabaret*» en cuestión.

Se puso en pie; con aire interesado recorrió algunas salas y fue aproximándose a la puerta. Cinco minutos después ganaba la calle. Sin demostrar una prisa excesiva, subió por el Museum Korut, hacia la esquina de Rakoczi Utzca. Deteniéndose ante los escaparates medio vacíos de las tiendas, miraba disimuladamente en todas las direcciones, para observar si era seguido. Pronto no tuvo la menor duda de que era así. Un individuo gordo, envuelto en un raído gabán, caminaba por la acera opuesta, deteniéndose cuando se detenía y apresurando el paso si lo hacía Nick.

Le hubiese gustado abordarle y saber quién le había mandado seguirle. Tenía cierta curiosidad por saber si se trataba de los elementos de la resistencia que desconfiaban de él o de la Policía popular húngara, que no le consideraba muy leal en sus traiciones. Pero hubiera resultado inútil preguntárselo; inútil y peligroso. Lo mejor era quitárselo de encima. Y fue lo que el americano hizo sin excesivas dificultades.

Fue suficiente con darse una pequeña carrera y tomar en marcha un tranvía que corría por la calle Rakoczi, en dirección a la estación del Este. Desde la plataforma pudo ver cómo su perseguidor volvía a meterse en el Museum Korut, seguramente en busca de un coche que le permitiera dar alcance al fugitivo.

Apenas le perdió de vista, Nick se arrojó del tranvía en marcha y tomó otro, atestado de gente, que marchaba en dirección opuesta. Medio oculto entre los pasajeros, pudo ver cómo el individuo encargado de seguirle se metía en un automóvil, que se lanzaba en persecución del primer tranvía. Sonrió, irónico, cuando lo perdió de vista. Indudablemente, los agentes húngaros no eran un prodigio de habilidad y eficacia en el desempeño de su misión.

No queriendo, sin embargo, dejar ningún cabo suelto, tuvo buen cuidado de no ir directamente al punto que se proponía. Dio varias vueltas y revueltas por el centro de Pest, tomando y dejando tranvías que marchaban en distintas direcciones, a fin de despistar a cualquier posible perseguidor. Cruzó el Danubio por el puente Isabel, y a pie, con cierta calma y extremando las precauciones, hizo la última parte de su recorrido.

Bordeando la colina sobre la que alza sus muros la imponente ciudadela medieval de Gellerteghy, se adentró en la complicada red de callejuelas estrechas y sinuosas que constituyen el viejo barrio judío, el famoso *Ghetto* de Buda. Pronto dio con la que le interesaba: Scarvas Utzca. Y en ella, con un pequeño café, un bar más bien, limpio de aspecto y no muy concurrido.

Penetró sin vacilaciones y fue a sentarse en un extremo de la barra. Tras el mostrador pudo ver a un hombre alto, muy delgado, con los ojos hundidos y la nariz aguileña cayéndole casi sobre la boca. Las señas resultaban inconfundibles: era Isaak Bentlhem, uno de los hombres de confianza indicados por Mohac, que ofrecía la gran ventaja de conocer personalmente a Lazlo.

Pudo ver un gesto de reconocimiento en sus ojos al transponer la puerta. Sin embargo, no le dijo una sola palabra, mientras no salieron dos hombres, a los que había estado atendiendo. Entonces se acercó a Nick.

—Mohac está a salvo —dijo el americano—; pero yo necesito su ayuda, Isaak.

El viejo judío asintió con un leve movimiento de cabeza, si bien no respondió una sola palabra. Luego, mientras simulaba limpiar el mostrador y tenía fijos los ojos en la puerta de entrada, le hizo un gesto para que hablase.

—Necesito que un amigo se acerque a la frontera austríaca; es preciso que llegue cuanto antes a Viena. ¿Puede hacer que alguien le lleve?

Bentlhem habló entonces, para mostrar su extrañeza. ¿No era Hrotko precisamente quién se encargaba de llevar a los fugitivos hasta las puertas mismas de Viena?

—Acabo de volver de allí y no sé cuándo podré hacer otro viaje. Hay un hombre en peligro: Szoque.

Bastó ver el gesto del judío para comprender que el nombre no le resultaba desconocido. No necesitaron prolongar mucho la entrevista para llegar a un completo acuerdo. A las tres de la madrugada salía con dirección a Wiener Neustadt el mismo chófer que se había encargado de llevar escondido en su camión a Mohac.

—Conoce a Szoque también. Bastará que le espere a las tres y cinco a la entrada del puente colgante.

Para encontrar a Szoque —un checo que en la guerra y después

de la guerra había prestado los mejores servicios a la independencia de su país y a las fuerzas americanas— tuvo que estar en veinte sitios diferentes y hablar con muchos de los amigos de Mohac. La mayoría conocían personalmente a Lazlo Hrotko. Para Nick fue una gran satisfacción comprobar que ninguno sospechaba la suplantación, aunque se vio en algunos apuros al hablar con varios que le dirigían preguntas, a las que resultaba muy difícil dar una contestación adecuada.

Al cabo, cerca ya de las seis de la tarde, cuando empezaba a cansarse de una interminable peregrinación, dio con Szoque en un confortable y lujoso apartamento de Ujpesti Ranpark, desde cuyos ventanales se dominaban las orillas del Danubio y los grandes balnearios y las instalaciones deportivas de la isla Margarita. El checo era un hombre de mediana estatura, un poco rechoncho, con poco pelo en la cabeza y unos ojos vivarachos, Indicadores de una inteligencia despierta.

—¿Qué te trae por aquí, Lazlo? Ni siquiera sabía que hubieras vuelto de Viena.

—Regresé ayer —repuso Nick—; pero ya sé lo suficiente como para desear que emprenda inmediatamente el viaje de vuelta.

—¿Yo? —preguntó, sorprendido, Szoque—. Pero si me encuentro muy bien aquí y apenas he iniciado mis trabajos.

—Pues de quedarte; corres el mayor riesgo de terminarlos de cara a la pared.

—¡Bah! No es fácil asustarme con palabras ni saldré de Budapest mientras no haya concluido mi tarea.

—Saldrás esta noche misma o no saldrás con vida jamás. En cuanto a tu tarea, a Anderson le interesan más los datos que pueda llevarle ahora, que recibir dentro de unos días la noticia de tu heroica muerte.

La charla, que se prolongó por espacio de una hora larga, no discurrió nunca por cauces de excesiva cordialidad. Szoque se resistía a creer las noticias que el supuesto Hrotko le traía. Le costaba trabajo admitir que su compañero y amigo Balats hubiera sido detenido cerca de la frontera yugoslava tres días antes.

—Ayer recibí noticias directas tuyas, diciéndome que todo iba bien.

—Pues desconfía de quién te las dio. Seguramente es un espía de

la

N. K. V. D.

—¡Mentira! —chilló, irritado, el checo—. Es una mujer que nos ha prestado los mejores servicios.

—Terez, ¿verdad? ¡No me equivocaba! Es ella precisamente quien tiene el encargo de vigilar todos tus pasos.

Szoque expresó con claridad su desconcierto. Había sido Lazlo quien le puso en contacto con la mujer, asegurando que era de absoluta confianza. ¿Por qué decía ahora todo lo contrario?

—Porque he averiguado desde entonces lo suficiente para recelar de Terez. Créeme, Szoque: corres el mayor peligro y sólo podrás salvarte quitándote de en medio esta noche misma.

Discutieron con cierta acritud. A través de las palabras de su interlocutor, Nick pudo advertir que el checo le consideraba un rival en el cariño de Terez y que suponía que deseaba alejarle por eso.

—¡No seas idiota! —chilló, irritado—. Crees que esa mujer ni ninguna merece que pongamos en peligro tantas cosas como tenemos entre manos...

Cambiando ligeramente, Szoque insinuó la posibilidad de que fuera Hrotko quien sirviera a los rusos, tratando ahora de encubrir su traición arrojando las sospechas sobre Terez.

—Ya me pareció anoche, al hablar con ella, que desconfiaba de ti.

—Es posible que tengas razón —afirmó el supuesto Lazlo—. Y harías bien en no fiarte de ninguno de los dos. ¿Quieres convencerte? Vete esta noche, antes de las once, al Varos. Procura fijarte en uno de los reservados, número siete. Si me ves entrar allí, si ves que acude Terez y que, antes o después, entran dos agentes rusos llamados Antonof y Gusenko, ¿no será suficiente para que comprendas que tu vida corre el mayor peligro?

—Seguro. Pero...

—Déjate de peros y actúa. Busca a Benthlem y ponte de acuerdo con él para la marcha. Lárgate para Viena tan pronto como compruebe que ni Terez ni yo somos muy de fiar. Díselo así al coronel Anderson. Y añade algo más que tiene una importancia decisiva: que no deje salir del hospital, pase lo que pase y ocurra lo que ocurra, al individuo que perdió la memoria. ¿Entendido?

Szoque protestó un tanto molesto. Las órdenes de Hrotko se le antojaban tan extrañas como sorprendentes. Además, no entendía una sola palabra de aquel galimatías respecto al individuo herido en el hospital.

—Y no hace falta que lo entiendas —replicó, irritado, Nick—. Ten la seguridad de que el coronel lo entenderá. Y haz todo lo te he dicho.

—Antes tendré que convencerme en el Varos de que Terez y tú...

—Te convencerás. Pero una vez convencido no pierdas el tiempo. Te va en ello la vida. Y otras cosas que importan más aún que tú propia vida.

Volvió a casa para cenar. Tenía cierto interés por saber si alguien había ido a buscarle en el curso de la jornada. Preguntó a Lajos apenas le abrió la puerta y la respuesta del criado fue negativa. Preguntó por la cena. Estaba ya preparada, pero...

—Tu padre me dijo que te diese de cenar, solo, en la cocina.

Nick sonrió con tristeza. Indudablemente el viejo no quería verle. La noche anterior le hubiera sorprendido; ésta... Después de su charla con Terez comprendía muchas cosas. Resignado, comió sólo en la cocina; lo hizo con bastante apetito porque, ocupado en sus numerosas visitas, apenas había probado bocado en todo el día.

Terminaba su yantar, cuando le pareció escuchar una voz femenina hablando con el viejo Hrotko en el despacho. Miró en gesto de interrogación a Lajos, que se hizo el distraído. Tuvo que preguntarle de una manera directa para conseguir una contestación, aunque no fue demasiado explícito.

—Es Erzsebet; vino hace un rato y está hablando con tu padre.

—¿Qué hace aquí a estas horas?

El criado se encogió de hombros. O no lo sabía o no quería decírselo. Recordando algo que Terez le dijese en el Nimzeti Museum, Nick tuvo interés en averiguar qué le había sucedido a la exnovia de Lazlo. Resueltamente, abandonó la cocina y abrió la puerta del despacho.

—¿Qué ha pasado, Erzsebet, para volver a esta casa?

La muchacha le miró con los ojos arrasados en lágrimas, pero no respondió una sola palabra. Fue Janos quien contestó con una cólera difícilmente contenida:

—La echaron de su casa. ¡Tus amigos!

—¿Mis amigos? —inquirió Nick, con cara de asombro.

—Sí. Esta tarde se presentó un «tovarich» afirmando que, como la sobraba casa luego de la muerte de su padre, se quedaría a vivir allí. Y ¿sabes quién era? El mismo que vino aquí anoche. Supongo que le mandarías tú.

Nick pretendió protestar. No tenía amigos entre los rusos. ¿De dónde había sacado su padre que entre aquel agente de la N. K. V. D.

y él podía existir la menor relación? Violento, exasperado, el viejo interrumpió sus explicaciones.

—¡Basta de farsas y disimulos! ¿Crees que no vi que anoche te hablaba disimuladamente? Podré estar mal de la vista, pero conservo el oído. Incluso oí lo que te decía.

El americano calló sobrecogido por el tono despectivo e hiriente del viejo. Impresionada por la acusación, Erzsebet preguntó al que seguía creyendo su exnovio:

—¿Es eso cierto, Lazlo?

—Quizá sí —repuso Nick—, aunque no signifique lo que mi padre supone. La lucha que sostenemos es dura y a veces precisamos jugar con dos barajas a un tiempo para...

—¿Vender a quienes confían en ti, miserable? —preguntó con un gesto de asco Janos.

—O para salvarlos, incluso a costa de nuestro propio hundimiento. Algún día acaso pueda explicarles cosas que hoy debo callarme. Pero vayamos a lo que importa, Erzsebet. ¿Fue Antonof quién se apoderó de tu casa?

—Sí. Dijo que podría quedarme, pero sé lo que ocurrió a otras chicas que aceptaron dormir bajo el mismo techo que uno de esos individuos y preferí escapar apenas volvió la espalda.

—Hiciste bien, aunque más peligroso para ti que ese Antonof es otro tipo llamado Gusenko. Debes conocerle, porque acaso intervino en la detención de tu padre.

—Al que tú denunciaste, ¿verdad? —volvió a inquirir, iracundo, el viejo.

—Contra el que yo no he dicho una sola palabra —afirmó en tono de profunda sinceridad Nick; luego, viendo que la muchacha dudaba aún, añadió—: Créeme, Erzsebet. ¡Te lo juro por lo más

sagrado!

Su última frase pareció impresionar profundamente a sus oyentes; pudo ver que la cólera del viejo desaparecía para ser sustituida por un gesto de asombro sin límites; también que la joven lanzaba un suspiro de alivio. Tras una breve pausa continuó:

—Hiciste bien en huir de tu casa, Erzsebet. Pero ¿crees estar segura aquí?

—Sí. Cuando escapé fui a ver a una amiga. Vivió en la misma casa que yo y nos quisimos mucho, aunque últimamente estábamos muy distanciadas. No porque trabajase en un «*cabaret*» —los tiempos son duros, ella está sola y tiene que vivir como puede—, sino porque... Bueno, porque sospechaba que pretendía quitarme algo que consideraba mío. A pesar de todo esto, no vacilé; mi situación era desesperada y podía aconsejarme.

—Y te aconsejó...

—Que viniera aquí. Afirmó que en ningún sitio estaría más segura. Le agradecí el consejo, porque demostraba que no había nada de cierto en lo que llegué a sospechar.

Nick se estremeció al escucharla. Se imaginaba el turbio juego de la autora del consejo, cuya personalidad adivinaba. Quiso salir de dudas, haciendo una pregunta directa:

—¿Fue Terez, verdad?

—Sí, Terez Bellscar. ¿Te sorprende?

—No. Pero hazme caso y sal inmediatamente de esta casa. Si continúas aquí no sé lo que podrá ser de ti.

—¿Por qué lo dices, Lazlo?

—Porque Terez Bellscar no es amiga tuya ni mía ni de nadie. Es peor que una culebra venenosa. ¡Cuidado! Sí sabe dónde estás, no parará hasta destrozarte. No te fíes de mí; pero fíate menos aún de esa ramera...

Dando media vuelta rápida salió del despacho. Erzsebet corrió tras él. Le dio alcance ya en el recibidor. Con voz emocionada, le dijo:

—¡Gracias, muchas gracias por todo... Lazlo!

COLECCIONAD

JEQUE BLANCO

¡Otra serie de cuadernos de magníficos dibujos
y de argumentos emocionantes!

CAPÍTULO IV

CON DOS BARAJAS



A entrevista con Nick y sus asombrosas afirmaciones sumieron en un mar de confusiones a Karl Stezan. No llegó a dudar un solo minuto de que quien le había hablado era el mismo Lazlo Hrotko en cuya compañía hizo el viaje de Viena a Budapest. Pero por eso mismo concedió mayor importancia a sus palabras.

Había sido Lazlo quien le presentó a Terez en un reservado del Varos, asegurando que podía ser la más útil de sus auxiliares. Los días transcurridos desde entonces parecieron confirmar plenamente sus palabras. La mujer le prestó algunos servicios, llevando personalmente notas y recados a diversos elementos de la

resistencia, e incluso guardándole en momentos de apuro documentos que resultarían muy comprometedores caso de ser hallados en su poder.

Las relaciones con la muchacha tenían otro lado más agradable aún. Stezan ponía por encima de todo el cumplimiento de su deber; pero no por ello dejaba de ser hombre y siempre que no perjudicara al servicio le complacía poder charlar con una mujer atractiva y simpática. ¿Estaba enamorado de ella? Sinceramente creía que no; pero con la misma sinceridad suponía que Hrotko sí lo estaba. Por eso, precisamente, su primera reacción ante la denuncia de Lazlo de que Terez estaba al servicio de la

N. K. V. D.,

fue suponer que faltaba a la verdad de una manera deliberada, impulsado por los celos.

Sin embargo, Stezan llevaba demasiado tiempo luchando en la clandestinidad para echar en saco roto ninguna advertencia acerca de posibles traiciones. A sus cuarenta años, bien podía decir que la mitad de su vida había transcurrido en continua zozobra. De niño conoció las angustias de su padre, en pelea constante contra el dominio austríaco. Hombre hecho y derecho, le tocó pasar en Praga los años interminables de la ocupación alemana, participando activamente en el movimiento de resistencia. Cuando al final de la segunda guerra mundial creyó asegurada la independencia de su patria, el apartamento de Benes, la muerte de Masaryk y el golpe de estado de los elementos rusófilos le lanzaron de nuevo a las angustias y sobresaltos la lucha en las sombras.

Tras varios años de actuación clandestina en Praga y Presburgo, escapó a Viena. Pronto comprendió que sólo del occidente podía esperar la liberación de su patria. Se ofreció incondicionalmente a los americanos. Incorporado a los servicios de la Central Intelligence Agency, dio cima a diversas y comprometidas misiones. Aunque ninguna lo fuera tanto como la que actualmente estaba desempeñando en Budapest. Había recogido ya parte de la información que al coronel Anderson interesaba, pero aún le faltaba lo más importante.

¿Qué debía hacer? ¿Desoír el aviso de Lazlo, exponiéndose a caer en manos de la

N. K. V. D.

y dejar perder cuanto ya había conseguido? ¿Escapar, acometido por el pánico, antes de haber completado su labor? Si Terez era una traidora al servicio de la Policía popular húngara, no cabía duda de que lo más cuerdo era adoptar la segunda determinación. Pero sí únicamente se trataba de una artimaña de Hrotko, deseoso de librarse de un rival peligroso en el amor de la mujer, entonces su huida sería vergonzosa.

Sólo quedaba un camino: convencerse de que Lazlo le había dicho la verdad. ¿Cómo? Vigilando en el Varos. Ciertamente Terez alternaba allí con muchos de los clientes habituales y que no pocos de éstos eran miembros del partido del pueblo, de la Policía popular húngara y militares y agentes secretos rusos. Pero ¿no le había dicho el propio Hrotko que merced a estas relaciones la mujer proporcionaba los más valiosos informes a los que luchaban en la clandestinidad para librarse de las asechanzas de sus enemigos? El hecho de que hablara con ellos, incluso de que se encerrase en un reservado de su compañía, no representaba ninguna acusación. Pero si lo sería, en cambio, que a la reunión acudiese Lazlo.

Hasta entonces ambos habían tenido un cuidado extraordinario en que no se les viese juntos. Kart tenía pocas dudas acerca de las relaciones existentes entre los dos; sin embargo, no podía por menos de admirar la habilidad de que daban pruebas en público y su capacidad de disimulo. Si deliberaban juntos en presencia de algunos jefes de la N. K. V. D., sería preciso rendirse a la evidencia de que, por los motivos que fuesen, traicionaban la causa que decían defender.

Szoque no se hacía ilusiones acerca de los procedimientos empleados por la Policía popular húngara, bien aleccionada por los secuaces del omnipotente Beria[1]. Eran los mismos de los checos al servicio de Moscú. Bastaban para acabar con las energías de cualquiera y domar su voluntad. Gentes que un día se jugaban sin vacilaciones la vida en defensa de un ideal, vendían a sus compañeros después de ser sometidos a un concienzudo interrogatorio; otras enteras y firmes, capaces de afrontar sin el menor pestañeo los mayores sufrimientos, acababan proclamándose a voz en grito culpables de los más horrendos delitos, pese a la absoluta imposibilidad de haber tenido la menor ocasión de perpetrarlos.

Algo semejante podía haberles ocurrido a Terez y Lazlo. Esforzados luchadores en pro de la independencia húngara hasta la víspera, se trocaron de la noche a la mañana en confidentes y agentes provocadores. Pero de ser así, ¿por qué le había advertido Hrotko? Sólo cabía una explicación: que en su ánimo quedase un ápice de dignidad y, sabiendo que acabaría vendiendo a sus compañeros, intentaba que muchos de éstos pudieran ponerse a salvo antes de que fuera demasiado tarde.

Fue a comer unos bocadillos a modo de cena, luego de recoger y guardar todos los informes y documentos que le interesaba transportar a Viena, al cafetúcho de Isaak Benthlem. Pudo hablar a solas con el judío. Isaak no se fiaba poco ni mucho de Terez, a la que personalmente no conocía, y empezaba a dudar de la lealtad de Hrotko, al que conocía demasiado bien. Admitía como muy verosímiles las presunciones del checo de que, cogido entre los engranajes de la

N. K. V. D.

estuviese a punto de traicionar sus ideales. Pero...

—Por eso precisamente es más urgente que usted pueda cruzar el telón de acero.

—¿Y usted?

—Aguantaré hasta el último instante. Espero salvarme, como me salvé otras veces, gracias a la corrupción de la Policía popular húngara y a los amigos que tengo en ella. Sería peor que intentase huir ahora.

Sabía bastante respecto a los nombres de los agentes rusos dados por Hrotko. Antonof era un personaje de muy segunda fila que llevaba dos años en Budapest, trabajando de acuerdo con los policías húngaros. Gusenko, en cambio...

—Es un coronel de la

N. K. V. D.

Vino hace sólo unas semanas. Trae, al parecer, una misión importante: descubrir algunos documentos desaparecidos de los centros de investigación atómica de los Urales. Temen que puedan llegar a manos de los americanos y sospechan que el camino que sigan pase por Budapest.

Le costaba trabajo creer que un personaje tan importante pudiera reunirse con Terez y Lazlo. Pero así era, toda duda respecto

a la traición de ambos quedaba despejada automáticamente. Había un medio fácil de comprobarlo. El «*maître*» y algunos camareros del Varos pertenecían al movimiento de resistencia. Szoque podría ganar uno de los reservados y observar con disimulo el pasillo. Si los jefes de la

N. K. V. D.

acudían a conferenciar con Hrotko y su amiga...

—Usted abandonará inmediatamente Budapest. No le llevará ningún conocido de Lazlo, sino un inspector de la Policía húngara, buen amigo mío, que sale esta noche en dirección a la frontera. Es hombre de toda confianza, va en viaje oficial y no correrá el menor riesgo.

Aguardaría alrededor de las doce en una callejuela cercana al Varos. El inspector tendría el coche en marcha, presto a emprender el viaje.

—Con arreglo a lo que vea, usted decidirá si debe continuar aquí o regresar a Viena.

Lo que Karl Szoque hubo de ver aquella noche, bastó para convencerle de que continuar allí equivalía a un suicidio. A través de un agujerito bien disimulado en la puerta de uno de los reservados, descubrió cómo Terez cruzaba el pasillo medio abrazada a un tipo de aspecto mongol —al que varias veces había visto en el Varos y que no podía ser otro que el llamado Antonof—, para meterse en el comedor número siete. A los pocos minutos otras dos personas seguían el mismo camino. Una de ellas era Lazlo Hrotko; la otra, un individuo alto, delgado, de frente despejada, pómulos salientes y ojos de mirada penetrante; aunque vestía de paisano tenía un inconfundible, aire marcial y sus señas coincidían exactamente con las que Isaak le diese respecto al llamado Gusenko.

Cuando las vio desaparecer en el interior del reservado, cerrando la puerta tras de sí, no quiso esperar más. Había visto lo suficiente para comprender que las advertencias de Lazlo encerraban una profunda verdad. Se dio buena prisa en abandonar el Varos, volviendo de cuando en cuando la cabeza para comprobar si le seguía alguien. Unos minutos después Isaak, el judío, le conducía al punto en que aguardaba un coche ligero con el motor en marcha. Presentándolo al individuo que aparecía sentado en el «baquet», Benthlem indicó:

—Éste es el amigo de que te hablé. Necesito que llegue a Viena sin el menor contratiempo.

—Llegará —replicó el otro—. A primera hora de la mañana estará al otro lado de la línea fronteriza.

Mientras, Nick cruzaba una de las experiencias más emotivas de su vida entera. Había ido al Varos a la hora indicada por Terez. Tomó asiento a una de las mesas y oyó cantar a la mujer ni con mucha voz ni con excesivo arte. Luego, Terez fue a sentarse junto a un individuo en el que no le costó trabajo reconocer al mismo que le hablase la noche anterior en el descansillo de la escalera.

Aguardó con calma a que Terez, que fingía no conocerle igual que su acompañante, le hiciera alguna indicación. Al cabo, la muchacha se levantó haciéndole señas disimuladas de que la siguiera. Fuera del salón, en el pasillo de donde arrancaba la escalera que conducía a los reservados, hablaron por espacio de dos minutos.

—Gusenko vendrá antes de media hora. Antonof y yo saldremos cuando llegue. Síguenos con disimulo. Te esperará aquí mismo. Sube con él, procurando que nadie os vea. Y no olvides que tienes una papeleta de cuidado.

Cumplió al pie de la letra las instrucciones recibidas. Dejó que Terez y Antonof se fueran. Llamó luego al camarero y, con paso lento y ademán indiferente, marchó en la misma dirección. En el sitio esperado halló a Gusenko. Era un individuo alto, delgado, de mirada fría y rostro inexpresivo. Echó a andar en cuanto Nick abandonó el salón, y el americano le siguió sin pronunciar una sola palabra.

Pero el silencio terminó tan pronto como cerró a su espalda la puerta del reservado donde ya esperaban Antonof y Terez. Se dejó caer en un sillón, clavó su mirada acerada en Nick, y exigió apremiante:

—¿Qué ocurrió con Mohac?

—Lo que debía ocurrir —repuso sin descomponerse el supuesto Lazlo.

—¡No mientas, Hrotko! Sería peligroso para ti. Sabemos que Mohac escapó.

—Por una puerta que nadie vuelve a traspasar: la de la muerte.

Por los ojos de Gusenko pasó una sombra de incredulidad y

recelo. Más impetuoso, Antonof habló para formular una serie de preguntas. ¿Dónde y cómo había muerto Mohac? ¿Por qué no se halló su cadáver junto a los otros dos? ¿Quién le había matado, si realmente llegó a morir?

Pausadamente, Nick relató la historia que había preparado. Mezcló en ella mentira y verdad. Afirmó que una patrulla soviética les sorprendió en un punto distinto al acordado: que cuando quiso entregarse, los rusos empezaron a tiros y que Mohac se defendió a la desesperada.

—No pude impedírselo, porque un rebote de bala me dejó sin sentido en los primeros instantes.

—¡Hum! ¿Cómo no te encontraron, entonces, en el lugar de la refriega?

—Mohac cargó conmigo, cuando los soldados. Al volver en mí, habíamos transpuesto la línea de demarcación y estábamos en el sector americano de Viena. Fingí seguir desmayado. Con disimulo saqué la pistola, y en la primera oportunidad le volé la tapa de los sesos.

—¿Qué hiciste con el cuerpo?

—Tirarlo al río. Por fortuna, estábamos en la orilla misma del Danubio. Antes tuve buen cuidado de quitarle cuántos papeles llevaba encima para que no pudieran identificarle.

—¿Por qué?

—Porque si los yanquis hubiesen dicho que Mohac había sido asesinado, habría en Budapest quien sospechase que le había liquidado yo.

—¿Tienes esos papeles?

—No soy tan imbécil. Tenía que presentarme a Brendan y Anderson. Si llegan a encontrármelos encima, ¿cómo hubiera podido justificarlo?

El argumento parecía incontrovertible. Antonof se dio por satisfecho, pero no así Gusenko. Estaba dispuesto a creer el relato de Nick, hecho con aire de profunda sinceridad. Pero...

—No se te mandó matarle, sino cogerle vivo. ¿Por qué no cumpliste mis instrucciones?

—Porque no pude. Tenía que optar entre matarle y dejar que se presentase a los americanos. Preferí silenciarle definitivamente. ¿O era preferible que hablase?

El gruñido de Gusenko, fue más elocuente que todas las palabras. Indudablemente no le hacía ninguna gracia la perspectiva de que Mohac hubiese podido decir cuánto sabía al Servicio de Información del Ejército norteamericano. Le hubiese complacido más poderle interrogar personalmente, haciéndole decir cuánto sabía, pero de no ser esto posible, la muerte no era una solución del todo desagradable.

—Háblanos ahora de las instrucciones de Brendon y Anderson.

El cerebro de Nick funcionó entonces con toda velocidad. Era inútil, peligroso y contraproducente pretender ocultar la presencia en Hungría de varios agentes americanos, cuando a juzgar por lo que Terez le había dicho, los rusos conocían incluso sus nombres. Tenía que hablar con exquisito cuidado, midiendo y pesando cada una de las palabras si no quería descubrir su juego.

Lo hizo con habilidad y tacto. Procuró no decir sino aquello que ya debían conocer sus oyentes. Afirmó que Anderson parecía conceder a la misión encomendada a sus agentes la mayor trascendencia, y que estaba consumido por la impaciencia esperando noticias suyas.

—Le tranquilizaron bastante las que yo le di. Le dije, claro está, que nadie recelaba de ellos, que no corrían el menor peligro y que podían moverse con entero desembarazo.

—¿Y no te dio nuevas instrucciones?

—No. Únicamente, que dijese a Ezoque que volviera tan pronto como tuviera en su poder los documentos, pero nunca antes. Nada importaba el dinero que pudiera costar; tampoco los riesgos que conseguirlos entrañase. Como fuera, y a costa de lo que fuese, había que apoderarse de ellos.

Gusenko le creyó. Era precisamente lo que había supuesto que Anderson ordenaría a sus agentes. Pero quería saber algo más. ¿A qué documentos se refería el coronel americano? Nick volvió a decir aquella parte de la verdad de la que ya sabía enterados a sus interlocutores. A los yanquis les interesaba conocer el alcance del movimiento de resistencia húngaro, los preparativos para una eventual invasión de Yugoslavia, la concentración de tropas en determinados puntos y la construcción de nuevos aeródromos.

—¿Nada más? —inquirió, mirándole fijamente el ruso.

Sí, había algo más. Se trataba de conocer las cantidades de

uranio que los rusos lograban extraer de los yacimientos de los montes Metálicos. Habló de este punto con extensión. Nada arriesgaba con hacerlo. ¿No le había dicho Terez que los agentes soviéticos vigilaban los pasos de Jaszi, el encargado de realizar, precisamente, aquellas averiguaciones?

Gusenko le escuchaba con claras muestras de impaciencia. Por demasiado sabido todo aquello no ofrecía el menor interés. Dejó, no obstante, que Nick concluyera. Después hizo una nueva pregunta:

Y ¿no habló para nada de algunos secretos atómicos rusos?

Sin vacilaciones negó Nick. Sabía perfectamente a qué se refería Gusenko. Si Anderson se había decidido a enviar a Hungría a tres de sus mejores agentes —cuatro, contándole a él—, corriendo grave riesgo de que perdieran la vida en la empresa, era precisamente alentado por la esperanza de un triunfo sensacional. Parecía, en efecto, que de la remota e inasequible Oufa —una ciudad perdida en las estribaciones de los Urales, donde los rusos tenían establecidos sus grandes centros de investigación nuclear— habían desaparecido planos y cálculos del más alto interés. Debieron llevarse personas que tenían relación más o menos remota con los americanos, en complicidad con algunos de los sabios extranjeros que allí trabajaban, a veces bien en contra de su voluntad.

¿Dónde habían ido a parar aquellos documentos? ¿Qué camino emplearían quienes se los llevaron para intentar sacarlos fuera del telón de acero? No era posible saberlo. Pero del mismo modo que ellos en Hungría, otros muchos agentes trabajaban y se movían en Rumania, Polonia, Alemania, los países bálticos e, incluso, mucho más lejos, en Persia y China, buscando establecer contacto con sus portadores. El coronel le habló de esto, de todo esto. Pero no iba a decírselo a Gusenko. Serviría, para que recelase de él. Era mucho más lógico afirmar que los yanquis no habían hecho la menor alusión en su presencia a todo aquel asunto.

Negó en forma tan rotunda, que el mismo Gusenko le creyó sin la menor sombra de duda. Quedó silencioso por espacio de varios minutos. Al final, mirando fijamente a Nick, anunció:

—Voy a encomendarte el trabajo más importante de cuántos has realizado hasta ahora. Si fracasas, puedes prepararte para lo peor. Si triunfas, recibirás mucho más de lo que puedes soñar. Tendrás

cuánto desees, y, desde luego, la seguridad de que tanto tú como Terez no tendréis que correr nuevos peligros. Consideraremos que habéis cumplido de sobra con vuestro deber y que merecéis las más altas recompensas.

La tarea a realizar era relativamente sencilla y no entrañaba riesgos de consideración. Se trataba, lisa y llanamente, de ir a Leva con su camión. Oficialmente iba con un cargamento de patatas y volvería con otro de carbón. Pasaría dos días en aquella ciudad y sus alrededores. Tenía que ponerse en contacto con Jaszi. Le diría que uno de los agentes americanos había sido apresado por los rusos; que Szoque, descubierto, había tenido que huir; pero que él, Lazlo Hrotko, le traía instrucciones concretas del coronel Anderson.

—Para convencerle puedes decirle que te reveló su verdadera identidad. Aunque se hace pasar por húngaro, no lo es. Se llama, en realidad, Thomas Lewis Harding, y es inspector del Federal Bureau of Investigation. Puedes, incluso, contarle parte de su historia: es de Newart, New Jersey, tiene mujer y tres hijos, fue capitán en las divisiones blindadas de Patton y lleva cuatro años en Viena.

Nick le escuchaba con una mezcla de confusos sentimientos. Había oído hablar en repetidas ocasiones de Harding, aunque nunca llegó a verle personalmente. Tenía fama de ser uno de los hombres más valientes, audaces e inteligentes con que contaba el F. B. I.

Indudablemente no era, como había supuesto hasta entonces, un subordinado de Szoque, sino que estaba por encima de él. ¿Por qué no le había dicho la verdad en este punto concreto Anderson? No lo sabía ni tenía tiempo ahora de pensar en ello. Necesitaba escuchar con la máxima atención las palabras de Gusenko.

—Le tenemos perfectamente localizado y podríamos echarle mano en cualquier instante.

—¿Por qué no le detienen, entonces?

—Porque más que ese Harding, aun interesándonos mucho, nos importan los documentos robados. Estamos seguros de que si continúa en Leva es porque alguien tiene que llevárselos allí. Si le detuviéramos antes de tiempo, el que haya de entregárselos puede seguir su camino y acaso hacerlos llegar a Viena o Nuremberg.

No creía que el supuesto Jaszi pudiera escapar de ninguna de las maneras, ya que para ello había tomado todas las precauciones

imaginables. Sin embargo, le dejaba moverse en Leva con absoluta libertad, en espera de que tuviese los documentos en su poder.

—Tú tienes que asegurarte de si los ha recibido ya, y en tal caso, de dónde los tiene o de cuándo y cómo espera recibirlos.

No le sería difícil saber la verdad con un poco de habilidad y astucia. Harding no desconfiaría de él, por cuanto era la persona que le había llevado desde Viena a Budapest. Tampoco dudaría de entregarle los documentos o hacer el viaje a la capital húngara en su compañía. El resto sería un juego de niños.

—Y ¿si aún no los ha recibido y quiere continuar en Leva?

Gusenko lo tenía todo pensado y previsto. Si aún no tenía los documentos en su poder, Hrotko volvería solo a Budapest, pero dejando bien recomendado que Harding le avisara, tan pronto como los recibiera, por medio de Bela Angloss, dueño de una de las tabernas del pueblo y miembro activo del movimiento de resistencia, para presentarse a recogerlo. Harding no recelaría nada, porque conocía a Bela y le sabía de absoluta confianza.

—Lo es para esos traidores. Pero Angloss te avisará a ti, creyéndote seguro, como te avisó otras veces. Sólo que ahora pagará de una vez todas sus culpas.

Era muy posible, no obstante, que Harding o Angloss sintieran la tentación de relacionarse con algún miembro de la resistencia en Budapest o, incluso, con Szoque. Para impedirlo, Lazlo tenía que advertirles que todos ellos estaban en manos de la Policía soviética.

—Y ¿si alguno se presenta por allí?

—¡No hay cuidado! —rió, divertido, Antonof—. Esta misma noche caerán en nuestro poder. Y el primero de todos, ese maldito Karl Szoque. Terez se encargará de llevarle donde no pueda escapar.

Nick miró instintivamente a la mujer. Terez sonreía complacida, orgullosa del papel que se le confiaba. Experimentó asco y desprecio por aquella individua. Y al mismo tiempo, una íntima y profunda alegría. El checo estaría convencido ya de que debía escapar. Cuando sus enemigos quisieran echarle mano, habría desaparecido. Anderson sabría mañana a qué atenerse; al repetirle Karl las palabras del supuesto Hrotko, no dudaría de que el tipo a quién consideró un buen auxiliar, era el más peligroso de los traidores.

—Partirás a primera hora de la mañana para Leva. Vete a

dormir a tu casa y procura no ver a nadie en Budapest.

Las últimas palabras de Gusenko tenían cierto aire de claro recelo. Alentado por ellas, Antonof se atrevió a preguntar:

—¿Por qué pusiste tanto interés en librarte del individuo que debía seguirte a la salida del Museum?

—Porque no me interesa que nadie me vaya pisando los talones.

—Pero si era uno de nuestros agentes...

—Y ¿cómo podría yo saber que no era de los otros? ¿Preguntádoselo? —repuso, con marcada ironía, Nick.

Con un gesto imperativo, Gusenko puso punto final a aquella breve discusión. En cierto sentido, le agradaba la habilidad del supuesto Lazlo para desembarazarse de testigos molestos; no le preocupaba gran cosa lo que hubiese hecho aquel día, porque estaba seguro de que no se atrevería a intentar jugarle una mala pasada.

—Bien. Puedes marchar cuando quieras. Y no olvides mis instrucciones. El menor olvido podría costarte demasiado caro...

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Nick abandonó el Varos. Caminando despacio, sin tomar la precaución de mirar hacia atrás por si alguien le seguía —aunque estaba seguro de que Antonof habría dispuesto que cualquiera de sus agentes comprobase si iba a dormir a su casa—, marchó directamente a Gyep Utzca.

Al entrar en el piso le sorprendió un poco ver que el viejo Janos estaba levantado, esperándole a la entrada del despacho. Alarmado, presintiendo alguna desgracia, inquirió:

—¿Ha ocurrido algo, padre?

Si esperaba una réplica violenta del viejo, se equivocó. En tono amable, con una sonrisa que hasta entonces no había visto en su rostro el americano, Hrotko contestó:

—Estabas en lo cierto, muchacho. Hace una hora que vinieron por ella.

—¿Por Erzsebet?

—Seguro. Registraron toda la casa hasta convencerse de que no estaba aquí. Luego se llevaron a Lajos para que les dijese dónde está.

—Y ¿se lo dirá?

—No. Aunque lo supiese se dejaría matar cien veces antes de abrir la boca, pero no lo sabe. Únicamente yo sé que ha ido a la

calle de...

—¡Cállese! —le interrumpió, brusco, Nick—. No necesito saberlo. ¿Olvida que Terez y yo somos...?

Se interrumpió, sin concluir la frase, ante la sonrisa comprensiva y ligeramente irónica del viejo. Tras una ligera pausa, dándole una palmada amistosa en el hombro, Janos le aconsejó en tono paternal:

—No mientas, muchacho. Conmigo no es necesario ya.

—Pero ¿no estaba convencido anoche que esa mujer era...?

—La amante de mi hijo, ¿verdad? Acaso anoche no hiciera más que sospecharlo. Ahora tengo la plena seguridad.

—¿Entonces...? —inquirió, confuso y desconcertado, Nick.

—Hay personas que tienen la misma cara, pero distinto corazón. ¿Me entiendes? En ese caso, no será preciso decir nada más.

A duras penas contuvo Nick un grito de sorpresa. ¿Cómo y cuándo podía haber descubierto Janos su verdadera personalidad?

—No fui yo, sino Erzsebet. Al oírte esta noche adivinó la verdad. Lazlo jamás se hubiera expresado como tú lo hiciste.

Tras vacilar un instante, Nick comprendió que era mejor quitarse la careta, totalmente inútil ya. Reconoció que no era el joven Hrotko, sino un agente americano que había ocupado su puesto, aprovechando su extraordinario parecido físico.

—No se preocupe por Lazlo. Está herido en Viena, pero sus lesiones carecen de importancia. Antes de quince días estará totalmente restablecido.

El viejo expresó con entera claridad sus sentimientos. No tenía el menor deseo de que su hijo pudiera volver. Le había querido mucho, pero...

—Le preferiría muerto, a traidor. Y hace días supe que lo era; el más cobarde y despreciable de los traidores.

—¿Cuándo detuvieron al padre de Erzsebet?

—Sí. Era mi mejor amigo; más que un hermano. Y fue él, mi hijo, quien le delató.

Nick calló, impresionado por el dolor del viejo. Repentinamente le asaltó un temor. ¿No habría otros que sospechasen que no era Lazlo Hrotko?

—Descuida —le tranquilizó Janos—. Cuando fuiste capaz de engañarme a mí, engañarás a cualquiera. Yo te perdono el engaño. Y sólo quiero y deseo que tengas éxito en tu empresa por el bien de

todos.



HA SALIDO el
EXTRAORDINARIO
de
AVENTURAS DEL F. B. I.

CAPÍTULO V

DE PELIGRO EN PELIGRO



EVA fue, hasta 1945, una ciudad provinciana de muy secundaria importancia, perdida en el norte de Hungría, al pie mismo de las primeras estribaciones de los Montes Metálicos. En sólo un lustro cambió por completo de aspecto. Las viejas calles, casi en las que a veces crecía la hierba, se vieron frecuentadas por una multitud de gentes; las casas medio vacías resultaron incapaces de albergar a la muchedumbre que en ellas buscaba cobijo. Junto a los edificios que formaban la antigua población, surgieron enormes barracones y miserables cabañas... El número de habitantes de la comarca se centuplicó en un abrir y cerrar de ojos.

El motivo de aquella transformación tenía un nombre: uranio. Un metal poco valioso, despreciado por todos, adquirió el máximo valor a raíz de la trágica explosión de Hiroshima. Los Montes Metálicos rebosaban de aquel mineral. Hasta entonces se había dado preferencia al hierro, al plomo y al carbón; pero la desintegración nuclear demostró que, para dominar el mundo, unos kilos de uranio eran más eficaces que muchas toneladas de oro. Y Leva se convirtió en el principal centro húngaro de explotación del codiciado mineral.

Acudieron millares y millares de personas procedentes de los cuatro puntos cardinales y en las calles de Leva fue posible oír hablar las lenguas más diversas. Pero aquí empezaban y terminaban las semejanzas entre la fiebre del uranio que agitaba al mundo y el famoso «ruhs» del oro que pobló los valles de California un siglo antes. Los que llegaban a los Montes Metálicos no traían la ilusión de una rápida fortuna, del hallazgo de un filón que los convirtiera en cresos modernos. Venían tristes, desesperanzados, con la íntima amargura en el corazón, sabiendo que les esperaban jornadas de trabajo agotador, de malos tratos, de hambre, y que su final lo mismo podía ser la muerte por inanición que un balazo en la nuca.

Eran, en su mayoría, trabajadores forzados. Prisioneros de la pasada contienda, que no sabían cuándo recobrarían su libertad; condenados o deportados políticos, a los que se ofrecía una hipotética redención como pago de años enteros de duro laborar en el fondo de las minas. Había también obreros libres, hombres a los que atraía el señuelo de jornales más elevados o de un racionamiento más amplio y generoso. Y junto a ellos, un verdadero enjambre de oficinistas y burócratas, de gentes que se consideraban insustituibles en su trascendental función de emborronar papeles y cuestionarios.

En Leva no había centro alguno de investigación nuclear. Era, simplemente, el punto donde se almacenaba el mineral producido en la comarca para ser transportado a remotos laboratorios, instalados nadie sabía dónde. De cuando en cuando llegaban caravanas de camiones bien vigilados, conducidos generalmente por hombres silenciosos, que no sabían una sola palabra de húngaro y que no hablaban con nadie. Estaban unas horas o unos días en la ciudad; después se marchaban tan silenciosamente como habían

llegado.

Nick no tuvo demasiadas dificultades en dar con la taberna de Bela Angloss, sita en una calle apartada de la parte vieja de la población. Tampoco tropezó con graves inconvenientes para hallar a Jaszi. Bela le indicó dónde podía encontrarle a una hora determinada. Siguiendo una táctica que le daba los mejores frutos, Nick procuró hacerse visible y esperó hasta que el otro le hablase. En voz muy baja, casi sin mirarle, indicó entonces:

—Necesito verte a solas donde podamos hablar con calma. Es cuestión de vida o muerte.

La entrevista se celebró una hora después, en una habitación apartada de la misma casa de la taberna de Bela, no sin que ambos tomaran las máximas precauciones para que nadie supiera que se hallaban allí ni pudiera sorprenderlos. Jaszi —un hombre de mediana edad, de aire inofensivo, cuya magnífica caracterización y perfecto dominio del húngaro sorprendió desde el primer instante a Nick— inició la charla exigiendo del supuesto Hrotko que hablase con entera claridad.

—Más que con claridad, hablaré con crudeza —repuso Nick—. Para empezar, he de reconocer que las cosas no marchan bien. Varios de nuestros hombres de confianza están en manos de los rusos; otros habrán muerto a estas horas. Szoque mismo habrá perecido si no consiguió escapar anoche, cosa que deseo, pero que dudo.

Jaszi expresó con entera claridad su sorpresa e incredulidad. Dos días antes había recibido noticias directas de Szoque. Se mostraba optimista y esperanzado; progresaba su trabajo, nadie recelaba de él y había conseguido las más valiosas ayudas.

—Desgraciadamente —contestó Nick—, alguna de esas ayudas le fue prestada por encargo expreso de la
N. K. V. D.

Consiguieron introducir espías en nuestras filas y hoy sabe cuánto podía interesarle saber.

—¡Imposible! —exclamó Jaszi—. Szoque desconfiaba de todos; sólo hablaba con personas en las que tenía una seguridad absoluta.

—Lo cual no ha impedido que la persona en quien más confiaba resultase un agente de los rusos.

—¿Quién?

—Terez Bellscar.

Le fue fácil advertir el sobresalto de Jaszi; incluso adivinar lo que pasaba por su cerebro en los dos minutos siguientes, durante los cuales guardó un desconcertado silencio. Había sido Lazlo Hrotko quien presentó a la mujer a los enviados de Anderson. Si la mujer les traicionaba, el húngaro...

—Esa Terez era tu amiga. ¿No nos dijiste que podíamos confiar en ella más que en ti mismo, que había prestado los más grandes servicios y que odiaba a los rusos con todas sus fuerzas?

—Así es —replicó, sin perder la calma, Nick—. Sin embargo, anoche tuve la prueba plena de que juega con dos barajas —y no en beneficio nuestro. Está al servicio de la

K. V. N. D.

Más aún: es el brazo derecho de Antonof y Gusenko.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sin conseguir ocultar por entero su recelo, Jaszi.

—Porque me lo dijo Gusenko en persona.

—¡Te lo dijo Gusenko! —exclamó Jaszi, poniéndose en pie de un salto; luego, en tono de franca acusación, añadió—: Entonces, tú también estás de acuerdo con ellos.

—¡Seguro! —afirmó, con entera serenidad, Nick—. Puedes jurar, sin temor a equivocarte, que Lazlo Hrotko es el más peligroso de los traidores.

De labios de Jaszi se escapó un grito de incontenible sorpresa. Había cambiado de color y por espacio de cinco o seis segundos pareció abrumado por la inesperada confesión. Reaccionó con presteza, sin embargo. En su mano apareció una pistola. Cubriendo con ella a su interlocutor, exigió:

—¡Quieto! Vas a responder a todas mis preguntas en el acto o te levanto la tapa de los sesos. ¿A qué has venido?

—A recoger cuántos datos hayas podido reunir acerca de las investigaciones atómicas rusas —repuso, con una sonrisa, Nick, que no había perdido la calma ni siquiera se movió de su sitio ante la violenta reacción de Jaszi.

—¿También estás enterado de eso? —inquirió, cada vez más sorprendido y desconcertado, su interlocutor.

—Estoy enterado de todo. Sé que esperas una serie de planos y documentos del mayor interés, desaparecidos hace mes y medio del

centro experimental de Oufa. ¿Me equivoco?

—No; aunque te servirá de poco saberlo. ¿Quién te lo dijo?

—Gusenko.

—¿Alexis Gusenko, coronel de la

K. V. N. D.,

llegado hace unas semanas a Hungría?

—El mismo. Tiene el mayor interés en recuperar esos documentos. Confiaba en que tú me los darías.

El asombro impidió articular palabra durante medio minuto a Jaszi. Apenas si podía dar crédito a sus oídos. No acertaba a comprender si quien tenía delante era un imbécil o un traidor que llevaba su cinismo a extremos inconcebibles. Al cabo chilló, rabioso:

—¿Crees que de tenerlos en mi poder iba a entregárselos a un traidor?

—A un traidor, no; a mí, sí.

—¿Eres idiota o te lo haces? —preguntó, fuera de sí, Jaszi—. ¿No me has dicho hace un momento que Lazlo Hrotko es el peor de los traidores?

—Y lo es —aseveró Nick, con una sonrisa—. Pero que Lazlo sea un traidor, no quiere decir que lo sea yo.

—¡Es el colmo! Pretender convencerme de que no eres Hrotko...

—Y no lo soy. Podremos parecer como dos gotas de agua, pero nuestra semejanza no pasa del físico. Soy Nicholas H. Nelski, agente especial del Federal Bureau of Investigation, destacado en Nuremberg como integrante del Servicio de Información de las tropas americanas de ocupación.

—Si esperas que me crea esa fantasía, padeces un grave error —repuso, colérico, Jaszi—. Te conozco demasiado bien para que puedas engañarme. No acabo de comprender lo que persigues con esa estúpida historia, pero lo más probable es que no salgas vivo de esta habitación.

—Saldré vivo por suerte para ti. Thomas Lewis Harding.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Podría mentir afirmando que me lo habían dicho Brendan o Anderson. Pero la verdad, la única verdad, por increíble que te parezca, es que lo supe de labios de nuestro amigo Alexis Gusenko.

Abandonando el húngaro empleado hasta, entonces, hablaba ahora en perfecto inglés, lo que aumentó la confusión de Harding.

Recordaba perfectamente que Hrotko, con el que había hablado en Viena, primero, y en Budapest, después, apenas conocía el inglés; aunque creía hablarlo correctamente, resultaba punto menos que imposible entenderle en dicho idioma. El individuo que tenía ante sí lo hablaba, por el contrario, con un claro acento americano; un acento difícil de imitar, incluso para los nacidos en Inglaterra, y que sólo se adquiere con largos años de residencia al otro lado del Atlántico.

—¿Quieres soltar de una vez toda la historia para ver si hay manera de que nos entendamos?

Sin hacerse repetir la indicación, Nick habló en tono pausado, contando todo lo sucedido desde que la llamada del coronel le obligó a trasladarse de Nuremberg a Viena; las heridas sufridas por Hrotko y el peligroso encargo de hacerse pasar por él; su llegada a Budapest y la sorpresa de descubrir que el hombre en quien todos confiaban estaba al servicio de los rusos; su aviso a Szoque, su conversación con Gusenko y el encargo recibido.

Aunque hablaba en tono de profunda sinceridad, Harding no acababa de creerle. Todo aquello se le antojaba demasiado fantástico para que pudiera ser cierto. Sospechaba que Lazlo — porque se resistía a creer que su interlocutor no lo fuera— estaba tratando de hacerle caer en una trampa. ¿Por qué y para qué? Los documentos y planos desaparecidos de Oufa justificaban todos los esfuerzos rusos por recuperarlos. Exigió:

—Enséñame algún carnet de identidad, algo que justifique que eres realmente Nicholas H. Nelski.

—No digas tonterías, Harding. De sobra sabes que no puedo llevar nada de eso encima. ¿Podrías tú, por ejemplo, probarme que no eres Ladislav Jaszi?

Thomas movió la cabeza en sentido negativo. Era elemental que quién se lanzaba a una empresa tan arriesgada y audaz no conservase papeles que permitieran identificarle como un agente federal americano. Pero...

—Hay cosas que únicamente conocen los miembros del F. B. I.

Voy a preguntarte por todas ellas. Si vacilas en responder, si las ignoras, sabré que has mentido y no vacilaré en matarte como a perro rabioso.

—«Okay», Harding —contestó, sonriente, Nick—. Pregunta cuánto quieras; verás que estoy tan enterado como tú mismo.

Lo estaba, y Thomas pudo comprobarlo desde el primer instante. Conocía a la perfección el funcionamiento del F. B. I.;

a todos y cada uno de los profesores de Quántico en la época en que pasó por la Academia; a la totalidad de sus compañeros de curso y a cuántos agentes estaban destacados en Alemania, Hablaba de hechos, personas y detalles que resultaba imposible que pudiera conocer el espionaje ruso por muy perfecto que fuese.

En pocos minutos había desvanecido por completo las últimas reservas de Harding. No le quedó más remedio que rendirse a la evidencia. Por asombroso y fantástico que pudiera parecerle, no cabía la menor duda de que aquel individuo, con la misma cara de Lazlo Hrotko, era un agente federal americano. Guardándose la pistola, le tendió la mano, diciendo:

—Perdona mi desconfianza, Nelski. Creo que cualquiera en mi caso...

—Habría hecho lo mismo. De acuerdo. Pero no perdamos más tiempo y vamos a lo que interesa. ¿Sabes que la N. K. V. D.

vigila tus pasos y que no podrás salir de Leva sin ser detenido?

—Lo sé. Hace días que lo advertí. También que quienes salían de la ciudad, luego de hablar conmigo, desaparecían misteriosamente. Por eso, únicamente por eso, continuó aquí, cuando debiera estar camino de Viena.

—¿Tienes los planos que interesan a Anderson?

Bajando mucho la voz hasta convertirla casi en un susurro, Harding replicó afirmativamente. Dio incluso algunos detalles. Ocupaban muy poco espacio, porque alguien, antes de entregárselos a él, los había reproducido en una serie de «microfilms».

—Importa poco ahora cómo llegaron a mis manos. Sólo te diré que, según quien puede saberlo, expresan cuánto los rusos conocen hasta la fecha. Y demuestran algo sensacional: que si están atrasados respecto a nosotros en cuanto a la desintegración nuclear, nos llevan considerable ventaja en otras armas secretas, especialmente en la posible utilización de los llamados rayos cósmicos.

Aquellos documentos podían hacer ganar varios años a los sabios americanos y ahorrar muchos millones de dólares a los contribuyentes. Sin contar —y esto era lo más importante— que pondría a cubierto a los Estados Unidos de un ataque devastador de sus enemigos, posibilidad que convenía tener muy presente dada la tirantez extremada de las relaciones internacionales.

—Lo que importa ahora es llevarlos a Viena. Pero ¿cómo?

La empresa no tenía nada de fácil. Si Harding seguía en libertad era, indudablemente, porque los rusos ignoraban que los documentos hubieran llegado a sus manos; sin embargo, no pasarían muchos días sin que le apresaran. Intentar salir de Leva era, la seguridad de que los secuaces de Gusenko se le echarían encima. Y lo mismo ocurriría a cualquiera que luego de haber hablado con él pretendiera abandonar la ciudad.

—Sólo queda una solución: que seas tú quien los lleses.

—¿Olvidas que tengo que ver a Gusenko y Antonof apenas llegue a Budapest?

—No importa. Te será fácil engañarles, puesto que siguen creyéndote Hrotko. Y lo conseguirás con mayor seguridad si les dices una parte de la verdad.

Expuso con claridad su pensamiento. Nick tenía que sostener que había hablado extensamente con Jaszi, el cual, si aún no tenía en su poder los documentos, esperaba, tenerlos tres o cuatro días más tarde. Para convencerlos de que era verdad cuanto afirmaba, podía indicarles que el autor de la desaparición de los planos era un sabio polaco obligado a trabajar en Oufa y al que los rusos habían ejecutado a los pocos días, sin lograr hacerle decir a quién se los había entregado. También que uno de los que intervinieron en el asunto fue muerto en un tiroteo en Kief. Incluso que los documentos llegarían a Leva pasando por Checoslovaquia.

—Todo eso es cierto, como sabe muy bien Gusenko. El hecho de que te hayas enterado tú, que lo ignorabas anoche, demuestra que has hablado conmigo y que me he expresado sin reservas de ninguna clase.

—Pero ¿no comprendes que eso hará más comprometida tu situación?

—Es ya lo suficiente grave para que no me importe que pueda agravarse más. A cambio, aumentará la confianza de los rusos en ti.

Y te dará unos días de respiro, que puedes aprovechar para intentar cruzar la frontera.

—¿Y tú?

—Hace días que me considero perdido. No se puede jugar partidas tan arriesgadas sin perder alguna. Me ha llegado la vez y tengo que resignarme con mi suerte. Lo único que me inquieta eran los documentos; si tú te los llevas, moriré con la alegría de haber prestado un gran servicio a mi país.

Hablaba sin jactancias, pero con serenidad y firmeza. Era evidente que nada ni nadie le obligaría a cambiar de manera de pensar. Nick hubo de reconocer que el sacrificio de su compañero, por doloroso que resultara, era la única posibilidad de tener éxito en su arriesgada empresa.

—Está bien. Dame los documentos.

—¿Crees que los llevo siempre encima? No puedo correr ese riesgo. Nos veremos mañana a las siete, cuando estés a punto de partir. Tropezaré contigo a la entrada de Hungría Utcza. Date prisa en guardarte lo que entonces te entregue, porque es posible que nos mire alguien.

—Así lo haré. Y gracias, en nombre de todos, por tu sacrificio. Espero que tengas suerte.

—Yo sólo espero y deseo que la tengas tú.

Aquella noche, al salir de una de las tabernas de la población luego de cenar, un individuo desconocido se le acercó en una calle solitaria. No estuvo mucho tiempo a su lado. Tan sólo un par de minutos, que empleó en darle un recado:

—Cuando llegues a Budapest, vete directo al Varos. Los amigos de anoche te esperan en el mismo sitio a las nueve en punto. Procura no retrasarte. Y cuidado con lo que haces. No olvides que estás vigilado.

Aunque Nick no replicó una sola palabra y su interlocutor se apresuró a alejarse apenas le dio el recado, el aviso no agradó poco ni mucho al americano. Demostraba que Gusenko no se fiaba de él por entero; que ni aún seguro de que era aquel Hrotko que tantas veces había traicionado a los suyos, dejaba de celar sus pasos. Pero ¿cabía, en realidad, esperar otra cosa? De sobra sabía que no. El régimen policiaco impuesto en Hungría, como en todos los países satélites, hacía que todos se sintieran espiados por todos; que cada

uno de los ciudadanos fuera un espía para los demás, sabiendo que todos los demás, por su parte, le espiaban a él.

Durmió poco, y a las seis de la mañana ya estaba en pie. Fue por el garaje, donde supo que no iría directamente a Budapest. Tendría que dar un largo rodeo y pasar por otra ciudad, donde recogería unos bultos. Aquello implicaba que, aun sacando una buena velocidad al camión, no llegaría a la capital antes de la tarde. Como el retraso en la llegada no importaba nada respecto a sus planes y el simple hecho de ordenarle que pasara por otro lugar parecía indicar que el encargado del Servicio Socializado del Transporte en Leva — un agente de la Policía secreta húngara, como todos los que ocupaban puestos semejantes—, no desconfiaba en absoluto de él, no le molestó la perspectiva.

A las siete en punto se dirigía a la entrada de Hungría Utcza. En el sitio acordado tropezó con un individuo astroso, borracho a juzgar por lo inseguro de su paso. Le rechazó de un empujón antes de reconocerle. Sólo comprendió que era Harding —un Harding perfectamente disfrazado— cuando el supuesto borracho se lo echó encima de nuevo, dictándole, en voz que era apenas un susurro:

—¡Cuidado! Tienes los «micros» en el bolsillo de la pelliza. Disimula.

Un segundo empujón lanzó al pretendido beodo contra la pared cercana. Harding se incorporó, miró irritado a Nick y luego echó a andar tambaleante, mascullando maldiciones en húngaro. Cuatro o cinco personas que se habían detenido a presenciar la escena, rieron divertidas. El americano prosiguió su camino, seguro de que nadie había advertido nada extraño en aquel incidente callejero.

No obstante y como medida elemental de precaución, no metió la mano en el bolsillo hasta que hubo doblado la esquina más próxima. Encontró en él un paquete de reducidas dimensiones que guardó con todo cuidado en el pecho, entre la camisa y la piel.

—Puedes partir cuando quieras, pero no olvides que tienes que recoger unos, bultos en la Jefatura de Waitzen.

Al salir de Leva al volante de su camión, Nick iba inquieto y preocupado. No podía, olvidar que todos cuantos hablaron con el llamado Jaszi fueron detenidos al pretender abandonar la población. ¿No le ocurriría a él lo mismo? ¿Cuál sería su suerte si le encontraban encima los «microfilms» de los documentos

desaparecidos de Oufa? La respuesta no ofrecía la menor duda, y aparte de ser poco tranquilizadora en lo que personalmente le afectaba, aún sería más lamentable ver frustrarse un proyecto que había costado ya varias vidas, por el que estaba dispuesto a dejarse matar Harding y que podía reportar incalculables beneficios a los Estados Unidos y a todas las potencias del mundo occidental.

Por fortuna, cruzó los diversos controles establecidos a las puertas mismas de la ciudad, sin que los centinelas hicieran otra cosa que echar una ojeada a sus documentos, dejándole pasar con entera libertad. Cuando los edificios de Leva quedaron muy atrás, ocultos en la lejanía y tuvo ante sí la carretera, suspiró aliviado. Ahora tenía un máximo de probabilidades de salir con bien de su aventurada empresa.

Un instante cruzó por su cerebro la idea de variar bruscamente la dirección que seguía, no molestarse en pasar por Waitzen ni llegar a entrar en Budapest, dirigiéndose directamente hacia la frontera austríaca. En sólo unas horas, podría estar en Bruck, Odenburg o Wiener Neusadt; desde allí, aprovechando la oscuridad de la noche, era factible cruzar las diversas líneas de vigilancia soviética y estar con las primeras luces del alba en las calles de Viena. Tras pensarlo un buen rato, rechazó la tentación. Aunque más fácil en apariencia, aquel procedimiento era el que presentaba mayores dificultades y peligros.

Gusenko, Antonof y Terez le aguardaban en el Varos a las nueve de la noche. Si no se presentaba, se imaginarían lo ocurrido. Los controles de las carreteras —y en todas había alguno cada quince o veinte kilómetros— les permitirían localizar la dirección seguida por el camión. Como jauría de perros rabiosos, centenares de hombres se lanzarían inmediatamente a su búsqueda; se daría la alarma a las fuerzas de vigilancia en la parte de Austria ocupada por los rusos y, por mucho que corriera y bien que pretendiera ocultarse, caería acibillado a balazos antes de que ganase el sector americano de Viena.

El mismo hecho de que le obligasen a pasar por Waitzen podía ser una habilidad para controlar la dirección que seguía. Saliendo a las ocho de la mañana de Leva, debía estar allí alrededor del mediodía. Waitzen se hallaba en dirección opuesta a la frontera austríaca. Posiblemente se trataba de un medio habilidoso de

conocer sus pasos sin darle motivos para sospechar nada.

Esta última impresión se confirmó al llegar a Waitzen. El jefe local del Servicio de Transportes estaba enterado de su llegada; los bultos que había de llevarse debían hallarse preparados. Sin embargo, y pretextando unos trámites y que estaban comiendo quienes tenían que realizarlos, le indicó que tendría que esperar unas horas en la ciudad.

«Indudablemente —pensó Nick— no quieren que llegue a Budapest mucho antes de la hora de acudir al Varos».

Comió tranquilamente, pero cuando volvió al garaje, aún no estaban cargados los bultos, si bien le dieron la seguridad de que podría partir alrededor de las cuatro de la tarde. Hubo de esperar, no obstante, hasta pasadas las cinco. Todo parecía resuelto al fin, cuando el jefe local en persona acudió a decirle que le llamaban por teléfono desde Budapest. Debía ser algo importante, por cuánto las conferencias no eran nada fáciles de conseguir para los particulares, y quién le llamaba era una mujer.

—¡Hola, querido! —habló al otro extremo del hilo la inconfundible voz de Terez—. Ya sé que todo fue bien y que viste dos veces a tu conocido. El amigo de anteanoche está encantado, pero ansioso de felicitarte. Vente por el Varos apenas dejes el camión, aunque sea antes de las nueve. Y no pierdas el tiempo hablando con nadie. Te conviene.

Nick hizo bastante preocupado el camino que le separaba de Budapest. Comprendía perfectamente el significado de las palabras de Terez. Eran una advertencia y una orden de Gusenko. Desoírla podría resultar muy peligroso. Especialmente estando enterados de su segundo encuentro con Harding. ¿Sabrían también lo que el supuesto Jaszi le había entregado? Suponía que no; de saberlo, le hubiesen detenido en Waitzen mismo sin permitirle continuar en libertad hasta la capital.

De todas formas, la llamada de Terez no le auguraba nada bueno. Y menos llevando encima los «microfilms». No le convenía ir con ellos al Varos, por si se trataba de la misma trampa que llegó a sospechar dos días antes. Pero ¿dónde dejarlos? Pensó en buscar a Benthlem apenas llegado a Budapest. Desechó la idea; no porque recelase del judío, al que sabía hombre de absoluta confianza, sino porque para llegar al «ghetto» tendría que cruzar uno de los puentes

sobre el Danubio; en todos ellos había guardias en misión de vigilancia, que tomaban nota de los camiones que los atravesaban. Sería difícil explicar aquel rodeo si Gusenko preguntaba por el motivo que le impulsó a darlo, en contra de las concretas instrucciones recibidas.

Al entrar en la ciudad había tomado una resolución. El garaje donde había de rendir viaje, estaba cerca de la casa de Hrotko. Apenas necesitaría apartarse un centenar de metros de su camino para pasar por allí. El viejo Janos se cuidaría de ocultar los documentos. Sabía que no era su hijo, pero confiaba en él. Le dejaría bien aleccionado. Sí al cabo de tres horas no había vuelto...

Paró el camión en la esquina de Cyep Utcza y, con paso rápido, se dirigió a la casa. Eran más de las ocho y la callejuela estaba casi en tinieblas. Llegaba junto al portal, cuando sintió que alguien le tocaba en la espalda. Se volvió rápido, presintiendo un peligro.

—No hables fuerte, Lazlo. Podrían oírnos.

—¡Erzsebet! —exclamó Nick, sorprendido, al reconocer a la muchacha que tenía a su lado—. ¿Qué haces en medio de la calle?

—Esperarte. Sabía por el viejo que volverías esta tarde y llevo una hora aguardando.

—¿Ocurre algo? —preguntó sobresaltado el americano.

—Me temo que sí. Pero escúchame y luego decide.

Le había cogido del brazo alejándole de la casa, caminando muy pegada a la pared. Nick se dejó llevar sin la menor resistencia. La joven comenzó a hablar con rapidez, pero cuidando mucho de no levantar la voz.

A Lajos le habían detenido dos días antes. Oculta en lugar seguro, Erzsebet estaba preocupada por la suerte que pudiese correr, y habló en varias ocasiones por teléfono con Janos Hrotko. La noche anterior, el viejo parecía también muy inquieto por la suerte de su criado. Aunque sin nombrarle le indicó que Lazlo debería volver al atardecer del día siguiente y que temía no poderle recibir como deseaba.

—Cuando esta tarde llamé por teléfono una vez más, no me contestó nadie. Asustada, temiendo que hubiese ocurrido algo, me arriesgué a venir en pleno día; pero aunque llamé al timbre no me abrieron ni oí el menor ruido dentro de la casa.

Doblemente inquieta volvió a telefonar a las seis y media de la

tarde desde un café. Hubo de colgar al oír que le contestaba una voz totalmente desconocida. Entonces, y procurando no ser vista, tornó a acercarme a la casa. Por la parte del patio advirtió que había luz en una de las ventanas, pero no quiso subir, temiendo encontrarse con algún policía.

—Preferí esperarte escondida en el quicio de una puerta por si llegabas. Tenía que advertirte lo que ocurría para que no cayeses en alguna trampa.

Nick pensó con rapidez. Era muy probable que Gusenko hubiese ordenado la detención de Janos, esperanzado en conocer por este medio el paradero de Erzsebet, ya que Lajos lo ignoraba. También que Terez le hubiera incitado a ello, sabiendo que las relaciones entre el viejo y su hijo no tenían nada de cordiales. En tal caso, los individuos que hubiera en la casa estarían esperando a la muchacha y no a él. De cualquier forma, sería muy peligroso que se presentase allí antes de ir al Varos.

—¿Puedo confiar en ti, Erzsebet?

La muchacha le miró asombrada de que pudiera dudarle, mientras asentía con un rápido movimiento de cabeza. Nick insistió, bajando más aún la voz:

—¿Aun sabiendo, como sabes, que no soy Lazlo Hrotko?

—Precisamente por eso —replicó la joven.

—¿Y exponiéndote a correr por mí un peligro que puede ser mortal?

—Desde luego. No sé quién eres exactamente; pero sí que me hiciste un gran favor hace dos días. Además, creo que luchas contra los asesinos de mi padre. ¿Me equivoco?

—No. Y, el favor que pienso pedirte puede constituir de modo indirecto un castigo para todos ellos. ¿Lo harás?

—Aunque me costase la vida —afirmó resuelta Erzsebet—. ¿De qué se trata?

En pocas palabras lo explicó Nick. Debía llevar el paquete que contenía los «microfilms» a Isaak Benthlem, haciéndole comprender toda la enorme trascendencia que tenían. Era preciso, costara lo que costara, hacerlos llegar a Viena, al coronel Anderson. Si las cosas salían bien, podría encargarse personalmente de llevárselos. Pero...

—He de ir al Varos donde me aguardan Gusenko y Antonof. Es posible que no logre escapar con vida. Dile a Benthlem que si

mañana por la mañana no ha tenido noticias mías, se cuide de mandarlos a Viena. ¿Lo harás?

La muchacha asintió sin vacilaciones. Llegaban junto al camión. Nick la entregó el paquete; luego, conmovido, la estrechó la mano. Sin hablar palabra, la joven se le acercó tanto que el americano, en un movimiento instintivo, la estrechó entre sus brazos y la besó. Erzsebet se estremeció de pies a cabeza al recibir el beso, un intenso rubor se extendió por sus mejillas, pero no intentó apartarle.

—Perdóname —pidió Nick en voz baja, un poco avergonzado de su acción. Por un momento perdí la cabeza, pensé que eras mi novia, qué yo era realmente Lazlo Hrotko y...

—A Lazlo no le hubiese dejado besarme jamás —afirmó con resolución la muchacha. Nick la miró sorprendido. Estaba emocionada y le brillaban de un modo extraño los ojos.

—Perdóname de todas las maneras, Erzsebet. En otras circunstancias te hablaría de distinta manera, pero ahora cuando no sé si viviré muchas horas...

—Hay minutos que valen por toda una vida. No tengo nada que perdonarte. Yo no me arrepiento de haberte besado, aunque ni siquiera conozca tu nombre.

—Me llamo Nicholas H. Nelski —repuso Nick—. Recuerda mi nombre. Si no muero esta noche...

—El corazón me dice que no morirás —repuso la joven—. Y yo te esperaré ilusionada.

—¡Gracias, Erzsebet; muchas gracias!

Diez minutos después llegaba al garaje. Apenas detuvo el camión, vio surgir ante sí a dos individuos. Uno de ellos resultaba totalmente desconocido; el otro, era Antonof.

—Llegas con retraso, Lazlo. Ya estábamos impacientes.

—¿Por qué? Tenía que presentarme a las nueve y no son más que las ocho y media.

—Es igual. Deja el camión y vente con nosotros. Gusenko te aguarda. ¡Y no le gusta que le hagan esperar...!

¡ATENCIÓN, LECTOR!

Si su librero no tiene el número que
usted desee de nuestras publicaciones
E S C R I B A N O S
y lo recibirá a REEMBOLSO, libre de gastos.
EDITORIAL ROLLAN - S. Bernardo, 68 - MADRID

CAPÍTULO VI

¡DESCUBIERTO!



O le quedó más remedio que obedecer. Aunque Antonof procuró tranquilizarle, afirmando que el motivo de la prisa no era otro que la impaciencia de Gusenko por saber si Jaszi había recibido los documentos desaparecidos, Nick no estaba nada tranquilo. Que hubiesen ido a buscarle al garaje, que tuvieran un coche a la puerta y que Antonof se hubiera hecho acompañar por un individuo que no podía disimular su origen tártaro o mongol, no le parecía de buen augurio.

Durante el camino procuró sonsacar a Antonof. No consiguió saber gran cosa. Tan sólo que iban al Varos, que allí les aguardaban

Terez y Gusenko y nada tenía que temer.

—Quiere felicitarte, simplemente felicitarte por lo bien que has desempeñado tu misión.

No entraron en el Varos por la puerta principal, sino por otra lateral que daba a una estrecha callejuela; era la entrada utilizada por quienes querían salir de los reservados sin ser vistos por la muchedumbre que solía llenar la sala de fiestas.

Al penetrar en el reservado, Nick pudo ver que dentro se encontraban no sólo Gusenko y Terez, sino un agente ruso uniformado que permanecía de pie en el fondo de la habitación con la mano derecha apoyada en la empuñadura de la pistola. Ni la presencia de aquel individuo, ni el gesto de Gusenko, ni la sonrisa irónica de Terez presagiaban nada agradable.

Nick entró delante; Antonof cerró la puerta y quedó apoyado en ella. Apenas vio al americano Gusenko, que en esta ocasión vestía de uniforme con el pecho cubierto de condecoraciones, inquirió en tono desabrido:

—¿Por qué has tardado tanto en venir?

—¿Tardar? Pero si me indicaron que viniese a las nueve y no son más que las ocho y media...

—Pues debiste estar aquí hace tres cuartos de hora. Saliendo a las cinco de Waitzen, pudiste llegar a las siete.

—Tuve algunas dificultades en el camino —mintió Nick—. El motor no funcionaba bien; parece que el carburador...

Gusenko interrumpió sus explicaciones con un gesto de impaciencia. Luego preguntó:

—¿Te dio Harding los documentos?

—No. Afirmar tener la seguridad de recibirlos, pero sólo dentro de tres o cuatro días.

—¿Por qué volviste a verle, entonces, esta mañana?

Un momento vaciló Nick. Luego encontró una explicación hábil. Había convenido con ver a Jaszi antes de marcharse de Leva por si durante la noche habían llegado a sus manos los documentos.

—¡Mentira! —chilló, irritado, Gusenko—. Tuvo que ser para entregártelos. ¿Dónde los tienes?

—En ningún sitio —afirmó con serenidad Nick—. He dicho la verdad. Harding no me los dio porque no los había recibido aún.

—Es inútil que mientas. Y peligroso. Estamos más enterados de

lo que supones.

—No miento. Si quieren convencerse, registrenme.

A un gesto de Gusenko, Antonof se apresuró a registrarle. Lo hizo con toda meticulosidad, obligándole incluso a descalzarse, pero no encontró nada.

—Puede haberlos dejado en el camión.

Descolgando el auricular, Gusenko marcó un número. Por espacio de cinco minutos estuvo hablando en tono agitado. Lo hacía en ruso, idioma que Nick no entendía. No era posible dudar, sin embargo, ni de con quién hablaban ni del motivo de la conversación. Al dejar el teléfono tenía un aire de acentuado mal humor.

—¿Se convencen ahora? —preguntó el americano—. Harding no tenía los documentos y yo le dije lo que me había ordenado. ¿Por qué desconfían de mí?

—Por muchos motivos —gruñó, irritado, Gusenko—. Veamos uno de ellos: ¿por qué avisaste a Erzsebet para que se escondiera?

—¿Yo?

—Sí, tú. Terez la aconsejó que fuera a casa del viejo Hrotko y fue; pero cuando mandé a buscarla había desaparecido. ¿Dónde está?

Nick alegó completa ignorancia. Aseguraba que no había visto a la muchacha ni sabía nada de ella. ¿Qué era su novia? Lo había sido, por imposición de su padre; pero riñeron.

—Terez lo sabe mejor que nadie. Erzsebet no quería ni verme porque sospecha que fui quien denunció a su padre.

Si la chica fue a su casa, debió ser el viejo o Lajos quien la llevase a otro sitio. A él no le dijeron una sola palabra. Ni siquiera que había estado allí.

—Vuelves a mentir y eso es muy peligroso. Terriblemente peligroso cuando sabemos quién eres.

—¡Claro que lo saben! —repuso Nick, esforzándose por disimular la inquietud que le producían las últimas palabras de su interlocutor—. Jamás ha pretendido ocultar que soy Lazlo Hrotko, y...

—¡Mentira! —saltó, más indignado que nunca, Gusenko—. ¡Tú no eres Lazlo!

—¿Qué no lo soy? —inquirió Nick, fingiendo admirablemente

una completa estupefacción—. ¿Y quién diablos puedo ser, entonces?

La respuesta de Gusenko hizo que un escalofrío le corriese a lo largo de la columna vertebral.

—Un agente federal americano destacado en Nuremberg, cuyo verdadero nombre es el de Nicholas H. Nelski.

Sobreponiéndose con rapidez a la impresión recibida al verse descubierto, Nick pretendió echar la afirmación a broma. Aparentemente tranquilo, soltó una carcajada y replicó:

—¿De veras? ¿Y quién le ha contado esa fantasía?

—No hay fantasía, alguna y tú lo sabes. Es inútil que sigas fingiendo.

—Poniéndose serio, Nick protestó con energía. Aquella afirmación era una estupidez. Todo el mundo le conocía en Budapest para que pudiese haber la menor duda. Allí, sobre la mesa, estaban los documentos extendidos por las autoridades rusas que Antonof le había sacado de los bolsillos al registrarle. Podían mirar las fotografías y convencerse.

—Hay un parecido asombroso entre tú y Lazlo —repuso Gusenko—; pero no basta para engañarme.

—¿Parecido? ¡Y tanto! ¡Como que soy yo! Fíjese en los retratos, vea ese lunar. ¿Cree que ni siquiera dos hermanos gemelos lo tendrían en el mismo sitio?

Gusenko y Antonof miraron las fotografías, luego el cuello de Nick, y parecieron vacilar, desconcertados. Esperanzado en salir con bien del trance en que se hallaba, Nick continuó:

—Aquí está Terez. Todos saben lo que hay entre nosotros y que me conoce hace muchos años. Que diga ella si no soy Lazlo Hrotko...

Gusenko miró a la mujer; el americano lo hizo también. Aunque Terez no respondió una sola palabra, la sonrisita que entreabría sus labios no resultaba nada tranquilizadora. El aspecto de la joven pareció disipar las dudas —si es que realmente tenía alguna— del coronel ruso. Volviéndose a Nick exigió:

—¡Basta de farsas, Nelski! El juego ha llegado a su final. Estás descubierto y es tonto seguir mintiendo. Harías mejor en reconocer la verdad.

—La única verdad es la que he dicho —protestó, irritado, Nick.

¿Quién le ha dicho que no soy Lazlo? Me lo figuro. Los perros traidores que creían tenerme a su lado se han dado cuenta de que no soy un miserable como ellos; saben que defiendiendo la causa del pueblo y han inventado esa burda patraña para intentar hundirme. Pero cuando les tenga delante...

—¡Magnífico comediante! —le interrumpió, desdeñoso, Gusenko—. Es una pena que no te sirva de nada. ¿Te gustaría ver a quién está dispuesto a probar que no eres Lazlo Hrotko?

—¡Seguro! Póngalo delante de mí y le diré lo que no ha oído nunca.

—Es posible que seas tú quien tengas que oírlo, amiguito. Haz pasar a ese hombre, Antonof.

Cuando Antonof salió se produjo un silencio embarazoso. Nick pensaba rápidamente. Creía adivinar sin gran esfuerzo lo sucedido. Al viejo Janos, detenido aquella mañana, le habían obligado a confesar —no era difícil imaginarse merced a qué procedimientos— que Nick no era su hijo, sino un agente americano. ¿Qué podía decir cuando les careasen? Insistir en que era realmente Lazlo. Acaso el viejo, por muy destrozado que estuviese, no quisiera hundirle y se retractase de sus declaraciones primeras.

Pero aunque no fuera así, Nick creía tener una puerta de escape. Aseguraría que Janos le odiaba precisamente por saberle al servicio de los rusos. Si le acusaba de ser un agente americano, aun constándole la falsedad de la imputación, lo hacía con el exclusivo objeto de entorpecer sus trabajos. No debía olvidar Gusenko que el viejo era miembro activo del movimiento de resistencia y que anteponía sus ideales a los lazos familiares. Acaso no fuera muy airoso tener que defenderse acusando al padre de Lazlo; pero ¿le quedaba otra solución?

Cuando la puerta se abrió de nuevo, estaba dispuesto a iniciar la lucha sin vacilaciones. Pero toda su entereza se vino a tierra al descubrir al individuo que acompañaba a Antonof. Era el que menos podía esperar. Se restregó, incrédulo, los ojos, y pese a toda su serenidad, no pudo evitar un grito que era toda una confesión:

—¡Lazlo Hrotko!

—Sí, Nick. Lazlo Hrotko que llega a tiempo para desenmascararte.

El americano calló, abrumado, convencido de que era inútil

continuar fingiendo. Una sonrisa entreabrió los labios de Gusenko. Mirando a Nick, comentó:

—Parece que te has quedado sin habla, amiguito. ¿Es eso todo lo que tenías que decirle?

—No lo comprendo —murmuró, sin salir de su confusión el aludido—; no puedo entenderlo...

—¿Qué no comprendes? —Inquirió, despectivo, Lazlo—. ¿Qué esté aquí o que haya recobrado el habla?

—Ninguna de las dos cosas —repuso con entera sinceridad Nick.

—La explicación no puede ser más sencilla —afirmó, en tono desdeñoso, Hrotko—. La adivinarías si no tuvieses la cerrazón mental de todos los yanquis.

—Cuéntaselo todo —ordenó Gusenko—. Así comprenderá que no puede soñar en seguir engañándonos.

Sonriente, complacido del efecto que producían sus palabras, Lazlo relató lo sucedido. Las heridas que sufrió en la refriega con los soldados rusos tenían menos importancia de lo que todos pensaron. De cualquier forma, no logró recobrar por entero el conocimiento hasta que estuvo en un hospital militar americano.

—En ningún momento perdí la memoria, aunque si tropecé con dificultades para hablar. Las dificultades desaparecieron a los dos o tres días; pero entonces me interesaba fingir graves trastornos mentales para enterarme de todos los planes de los imperialistas americanos.

Simuló no entender nada de lo que le decían, aunque procuraba no perder palabra de cuanto se hablaba a su alrededor. Se enteró así de cuánto dialogaron en su presencia Nick y Anderson.

—Supe que tú, mi primo Nicholas, aprovechando nuestro parecido, te aprestabas a suplantarme. Querías hacerte pasar por patriota húngaro. Patriota húngaro tú, que abandonaste tu patria a los diez años, que te naturalizaste americano y que luchas al lado de los mortales enemigos de nuestro pueblo.

Sintió desde el primer instante un odio terrible contra el agente americano. Pudo evitar que se lanzasen a la terrible aventura, descubriendo que estaba en condiciones de emprender sin tardanza la marcha. Prefirió no hacerlo. Le dejaría que se metiese en la boca del lobo; al día siguiente se dirigiría a su vez a Budapest, le denunciaría a Gusenko y...

—Pagarías de una vez todos los crímenes y tus declaraciones no permitirían descubrir mayor número de espías y traidores.

Desgraciadamente, tropezó con obstáculos en sus planes. Hasta dos días después de la marcha de Nick no consiguió escapar sin ser visto del hospital. Más tarde tuvo algunos tropiezos con las autoridades de la zona de ocupación soviética; carecía de documentación, puesto que la suya se la había llevado el agente americano. Perdió un tiempo precioso y muchas veces temió fracasar en su empeño.

—Por fortuna llegué en el mejor momento. Terez, que dudaba al principio, tuvo que reconocerme cuando le hablé de cosas que sólo ella y, yo conocemos. Gusenko y Antonof también vieron con claridad tu maniobra. Y ahora pagarás muy cara tu audacia, mientras yo recibo el premio a mis servicios.

—¿Y cuál es el premio? —preguntó, asqueado, Nick—. ¿La tortura de tu padre o el secuestro de tu novia, de Erzsebet?

—Erzsebet no es mi novia; no la quise nunca. Si la acepté como tal fue por imposición testaruda del viejo. Mi verdadero amor es Terez; lo que sea de la otra me tiene sin cuidado.

—¿También que lleguen a asesinar a tu padre?

—También. Mi familia es todo el pueblo de Hungría. Los que colaboran con el enemigo no merecen vivir. —Ni siquiera mi padre. Fue un traidor y ha recibido su merecido. Como lo recibirás tú.

—¡Canalla! —chilló, iracundo, Nick—. Tú sí que mereces...

Impetuosamente, sin lograr dominar su impulso, se lanzó contra Lazlo con ansias de estrangularle entre sus manos. Llegó a cogerle por el cuello y apretó con fuerza. Aunque Hrotko se defendió cómo pudo, acaso hubiera logrado terminar con él, de no ser por la rápida intervención de Antonof y el soldado ruso.

Pero ambos, que eran fuertes y corpulentos, le atacaron por la espalda, propinándole puñetazos y patadas. Ni aun así soltó Nick su presa. Fue preciso que el soldado sacase la pistola y le asestase un violento culatazo en la nuca. Medio atontado, el americano se llevó las manos a la cabeza y retrocedió tambaleante hasta tropezar con la pared. Quedó pegado a ella, medio inconsciente, haciendo esfuerzos por mantenerse en pie.

—¡Quieto! —Gruñó Antonof, amenazándole con un revólver—. Si vuelves a hacer alguna tontería...

El soldado tuvo que sujetar a Lazlo, que al ver a su enemigo indefenso quería vengarse de los golpes recibidos. Gusenko, que había contemplado toda la escena con aire indiferente, intervino entonces:

—Déjale, Hrotko. Serías capaz de matarle, lo que resultaría muy agradable para él.

—Es preferible que sufra antes un buen rato —afirmó Terez, saliendo del mutismo en que había permanecido hasta aquel instante.

—Y que hable —añadió Antonof.

Hubieron de transcurrir unos minutos antes de que, disipadas las tinieblas que oscurecían su cerebro, Nick estuviera en condiciones de responder a las preguntas de sus enemigos. Gusenko no permaneció ocioso aquel tiempo. Descolgando el teléfono, dio unas órdenes enérgicas y concretas.

En previsión de que alguien pretendiera sacar de Hungría los documentos desaparecidos en Oufa, y que posiblemente había traído hasta Budapest el falso Hrotko, debían colocarse en estado de alarma todas las fuerzas militares y policíacas del país. Hasta nueva orden se interrumpiría la circulación por las carreteras que conducían a la frontera austríaca, deteniéndose a sus ocupantes. Únicamente los coches oficiales rusos podrían circular.

Todo eso no servirá de nada —afirmó Nick, que había oído las últimas palabras de Gusenko—, porque los documentos no han llegado siquiera a Hungría.

—Es infantil que pretendas seguir engañándonos —repuso, desdeñoso, el coronel de la
N. K. V. D.

—. Sabemos que tú recibiste los documentos y tendrás que decirnos dónde están.

—Aunque quisiera, no podría —contestó Nick—. Harding no los había recibido aún. Si le preguntan les dirá...

—Harding no podrá decirnos nada, por la sencilla razón de que ha muerto —le interrumpió su interlocutor.

El americano recibió con emoción la noticia. La noche anterior Harding tenía la seguridad de no durar mucho, pero seguramente no sospechaba que su vida hubiera de ser tan corta. ¿Le habrían asesinado? No necesitó formular la pregunta, porque el ruso

continuó hablando:

—Al intentar detenerle agredió a los policías. Mató a uno antes de ser acribillado a balazos. Fue una pena, porque nos hubiera interesado hacerle cantar.

—Entonces, si no habló Harding, ¿de dónde han sacado que pudo entregarme los planos que buscan?

Gusenko se lo dijo sin la menor reserva. Seguro de tener todos los triunfos en las manos, no tenía inconveniente en mostrar sus cartas, convencido de que bastarían para que Nick abandonase una negativa inútil y contraproducente. Si Harding murió, Bela Angloss fue apresado vivo unas horas antes. Tuvo que decir cuánto sabía. Y entre lo que sabía estaba que el supuesto Jaszi había puesto en manos del no menos supuesto Hrotko los documentos desaparecidos.

—¿Todavía crees que puedes engañarnos?

—No, pero...

—¡Basta! ¿Dónde los tienes?

—Donde no podréis encontrarlos jamás, porque hace horas que salieron de Hungría. Había un avión esperando cerca de Waitzen. Entregué al piloto el sobre y...

—¡No sueñes despierto, muchacho! Ningún avión puede aterrizar ni menos despegar sin ser examinado escrupulosamente por la Policía. No pretendas ganar tiempo inventando fantasías. Responde de una vez: ¿dónde están los documentos?

Nick se encogió, despectivo, de hombros sin responder una sola palabra. Hubiese lanzado cualquier otro embuste, de tener la menor posibilidad de ser creído; pero comprendía que a Gusenko no había forma de engañarle. Advirtiendo su silencio, el ruso continuó:

—Te conviene decir la verdad desde el primer instante; por duro que seas conozco procedimientos que te obligarán a hablar. Diciendo ahora dónde están los planos te ahorrarás unas horas de tortura. En cualquier caso, el resultado será el mismo... excepto para ti.

Bastaba mirar a Gusenko para comprender que no amenazaba en vano. Su rostro tenía una frialdad inhumana; sus ojos reflejaban una resolución inquebrantable. Recurriría a todo para hacerle hablar. Y Nick se estremeció involuntariamente al pensar lo que aquél todo podía significar.

—¡Habla de una vez, o empezamos!

Mientras Antonof, pistola en mano, vigilaba sus menores movimientos, el corpulento soldado había avanzado a un primer plano. Tenía un fino vergajo en las manos y una sonrisa cruel en los labios. Sólo esperaba una indicación de su jefe para empezar a pegar. Y lo haría con verdadero placer...

Nick no se hacía demasiadas ilusiones. Había hablado con muchos huidos de las cárceles y los campos de concentración de Checoslovaquia y Polonia para ignorar los métodos de la

K. V. N. D.

El vergajo y los palos serían sólo un leve anticipo de lo que seguiría después. Las voluntades más firmes acababan derrumbándose; las gentes hablaban, aunque al hablar firmaran no sólo su propia sentencia de muerte, sino la de todos los seres queridos. ¿Le ocurriría a él lo mismo? Posiblemente, sí; pero nunca antes de unos días de tortura, de una hora cuando menos.

Y era unas horas las que necesitaba ganar; unas horas para que Erzsebet y Benthlem, seguros de cuál había sido su final, conscientes de la enorme importancia que tenía que los «microfilms» salieran de Hungría, empezaran a buscar la forma de mandarlos al otro lado del telón de acero. Tomó una decisión. Apretaría los puños, se mordería los labios, aguantaría hasta el límite de las fuerzas humanas sin despegar los labios. Si al fin tenía que hablar sería cuando sus amigos hubieran tenido tiempo de ponerse a salvo.

—¡Empieza, Piotr!

El vergajo cayó con fuerza sobre la cabeza de Nick. Con un grito de rabia y dolor, el americano trató de lanzarse sobre su agresor. Lazlo, colocado a su espalda, le contuvo, sujetándole por la pelliza. Sin dejar de reírse, Piotr siguió golpeándole. Los vergajazos levantaban verdugones en la cara, en las manos, en los brazos y los hombros de Nick. El ruso pegaba con fuerza y cuidado a un tiempo, procurando no herir puntos demasiado sensibles que hubieran dejado sin sentido a la víctima.

—¡Canalla! ¡Cobarde!

Cada insulto era un nuevo vergajazo. Soltándose de Lazlo con un tirón, Nick acometió ciegamente a su agresor. Echándose a un lado en el instante preciso, Piotr burló la embestida. Cuando el

americano quiso volverse recibió un golpe más duro que los precedentes. Ahora la punta del vergajo le alcanzó en la sien derecha y Nick se derrumbó pesadamente, perdido el conocimiento.

Se lo hicieron recobrar echándole una jarra de agua fría a la cara. Cuando abrió los ojos, Antonof le pegó un puntapié en el costado, ordenando:

—¡Levántate, perro!

Trabajosamente se incorporó Nick. El soldado se disponía a continuar golpeándole; Gusenko le contuvo con un gesto, mientras preguntaba a Nick:

—¿Tienes ya bastante o necesitas más para abrir la boca?

—No conseguiréis que diga una sola palabra —repuso Nick, en tono desafiante.

—Allá lo veremos. Sigue, Piotr...

A los tres minutos, el americano rodaba de nuevo por el suelo. Pero ahora no estaba por completo inconsciente; lo simulaba con cierta habilidad, ansioso de ganar tiempo, sabiendo que mientras le creyeran desmayado no continuarían pegándole. Antonof y Piotr se ocuparon de ayudarle a recobrar el conocimiento rociándole con agua la cara; Nick se esforzaba por prolongar lo más posible su fingido desmayo.

Mientras, Gusenko, qué empezaba a desconfiar de que a palos consiguiera arrancar su secreto al agente americano, hablaba, apremiante, con Lazlo Hrotko. Estaba seguro, completamente seguro, de que Nick llegó a Budapest con los documentos que le entregó Harding. ¿Dónde los había dejado? ¿No podía suponer Lazlo, que conocía a fondo el movimiento de resistencia en la ciudad, a quién se los habría dado antes de llegar al garaje?

Hrotko pasó revista mental a todos aquéllos en quienes hubiera podido confiar su doble. Pronto un nombre se destacó sobre todos en su imaginación: Isaak Benthlem. El judío era el brazo derecho de Mohac. ¿Y no le había dado Mohac la dirección de todos sus amigos? Con un grito de júbilo, exclamó:

—¡Ya lo tengo! Ya sé a quién dio los documentos y dónde están.

Nick, que se incorporaba en aquel instante, miró, sobresaltado, a Lazlo. ¿Habría dicho algo durante sus períodos de semiinconsciencia que permitiese a Hrotko averiguar a quién entregó los «microfilms»? Enfrentándose con él, le desafió:

—¡Mentira! No sabes nada; no puedes saberlo...

—No, ¿eh? ¿Y si te dijese que Isaak Benthlem tiene en este momento lo que tanto nos interesa?

En circunstancias normales, Nick hubiera tenido el suficiente dominio sobre sus nervios para disimular la impresión recibida; pero acababa de incorporarse luego de rodar por tierra, víctima de los vergajazos de Piotr, su cerebro estaba un poco ofuscado y no logró impedir un gesto de alarma y asombro que resultó suficiente para sus enemigos.

—¡Acertaste, Lazlo! —exclamó, satisfecho, Gusenko—. Ese tipo tiene los documentos. ¿Sabes dónde encontrarle?

—Desde luego. Es un judío que tiene un café en el *ghetto* de Buda. A estas horas podemos cogerle allí.

—¡Id por él! Tú, Antonof, acompañaile y llévate varios hombres. Tenéis que prender a ese individuo vivo o muerto. ¿Entendido?

—¿Qué hacemos con ése? —inquirió Antonof, señalando a Nick.

—Déjale aquí. Piotr se encargará de vigilarle. Traedme al judío. Me gustaría enfrentarles a los dos.

—Así lo haremos —afirmó, convencido, Lazlo, avanzando hacia la puerta—. Cogeré a ese maldito Isaak Benthlem con los documentos encima y...

—¡No tendrás que ir muy lejos, traidor! Isaak Benthlem está aquí...

La puerta del reservado acababa de abrirse de par en par y en el umbral se recortaba la silueta de dos hombres. Empuñaban sendas pistolas y había en sus gestos y ademanes un aire de resolución inquebrantable.

—¡Quietos todos! El primero que intente sacar un arma puede darse por muerto...

Amedrentado, con un grito de terror estrangulado en la garganta, retrocedió Lazlo Hrotko; Terez se incorporó, con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro y una palidez intensa en el semblante; Piotr y Antonof miraban a los recién llegados como si no dieran crédito a lo que veían; Gusenko permanecía en pie en el centro de la estancia, evidentemente desconcertado por la inesperada irrupción de aquellos individuos.

—¿Quiénes sois y a qué venís? —preguntó.

—Las personas que más interés tenías en ver, Gusenko. Yo soy

Isaak Benthlem; mi compañero, August Mohac. Debes agradecernos la visita. Hemos querido evitarte el trabajo de que tuvieras que buscarnos.

El ruso respondió con un gruñido. Nick se restregaba, incrédulo, los ojos, temiendo estar soñando. De pronto, en el umbral, procedente del pasillo, apareció una mujer. El americano lanzó, al reconocerla, un grito de alegría:

—¡Erzsebet! Has sido tú quien les ha traído para salvarme...

—Sí —afirmó Mohac—; para salvarte a ti y ajustar todas sus cuentas al miserable de Lazlo y a su digna amiguita...



PADRES:

¡NO PENSADLO MAS!

¿El mejor **REGALO** para su hijo?

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡EMOCION! ¡RISA! ¡CULTURA! ¡ARTE!

¡COLOR! ¡CALIDAD!

CAPÍTULO VII

LA HUIDA



I ante la imposibilidad material de continuar en Hungría Auguts Mohac había tenido que buscar transitorio refugio en Viena, no por ello olvidaba un solo instante los riesgos y peligros a que seguían sometidos sus antiguos compañeros de luchas. Admiró la resolución de Nicholas H. Nelski, prestándose a sustituir a Lazlo Hrotko, y le dio de buen grado cuántos datos e informes podían facilitar su difícil misión.

Temía mucho, aun admitiendo que reunía excepcionales condiciones de valor, inteligencia y audacia, que la empresa que acometía terminara en un completo desastre. Sus temores

aumentaron cuando al día siguiente de su marcha supo de labios de Anderson la enorme trascendencia de los documentos que se proponía ayudar a pasar a través del telón de acero, y llegaron a su punto culminante al enterarse de la desaparición del verdadero Hrotko.

—Estaba trastornado y se escapó del hospital, acaso sin saber lo que hacía —afirmaron los médicos.

El coronel Anderson, con el que Mohac tuvo ocasión de conversar extensamente sobre el caso, opinaba lo mismo. No creía que el fugitivo hubiera salido de Viena, y esperaba que no pasarían muchas horas antes de que fuera encontrado en cualquier calle extraviada.

Pero transcurrieron dos días y Lazlo no apareció. Quien sí llegó inopinadamente fue Karl Szoque. Llegó con tan extrañas y desconcertantes noticias, que Anderson y Brendan reclamaron el auxilio de Mohac, por si era capaz de entender algo de lo que afirmaba el recién llegado. A ninguno le cabía en la cabeza que Nicholas H. Nelski, agente americano de bien probada entereza, se hubiese colocado a las órdenes de los rusos en el espacio de pocas horas, traicionando cuánto había que traicionar. Sin embargo, Szoque había oído la confesión de sus labios y le vio en actitud amistosa al lado de un coronel de la
N. K. V. D.

—Insistió mucho en que le dijese que no dejaran escapar al individuo herido en el hospital.

Anderson creyó empezar a comprender entonces. Mohac vio con claridad meridiana la situación. Pensó con rapidez y expuso con entera sinceridad su opinión:

—Indudablemente, Lazlo es un traidor. Al llegar a Hungría y ser tomado por él, Nelski se ve en un serio apuro. Tan serio, que no tendrá salvación posible si alguien no le avisa de que Hrotko logró escaparse y puede presentarse en cualquier instante en Budapest.

Tanto Brandan como el coronel hubieron de darle la razón. El mismo Szoque —que sólo entonces conoció la verdadera personalidad del que había tomado por Lazlo— pensaba lo mismo. Era urgente avisarle. Pero ¿quién le llevaría el aviso?

—Tengo que ser yo —afirmó, resuelto, Mohac—. Y no sólo por Nelski. Si Hrotko es un traidor acerca de lo cual no podemos tener

grandes dudas, la mayoría de mis amigos están en peligro mortal.

—El intento puede costarle la vida —le advirtió Anderson.

—Lo sé. Pero a cambio de la mía puedo salvar la de muchos, más importantes que yo en este momento.

Aquella misma noche, Mohac abandonaba Viena. Provisto de una documentación falsa, con algunos amigos leales en Bruck, no tropezó con graves obstáculos en su marcha. Pudo hacer el viaje con mucha mayor rapidez que Hrotko. Y quiso la casualidad que, por distintos caminos, empleando diferentes medios de locomoción y con opuestos propósitos, ambos llegasen a Budapest casi al mismo tiempo: media hora antes de que Nicholas H. Nelski, cuya suerte tanto importaba a los dos, fuera a detenerse durante varios minutos ante la jefatura local del Servicio Socializado del Transporte, en Waitzen.

Mohac no perdió el tiempo una vez en Budapest. Apresuradamente se dedicó a visitar a todos los miembros de la resistencia que podían considerarse en peligro por la traición de Hrotko. Hubo varios a los que no sorprendió demasiado la noticia. Algunos recelaban de Lazlo, convencidos de que había sido quien delató al padre de Erzsebet; otros suponían que su amiga Terez no era ajena a la reciente detención y muerte del viejo Janos y de su criado Lajos; todos se apresuraron a abandonar los domicilios que el traidor conocía y que posiblemente habría comunicado a la Policía popular húngara.

Ya de noche, fue a ver a Isaak Benthlem, con el que conversó extensamente. Por él supo que Lazlo había sido visto unas horas antes en Budapest. Tenía que ser el auténtico, por cuanto Nick no debía haber regresado todavía de su viaje a Leva. El judío comprendió todo el alcance del peligro que le amenazaba, ya que Hrotko le conocía personalmente y no dudaría en delatarle.

Estaban a punto de abandonar el café para no volver a poner los pies en él, cuando se presentó Erzsebet. La muchacha, que conocía a Benthlem, contó en pocas palabras su entrevista con Nick. Mohac se dio cuenta inmediata del apurado trance en que debía hallarse en aquellos instantes. Si Gusenko le había citado en el Varos era, pensando con cierta lógica, porque allí estarían Terez y su amigo Lazlo. Querían desenmascararlo y obligarle a confesar cuanto supiera.

—¡Sálvenle! —suplicó, angustiada, la joven—. Él se lo jugó todo por ayudarnos a nosotros.

August Mohac tomó una rápida resolución. Iría al Varos para tratar de sorprender a Gusenko y sus amigos. Cabía en lo posible que lograra arrancar de sus garras al americano, aunque tampoco se podía descartar, ni mucho menos, que perdiera la vida en la empresa.

—Pero en cualquier caso moriré con la satisfacción de llevarme a algunos por delante.

—Yo voy contigo —afirmó, resuelto, Benthlem—. Conozco el lugar y sé cómo llegar sin ser vistos hasta los reservados. Tengo dos buenas pistolas y no se me ha olvidado cómo se manejan.

—Deme una —pidió Erzsebet—. Yo también iré y no seré un estorbo.

Mohac quiso oponerse, pero hubo de acceder ante la resuelta determinación de la joven. En cierto sentido, la muchacha podía ser un buen auxiliar. Si resultaría extraño que dos hombres solos pretendieran ganar los reservados del Varos, la extrañeza desaparecería de acompañarle una mujer.

Veinte minutos después se hallaban en la callejuela adonde daba la puerta trasera del *cabaret*. En las inmediaciones pudieron ver dos coches policíacos; junto a uno de ellos, un magnífico «Mercedes», con un banderín indicador de que pertenecía a un alto jefe de la N. K. V. D.

había un hombre uniformado que quiso cerrarles el paso. Mohac actuó sin vacilaciones. El vigilante había dejado de existir antes de poder, lanzar un grito de alarma.

En el pasillo de los reservados tropezaron con otro individuo, éste vestido de paisano. No receló nada cuando vio a la muchacha, pensando, sin duda, que no eran gentes sospechosas. Un culatazo en la cabeza le sumió en la inconsciencia antes de que hubiera salido de su error. Escucharon un instante junto a la puerta del reservado. Oyeron la voz de Gusenko y la de Hrotko. Y fue entonces, precisamente entonces, cuando irrumpieron en la estancia.

Pero si los tres rusos, inmovilizados por la sorpresa, no parecían capaces de reaccionar con prontitud, Terez no estaba dispuesta a dejarse matar sin intentar algo a la desesperada. Descubierta su traición, sabía que tanto ella como Lazlo no podían esperar gracia

de sus enemigos. Por si alguna duda pudiera caberle, las palabras de Mohac eran concretas y categóricas. Como lo fueron las que a continuación añadió Benthlem:

—Esos dos tienen que morir como perros rabiosos.

Terez cambió una rápida mirada con Lazlo y decidió actuar. Tenía una pistola en el bolsillo del abrigo y ninguno de los recién llegados, interesados en la vigilancia de los cuatro hombres, parecía mirarla a ella. Era una oportunidad que no debía desaprovechar. Y no la desaprovechó.

—¡Duro con ellos! Somos más y podemos vencerles...

Estaba disparando al empezar a hablar. Eligió como blanco a Benthlem, que era quien tenía más cerca. Sus balazos dieron en el blanco, pero el judío, pese a su aparente debilidad, era hombre de extraordinaria vitalidad. Tenía tres boquetes en el pecho antes de caer de rodillas. Incluso de rodillas, con una mano apoyada en el suelo, tuvo energías para hacer fuego a su vez.

No tiraba contra la mujer, acaso porque instintivamente le repugnaba hacerlo, sino contra Lazlo, al que, como traidor, odiaba más que a nadie. Fue inútil que Hrotko, cobarde siempre, echara a correr intentando ganar la puerta. Las balas de Isaak encontraron antes de que llegase el camino de su corazón, y el húngaro se derrumbó de espaldas para no levantarse más.

En sólo dos segundos se había generalizado la lucha. No tiraban solos Terez y Benthlem. Los tres rusos hicieron además de recurrir a las pistolas, y alguno de ellos llegó a disparar. Pero también lo hacían, sin vacilaciones suicidas y con terrible eficacia, Erzsebet y Mohac. La muchacha tomó como adversario a Terez, quizá porque ésta, luego de herir a Isaak, la eligió como su segunda víctima. Un balazo rozó la cabeza de la joven, antes de que replicase en forma adecuada. Pero cuando lo hizo, Terez sintió un golpe seco en el pecho, le faltaron de pronto las fuerzas, cayó de rodillas, una bocanada de sangre manchó sus labios y rodó por el suelo, pagando de una vez todos sus crímenes.

Para entonces, Antonof había abandonado también el mundo de los vivos con un balazo entre las dos cejas, y Piotr y August se enzarzaron entonces en una dura pelea. El ruso no había tenido tiempo de empuñar su pistola, pero confiado en sus fuerzas de toro, se lanzó sobre Mohac, deseando ahogarle entre sus brazos. Llegó a

cogerle por el cuello y apretó con fuerza. Su adversarlo cruzó un instante de máximo peligro; por fortuna no perdió la serenidad, y apoyando el cañón de la pistola en el pecho de Piotr apretó por tres veces el gatillo. Muerto en pie el ruso, se hundió verticalmente, arrastrándole en su caída.

Gusenko pudo matarle en aquel momento. Vacilante en un primer instante, había sacado al fin la pistola, y apuntando a Mohac, que se incorporaba, hizo fuego. Si no dio en el blanco no fue culpa suya, sino de la intervención de Nick. El americano, quebrantado por los golpes recibidos, permaneció al principio un poco al margen de la contienda; pero cuando vio al ruso a punto de matar al hombre que había venido a salvarle, reaccionó con violencia. Cogiendo a Gusenko del brazo, quiso retorcérselo, para hacerle soltar el arma que empuñaba. No lo consiguió, porque le fallaron las fuerzas, pero fue suficiente para salvar a August, desviando el tiro de su enemigo.

—¡Te mataré a ti, imbécil! —Gruñó el ruso.

De un violento empujón arrojó a Nick a unos pasos de distancia. Quiso entonces meterle un balazo en el cuerpo. Pero resonó un disparo y no fue él quien lo hizo. Erzsebet se le adelantó; Gusenko sintió el dramático chasquido del hueso del brazo derecho al ser alcanzado por el plomo y el arma que empuñaba se le escapó de entre los dedos.

—¡Quieto o te mato como a éstos!

El ruso obedeció. No era la muchacha, sino Mohac quien le cubría con su pistola, y tenía repetidas y patentes pruebas de su terrible puntería para poder hacerse demasiadas ilusiones. Permaneció inmóvil, viendo cómo Nick se agachaba con rapidez para incorporarse empuñando el arma que había soltado un segundo antes.

—Tenemos que escapar deprisa —apremió Erzsebet a sus amigos.

Se oía ruido de pasos precipitados que subían por la escalera y se acercaban a lo largo del pasillo. Los disparos debían haberse oído en la sala de fiestas, y camareros y clientes corrían a enterarse de lo sucedido. Se miraron unos a otros, vacilantes y desconcertados. Mohac halló la manera de salir del aprieto. Con voz enérgica ordenó:

—Asómate a la puerta, Gusenko. Di que se vaya todo el mundo, que es asunto de la

N. K. V. D.

y que puede costarle muy caro al que pretenda meter las narices.

—¿Y si me niego?

—Te vuelo la cabeza en el acto.

Tras una ligera vacilación, Alexis decidió obedecer. Negarse era morir en el acto; mientras viviese, cabía la esperanza de lograr un cambio brusco de la situación. Hubo de asomar medio cuerpo al pasillo, sintiendo en su espalda la presión de la pistola que empuñaba August.

Habló en tono enérgico, conminatorio y autoritario. Los que avanzaban por el pasillo se apresuraron a obedecer. Desoír las órdenes de un coronel de la Policía de Estado rusa tendría las más trágicas consecuencias. Si la

N. K. V. D.

había ejecutado a unos cuantos individuos acusados de espías y saboteadores, lo más cuerdo era no mostrar la menor curiosidad por conocer los nombres de las víctimas.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió impresionada y pálida Erzsebet.

—Escapar —repuso Mohac—. Abajo he visto un magnífico «Mercedes». Estaremos muy lejos antes de que descubran la verdad de lo ocurrido.

—Te equivocas —afirmó Gusenko que, pese al dolor de la herida del brazo, volvía a ser dueño de sus reacciones—. No escaparéis, porque todas las carreteras están bloqueadas. Podréis matarme a mí, pero no libraros de la horca que os espera.

—Quien te equivocas eres tú —intervino Nick—. Las carreteras están bloqueadas para todos, excepto para la

N. K. V. D.

Y nosotros seremos esta noche la

N. K. V. D.

Mohac le miró como si dudase del estado de sus facultades mentales. Con rapidez. Nick expuso su plan. El «Mercedes» pertenecía a la Policía rusa. Para mayor seguridad, August podía ponerse la chaqueta y el capote de Piotr.

—Si conduces el coche y Gusenko va a tu lado en el «baquet»,

¿crees que nadie se atreverá a cerrarnos el paso?

—Yo no iré —afirmó con resolución el ruso.

—¡Vaya si vendrás! Y por lo mismo que hiciste alejarse a los curiosos. Porque yo iré detrás con el cañón de la pistola apoyado en tu nuca. Si tratas de entregarnos...

Mohac aprobó sin vacilaciones el proyecto. Haciendo que Nick vigilase pistola en mano a Gusenko, se apresuró a quitar al cadáver de Piotr la guerrera del uniforme, recogiendo de encima de una silla el capote del muerto.

—Coge la documentación de ese tipo —indicó el americano, señalándole a Antonof—. Puede serte muy útil en el camino.

Nick se apresuró a obedecer su indicación. Mientras, Erzsebet se inclinaba sobre el cuerpo ensangrentado de Isaak Benthlem que abría en aquel instante los ojos. La muchacha pidió:

—Debemos llevarle con nosotros. Si lo dejásemos aquí...

Una triste sonrisa entreabrió los labios del judío. Con un esfuerzo supremo logró articular unas breves palabras:

—No preocuparos por mí. Escapad antes de que sea tarde... Yo tengo bastante. No viviré muchos minutos... Muero contento porque ese traidor... ha ido por delante...

Dobló la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil. Sollozante, Erzsebet permaneció arrodillada a su lado. De su abstracción le sacó un golpecito de Nick en el hombro.

—Vamos. Aquí no podemos seguir.

Secándose los ojos se incorporó la muchacha. Mohac ya estaba a la puerta, medio ocultando la pistola bajo el capote de Piotr e indicando con un gesto a Gusenko que marchara delante. El ruso se resistió, mostrando su brazo ensangrentado:

—¿Crees que así podría ir muy lejos?

—Véndaselo, Nick —ordenó August—. Necesitamos que dure unas horas sin desmayarse.

El americano se apresuró a taponar la herida lo mejor que supo y pudo, conteniendo la hemorragia. Lo hizo tan deprisa, que no perdió arriba de dos minutos.

—En marcha. ¡Y cuidado! El menor grito sería un balazo.

Sin tropezar con nadie salieron a la callejuela donde se hallaba el «Mercedes». Un instante después, el coche emprendía la marcha. Al volante iba Mohac, envuelto en el capote de Piotr y cubierto con

su gorra; a su izquierda, concentrado y silencioso, Gusenko. Nick y la muchacha ocupaban el asiento trasero del automóvil; ambos tenían las pistolas al alcance de la mano. Pasando el brazo por encima del respaldo del «baquet», el americano apoyaba el cañón de la suya en el cuerpo del Jefe de la Policía del Estado ruso.

—Si alguien nos detiene, hablaré yo —indicó Mohac—. En húngaro o en ruso, según quien nos interroge. Callaos los demás; sobre todo tú, Gusenko.

—Descuida —repuso Nick—. En cuanto quiera abrir la boca, le vuelo la sesera.

Tres veces le detuvo la Policía húngara antes de llegar a las afueras de Budapest; las tres les dejaron continuar, deshaciéndose en excusas tan pronto como vieron las gorras que llevaban Mohac y Gusenko.

—Espléndido —dijo Nick—. Creo que llegaremos a Viena sin el menor contratiempo.

—Espera. No serán húngaros todos los que nos paren en el camino.

Por fortuna no apareció ningún ruso hasta que llegaron a Gyor, marchando en línea recta hacia el Oeste a través de la dilatada llanura húngara del sur del Danubio. Al salir de Gyor, Mohac indicó:

—¡Atención! Vamos a enfrentarnos con el amigo Iván.

La carretera aparecía bloqueada, en efecto, por una patrulla rusa. Habían tendido una especie de barrera que obligaría a detenerse a cualquier vehículo. Pero no llegaron a hacerles la menor pregunta. Bastó que vieran el coche, que advirtieran junto al conductor la gorra de un coronel de la

K. V. N. D.

para que se apresurasen a retirar la barrera, haciendo señas de que podían continuar.

—Me parece que Iván es todavía más amable que sus colegas húngaros —comentó Nick.

Siguieron adelante. Tropezaron con varios grupos de vigilancia, pero nunca necesitaron siquiera mostrar la documentación. Tenían motivos para sentirse satisfechos. El «Mercedes» respondía magníficamente. Antes del amanecer podrían estar en Viena.

En un principio habían pensado dejar el coche en Bruck,

continuando a pie y a través de los campos para cruzar la línea de demarcación al amparo de la oscuridad de la noche y por un punto que estuviera poco vigilado. Pero cuando llegaron a Bruck...

—Será menos sospechoso que continuemos en el automóvil hasta la misma Viena. Los «tovarich» se apartan en cuanto ven la gorra del coronel. Hasta es posible que nos metamos en el sector americano con coche y todo.

Resolvieron intentar la empresa. Era de una audacia extremada pretender atravesar la parte de Austria ocupada por los soviets llevándose prisionero a un coronel ruso; pero la fortuna protege siempre a los audaces y hasta entonces le estaba protegiendo.

Llegaban a las proximidades de Viena, cuando Nick recordó algo que incomprensiblemente había olvidado entonces. ¿Qué había sido de los «microfilms» entregados a la muchacha? Si los habían perdido, todo su esfuerzo habría resultado estéril.

No te preocupes —repuso Erzsebet con una sonrisa—. Los llevo guardados en el pecho. Sé la importancia que tienen y no quise apartarme de ellos un solo segundo.

—Gracias, querida. No sabes el peso que me quitas de encima.

Aunque Gusenko no dijo una sola palabra y su rostro no reflejó la menor emoción, brillaron con intensidad sus ojos al oír la respuesta de la joven. Sí se había dejado conducir sin ofrecer la menor resistencia, no fue tanto por miedo como por el deseo de averiguar en una u otra forma el paradero de unos documentos que consideraba de vital trascendencia para su país. Pero ahora que lo sabía, no vacilaría acerca del camino a seguir. Seguramente le costaría la vida lo que proyectaba, pero los planos robados en Oufa no llegarían a manos de los imperialistas yanquis.

El «Mercedes» corría las calles de Viena desiertas y dormidas en las altas horas de la madrugada. Gusenko esperaba con calma la oportunidad deseada. Cruzaron por delante de diversas patrullas rusas que no se molestaron en detenerles. En veinte minutos atravesaron el sector soviético de la ciudad, dirigiéndose al americano. Pasaban por delante del famoso Pratter, a un centenar de metros escasos de la línea de demarcación, cuando un grupo de soldados les dio el alto. Aunque vieron perfectamente las gorras de los dos hombres que ocupaban el «baquet», no hicieron señas de que continuaran, sino que se acercaron al coche.

—¡Misión oficial! —se apresuró a indicar en ruso Mohac, repitiendo lo que había sido suficiente en ocasiones anteriores—. Conduzco al coronel Gusenko, de la Policía del Estado.

Pero el sargento que mandaba el grupo debía tener instrucciones concretas, porque aproximándose a Mohac, exigió:

—Exhiba documentación y salvoconductos. Es necesario para permitirle seguir adelante.

—¿No ves que es un coche de la
N. K. V. D.?

Pues no necesitas más. ¡Apártate de una vez...!

Vencido por el tono imperioso de la orden, el sargento parecía dispuesto a obedecer. Nick, que oprimía nervioso la culata de la pistola, suspiró aliviado, creyendo resuelto el incidente y August se dispuso a pisar de nuevo el acelerador. Pero entonces surgió lo inesperado.

Y lo inesperado vino por parte de Gusenko. Con todo disimulo había abierto la portezuela de su lado, mientras Mohac dialogaba con el sargento. Se tiró del coche con tanta rapidez, que el americano no tuvo tiempo a impedírselo con un balazo, mientras gritaba a voz en cuello:

—¡Fuego! ¡Fuego! Son espías y traidores. ¡Fuego!

Colocado entre unos y otros, ofreciendo un blanco impresionante, no tenía posibilidad alguna de salvación y lo sabía. Pero no dudaba en ofrecer su vida con tal de que no llegaran a poder de los occidentales aquellos documentos que tanto interesaban a su país.

Con un grito de rabia, Nick tiró sobre él. Herido en mitad de la espalda, Gusenko giró sobre sus talones para rodar por tierra. Pero incluso en el suelo, sintiéndose morir, continuó gritando:

—¡Matadlos! ¡Matadlos! Llevan documentos importantes... ¡Que no se escapen...!

Ya los rusos disparaban sobre el coche. Por fortuna, lo hacían con nerviosismo y precipitación y la mayoría de los balazos se perdieron en el vacío. Sin embargo, uno de ellos hirió a Mohac en el hombro y, lo que era peor, otro averió el motor del «Mercedes».

—¡Arranca de una vez! —chilló Nick, mientras imitado por Erzsebet hacía fuego con rapidez contra los rusos—. Aquí nos freirán a balazos.

—Imposible —gruñó desalentado Mohac—. Han estropeado el motor.

Sacando la pistola secundó a sus compañeros. Además de Gusenko, el sargento y uno de los soldados fueron alcanzados por los disparos. Pero los restantes hacían un fuego graneado que agujereaba la carrocería del automóvil.

—¡Fuera del coche! Podremos defendernos mejor...

Dio el ejemplo, saltando a la calzada y haciendo fuego parapetado tras el «Mercedes». Erzsebet estaba un segundo después a su lado. Mohac seguía en el «baquet», vaciando su pistola contra el grupo enemigo.

—¡Salta de una vez! Ahí acabarán matándote...

Una ráfaga de pistola ametralladora alcanzó en aquel instante el parabrisas que voló hecho añicos. Fue en el momento exacto en que Mohac, agotado el cargador, pretendía abandonar el coche. Tres de los balazos fueron a clavarse en su cuerpo. Cayó al suelo mientras la guerrera se le teñía de rojo.

Con furia redoblada, Nick tiró contra el grupo de soldados. Consiguió herir a otros dos. Los restantes echaron a correr, pero no fueron muy lejos. Resguardados tras los árboles del Pratter, seguían tirando contra, el automóvil.

—Hay que escapar de aquí. No tardarán en recibir refuerzos y entonces...

—Escapad vosotros —indicó Mohac con voz débil—. Yo procuraré contenerlos, haciendo fuego desde el suelo.

—No. Lo que sea de uno será de los tres. O todos nos salvamos o todos perecemos en el empeño.

Pese a las protestas de August se dispuso a llevar a la práctica su plan. Tras meter un nuevo cargador en la pistola que empuñaba, se cargó sobre los hombros el cuerpo de su compañero herido, indicándole:

—Agárrate fuerte al cuello. Tendremos que dar una carrerita y me conviene tener las manos libres.

Luego, volviéndose a Erzsebet, que con los ojos brillantes por la emoción de la lucha, pero con gesto de inquebrantable resolución seguía sus preparativos, la indicó:

—Corre tras de mí. Procura ir agachada para ofrecer menos blanco. Y tira sobre cualquiera que salga al paso. ¿Entendido?

—De acuerdo, Nicholas. Cuando quieras.

—¡Ahora!

Fueron poco más de doscientos metros; tardaron un minuto escaso en recorrerlos. Sin embargo, para Erzsebet y Nick, Mohac iba medio inconsciente por efecto de las heridas sufridas—, los sesenta segundos tuvieron la duración de varios años y los centenares de metros se les antojaron más interminables que millares de kilómetros. Mientras corrían con toda la velocidad que les permitían sus piernas, oían a la espalda los gritos furiosos de los soldados soviéticos y zumbear en torno a su cabeza enjambres de avispas de plomo ansiosas de clavar su aguijón en la nuca de los fugitivos.

Nunca supieron cómo lograron atravesar indemnes aquellos doscientos metros. Como en un sueño, se vieron de pronto ante una línea de alambradas y una puerta abierta junto a la cual diversos carteles pregonaban en varios idiomas que aquélla era la frontera de dos mundos opuestos. Pero guardando la puerta aparecían tres soldados soviéticos. Y ninguno de los tres preguntó nada al ver avanzar a los huidos, sino que levantando los fusiles comenzaron a disparar.

Fue un verdadero milagro que Erzsebet y Nick no cayeran entonces acribillados a balazos. Ni ellos mismos lograban explicarse después, cómo las descargas de sus adversarios no les barrieron del mundo de los vivos. Estaban muy cerca y los rusos parecían gozar de todas las ventajas imaginables. De no sentir a la espalda los pasos apresurados de sus perseguidores, posiblemente hubieran dado media vuelta. Pero dada la situación planteada no les quedaba más remedio que seguir adelante. Y siguieron:

—¡Tira sin dejar de correr!

La muchacha estaba ya disparando antes de oír la orden de Nick, aunque no por ello disminuyó la velocidad de su carrera. El americano unió la acción a la palabra. Ambos apretaban con rabia y nerviosismo los gatillos sin preocuparse demasiado de apuntar antes. Pero no por ello sus balazos fueron menos eficaces. Uno de sus adversarios rodó por tierra y en tierra quedó lanzando grandes y lastimeros alaridos; otro, herido en un brazo, soltó el fusil y permaneció inmóvil a unos pasos de la puerta, mirando con ojos de susto a los que se acercaban, incapaz de todo, incluso de pensar en huir; el tercero, en cambio, no pareció precisar pensarlo siquiera.

Echó a correr al sonar los primeros disparos y no se paró hasta que estuvo muy lejos del lugar de la refriega.

—¡Sigue sin detenerte! ¡Corre! ¡Corre!

Cruzaron a la carrera la puerta abierta de la alambrada. Unos soldados americanos, alarmados por el tiroteo, salieron de una tienda de campaña inmediata intimándoles a detenerse. Nick y Erzsebet les oyeron, pero no se pararon. Tras ellos venían los rusos; podían sentir la tentación de cruzar, la puerta también, exigir la entrega de los fugitivos o llevárselos a viva fuerza.

—Sólo muy dentro del sector americano estaremos a salvo.

Corrieron aún otro centenar de metros. De pronto un «jeep», ocupado por cinco hombres, se cruzó en su camino; otro coche similar los dio alcance. Varias voces enérgicas llegaron a sus oídos, gritando en inglés:

—¡Alto! ¡Alto o hacemos fuego!

Nick se detuvo jadeante, respirando trabajosamente; Erzsebet le imitó. Al levantar la vista, pudo ver un letrero; «Lou are in american sector». Un suspiro de satisfacción ensanchó su pecho.

—¡Suelten las pistolas en el acto!

Obedecieron. Recelosos, se acercaban unos hombres. Sobre los cascos blancos aparecían superpuestas las iniciales M. P. ¡Military Police! Podían considerarse a salvo.

—¿Quiénes son y por qué huían?

—Soy Nicholas H. Nelski, agente especial del

F. B. I.

He escapado milagrosamente de la zona soviética donde había ido en misión secreta. Llévennos inmediatamente al coronel Andersen.

—¿Y el herido?

—Es un hombre heroico al que América deberá eterna gratitud. Hagan lo posible y lo imposible por salvarle.

Veinte minutos después, Anderson, soñoliento, se restregaba incrédulo los ojos contemplando a Nicholas H. Nelski, con la cara llena de verdugones y un gesto de terrible cansancio en el semblante, acompañado de una mujer desconocida y bellísima.

—Escapé con vida, coronel. La misión era suicida, pero estaba escrito que no había de morir.

—¿Y los documentos?

—Aquí los tiene. Creo que son cien veces más importantes de lo

que imaginábamos. Pero si he vuelto con ellos, el mérito no es sólo mío, sino de otros muchos que se sacrificaron porque consiguiéramos el triunfo.

Atropelladamente, habló de Harding, del viejo Janos Hrotko, de Lajos, de Isaak Benthlem, de todos aquéllos a los que había costado la vida su intervención directa o indirecta en el asunto. Habló también extensamente de Mohac. Había jugado un papel decisivo en la empresa. Sin su vuelta a Budapest, sin su providencial llegada al reservado del Varos todo se hubiese perdido cuando más a punto estaban de ganarlo.

—Sólo sentiría que muriese. Él se lo jugó un día todo por salvar a Lazlo, el traidor. Y yo, el falso Lazlo, he podido pagarle el favor haciéndole atravesar el telón de acero en la misma forma.

A la tarde siguiente, luego de descansar por espacio de unas horas, Nick, Erzsebet y Anderson, tornaban a reunirse en el cuarto del sanatorio donde Mohac había sido hospitalizado. Las heridas sufridas por August eran menos graves de lo que pudieron temer en un principio y, aunque estaba muy débil por la pérdida de sangre, los médicos afirmaban que su vida no corría el menor peligro.

Para entonces, revelados los «microfilms» traídos y examinados un poco por encima por técnicos especializados, se había comprobado su enorme trascendencia. Desde Washington mismo, Anderson había recibido órdenes expresas de felicitar a cuántos habían intervenido en aquel triunfo sensacional de los servicios de información americanos.

—No creo que los rusos se atrevan a plantear la menor reclamación. Pero aunque lo hicieran perderían el tiempo. Puedo darles la plena seguridad de que ninguno de ustedes tiene nada que temer. Lejos de ello, no tardarán en tener pruebas patentes de la gratitud del Gobierno y del pueblo de los Estados Unidos.

Hablaba dirigiéndose de modo especial a Mohac y Erzsebet. Luego, volviéndose a Nick, añadió:

—En cuanto a usted, Nelski, deberá marchar a Washington a la mayor brevedad posible, supongo que no le sorprenderá saber que ha sido ascendido y que Hoover en persona desea estrechar su mano y felicitarle. ¿Cuándo quiere emprender el viaje?

Nick dirigió una larga mirada a Erzsebet; había en sus ojos una muda pregunta a la que la joven respondió con una ligera

inclinación de cabeza, mientras el rubor se extendía por sus mejillas.

—¿Cuánto cree usted que podré tardar en casarme?

—Tres días; tal vez cuatro —repuso sonriente el coronel.

—Perfectamente. Estamos a lunes. Me gustaría poder salir en el avión de París del próximo viernes.

—De acuerdo. Daré orden de que les reserven dos plazas. Y con toda sinceridad, Nelski, le felicito por su elección.

—No fue elección mía, sino de Hrotko —respondió Nick—. Me la encontré hecha al llegar a Budapest. Es curioso. Iba a suplantar a Lazlo por unos días y ahora voy a sustituirlo de por vida en el corazón de la mujer más adorable que he conocido.

—Te equivocas, Nick. Tú no sustituyes a nadie en mi corazón. A Lazlo no le quise nunca; accedí a pasar por su novia porque mi padre me lo pidió. A ti...

—¿Qué?

—A ti —repuso la joven poniéndose muy colorada—, te quise desde la primera vez que hablé contigo. Antes de saber siquiera cómo te llamabas...



LUCHA A MUERTE

En una populosa ciudad norteamericana se desarrollan acontecimientos que alcanzan renombre nacional por la importancia de las personas que intervienen. Al F. B. I. le corresponde actuar, y lo hace, como siempre, con su eficacia característica.

LUCHA A MUERTE

presenta a un protagonista valeroso y audaz, hombre de acción dinámica y peligrosa, que sonríe ante las negras bocas de las "Parabellums" enemigas.

LUCHA A MUERTE

se publicará en la semana próxima.

P A D R E S :

ADQUIERAN PARA SUS HIJOS

**EXTRAORDINARIO núm. 2
de AVENTURAS del F. B. I.**

**¡CONCURSOS MARAVILLOSOS
con REGALOS Suntuosos!**

NOTAS

[1] Beria es el comisario del Pueblo de los servicios policíacos de la U. R. S. S.

Transformó la antigua Guepeu en la

N. K. V. D.

y en la

M. V. D.

que la superan considerablemente en eficacia. Adquirió enorme influencia después de la segunda guerra mundial y algunos ven en él al posible sucesor de Stalin, por encima de Molotof y Zhukof.

< <